

IDA  
455  
CCIO

TOMC  
EXERT  
BOEF,  
DE  
FEGA

S

A

W

W

V

C

VOY  
PQ6455  
A9

ALD





1020018170

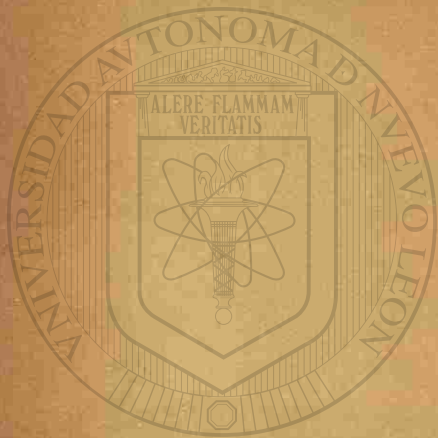


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

86-3 N 15

Núm. Clas. \_\_\_\_\_  
Núm. Autor V 422 w  
Núm. Adg. 33932  
Procedencia de la UANL  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó 669  
Catalogó \_\_\_\_\_

BIBLIOTECA UNIVERSAL.  
UANL

ESTADO DE NUEVO LEÓN  
ESTADOS UNIDOS MEXICANOS

32



BIBLIOTECA UNIVERSAL.

COLECCION

DE LOS

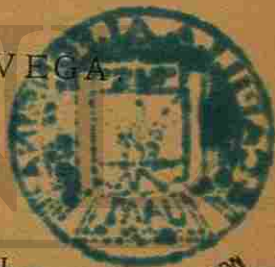
MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,

NACIONALES Y EXTRANJEROS.

LOPE DE VEGA

NOVELAS.



TOMO LXXIII

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

HERNANDO Y COMPAÑÍA

Arenal, 11.

1899

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

33932



BIBLIOTECA



ACERVO DE LITERATURA

116351

DIRECCIÓN GENERAL

Imprenta de Hernando y C.<sup>a</sup>, Quintana, 33.

## LAS FORTUNAS DE DIANA.

No he dejado de obedecer á vuestra merced por ingratitud, sinó por temor de no acertar á servirla; porque mandarme que escriba una novela, ha sido novedad para mí, que aunque es verdad que en el *Arcadia* y *Peregrino* hay alguna parte deste género y estilo, más usado de italianos y franceses que de españoles, con todo eso, es grande la diferencia y más humilde el modo. En tiempo ménos discreto que el de ahora, aunque de más hombres sábios, llamaban á las novelas cuentos. Estos se sabian de memoria, y nunca, que yo me acuerde, los ví escritos; porque se reducian sus fábulas á una manera de libros que parecian historias, y se llamaban en lenguaje puro castellano *caballerías*, como si dijésemos: *Hechos grandes de caballeros valerosos*. Fueron en esto los españoles ingeniosísimos, porque en la invencion, ninguna nacion del mundo les ha hecho ventaja, como se vé en tantos *Esplandianes*, *Febos*, *Palmerines*, *Lisuartes*, *Florambelos*, *Esferamundos* y el célebre *Amadís*, padre de toda esta máquina, que com-

puso una dama portuguesa; el Boyardo, el Ariosto y otros siguieron este género, si bien en verso; y aunque en España también se intenta, por no dejar de intentarlo todo, también hay libros de novelas, dellas traducidas de italianos, y dellas propias, en que no faltó gracia y estilo á Miguel Cervantes. Confieso que son libros de grande entretenimiento, y que podrían ser ejemplares, como algunas de las historias trágicas del Vandelo, pero habían de escribirlos hombres científicos, ó por lo ménos grandes cortesanos, gente que halla en los desengaños, notables sentencias y aforismos. Yo, que nunca pensé que el novelar entrara en mi pensamiento, me veo embarazado entre su gusto de vuestra merced y mi obediencia; pero, por no faltar á la obligación, y porque no parezca negligencia, habiendo hallado tantas invenciones para mil comedias, con su buena licencia de los que las escriben, serviré á vuestra merced con ésta, que por lo ménos yo sé que no la ha oído ni es traducida de otra lengua, diciendo así:

En la insigne ciudad de Toledo, á quien llaman imperial tan justamente, y lo muestran sus armas, había no há muchos tiempos dos caballeros de una edad misma, grandes amigos, cual suele suceder á los primeros años, por la semejanza de las costumbres. Aquí tomaré licencia de disfrazar sus nombres, porque no será justo ofender algún respeto con los sucesos y accidentes de

su fortuna: llamábase el uno Octavio y el otro Celio. Octavio era hijo de una señora viuda, que dél y de una hija que se llamaba Diana, y de quien toma el nombre esta novela, estaba tan gloriosa como Latona por Apolo y la Luna. Acudia Lisena, que este fué el nombre de la madre, á las galas y entretenimiento de Octavio liberalmente, y con mano escasa y avara á su hija Diana, vistiéndola honestamente, de que á ella le pesaba mucho, porque es ánsia de las doncellas lucir su primera hermosura con las riquezas de las galas; y engañanse en esto como en otras cosas, porque á la frescura de las rosas por la mañana, basta el natural rocío, que cortadas han menester el artificio del ramillete, donde tan poco duran como después ofenden. No erraba Lisena en componer honestamente á su hija, que una doncella en hábito extraordinario de su estado, no es mucho que desee cosas extraordinarias, y sea más mirada de lo que es justo. Diana mostraba alegría en la obediencia, y con discrecion notable no excedía un átomo sus preceptos; de suerte que ni en misa ni en fiesta pública fué jamás vista de la curiosidad ociosa de tantos mozos, ni hubo en toda la ciudad quien pudiese decir lo que ahora de muchas, con no poca reprehension del descuido de sus padres, que les parece que alabándolas y enseñándolas se han de vender más presto. Celio no los tenia, y era dotado de grandes virtudes y gracias

naturales; pienso que con esto he dicho que era pobre y no muy estimado de los ricos: sólo Octavio no se hallaba sin él; era tanta su amistad, que comenzando en otros por envidia, acabó en murmuracion y no poco disgusto de sus parientes, que se quejaron á Lisena de que en las conversaciones públicas los dejaba en viendo á Celio, y muchas veces sin despedirse. Lisena, ofendida del desprecio de sus deudos y del amor y estimacion de Celio, rióle un dia más declaradamente que otras veces, y para daño de todos. Octavio, sintiendo el aljaba de aquellas flechas, y que con siniestra informacion deseaban quitársele, honestamente obediente le dijo que si supiera qué partes tenía Celio para ser amado y estimado, de ninguna suerte le hubiera reprehendido, ántes bien expresamente le mandara que no se acompañara con otro, y que habiendo conocido la deslealtad de otros amigos, la poca verdad, la inconstancia, el poco secreto y bajas costumbres, se habia reducido á querer tratar y conservar el caballero más noble, más discreto, más fácil, más leal, verdadero, secreto y de mejores costumbres que habia en Toledo, y que mirase que después que andaba con él, no le habia dado disgusto ni sacado la espada; porque Celio era pacífico, y tan prudente y cuerdo, que componia todos los disgustos que á los demás caballeros se ofrecian, y que con su entendimiento habia solicitado tanta autoridad

entre ellos, que le tenían envidia de que él le favoreciese y con tan justa razon se le inclinase. Atenta estuvo Lisena, y sin responder á Octavio, porque conoció que era verdad lo que le decia, y jamás habia oido cosa en contrario; pero más lo estuvo Diana, que oyendo tantas alabanzas de Celio, sintió una alteracion súbita, que blandamente le desmayaba el corazon y le esforzaba la voluntad; queria defender á su hermano, y decir algo de lo que habia oido de Celio, y por no dar conocimiento de lo que ya le parecia que requeria secreto, recogió al corazon las palabras, al alma los deseos, y dijo con los colores del rostro lo que calló la lengua.

Pasados algunos dias, cierta señora de título, prima suya, y algunas hermosas damas, sus amigas, se fueron á holgar y entretener, más que á visita de cumplimiento, en casa de Lisena, dándoles ocasion la paga y fianza que Diana habia hecho á su hermano, que la víspera de la fiesta de su dia le habian colgado; uso notable de España, y de tiempos inmemoriales usado en ella. Rogó Octavio á Celio que se fuese con él aquella tarde á su casa, que bien podrian estar donde aquellas damas no les viesen; y así, se entraron en una recámara que habia sido de su padre, pieza bien apartada de la conversacion de aquellas señoras; pero no lo né tanto como Octavio habia imaginado, porque con el alboroto de los huéspedes y el no fiarse todas las cosas de las criadas,



Diana fué á sacar de un camarín algunos vidrios ó regalos que para tales ocasiones tienen tales personas: sintiendo que entraba su hermano, detuvo algo turbada el paso. Detúvose también Celio, y cuando ya Diana salía, Octavio había entrado en la recámara. Quedó atrás Celio, y poniendo ella los ojos en él sacó todos los deseos del alma á los colores del rostro, con tan grande aumento de su hermosura como flaqueza de su ánimo. Celio cuanto pudo se llegó á ella, que fué lo más que pudo con su turbado atrevimiento, y al pasar Diana le dijo: «¿Qué deseada tenía yo esta visita!» A quien ella respondió con agradable rostro: «No estais engañado.» Aquí me acuerdo, señora Leonarda, de aquellas primeras palabras de la tragedia famosa de *Celestina*, cuando Calisto le dijo: «En esto veo, Melibea, la grandeza de Dios.» Y ella responde: «¿En qué, Calisto?» Porque decía un gran cortesano que si Melibea no respondiera entónces «¿en qué, Calisto?» que ni había libro de *Celestina*, ni los amores de los dos pasaran adelante. Así, ahora en estas dos palabras de Celio y nuestra turbada Diana se fundan tantos accidentes, tantos amores y peligros, que quisiera ser un Heliodoro para contarlos, ó el celebrado autor de la *Leucipe*, y el enamorado Clitofonte. Admirado Celio de la respuesta amorosa, donde la esperaba tan áspera en castigo de su atrevimiento, quedó como fuera de sí entre la animosa esperan-

za y la grandeza de la empresa. Entró en la recámara disimulado, y habló con Octavio fingido, alabándole las armas, el deseo y cuidado con que estaban puestas las espadas de diversos maestros, cortes y guarniciones, de que tenía muchas. Hizo Celio armar de la gola al tonelete á Octavio, y él se armó de unas armas negras. Concertaron de ensayarse para un torneo. Notables invenciones tiene amor para hallar lugar á sus esperanzas, pues con ella le tuvo para venir á su casa de Octavio muchas veces, y Diana también para verle y desearle, y para que un día dichoso, al parecer de entrambos, pudiese darle un papel con una sortija de un diamante. Diana le recibió con notables muestras de agradecimiento y gusto, y después de haberse escondido de todos, le besó y leyó mil veces, que decía así:

PAPEL DE CELIO Á DIANA.

«Hermosísima Diana: no culpes mi atrevimiento, pues todos los días ves en tu espejo mi disculpa. Yo no sé por qué ventura mía vine á verte; pero te puedo jurar, por tus hermosos ojos, que antes de verte me amaba, y que pasando por tus puertas se me turbaba el color del rostro, y me decía el corazón que allí vivía el veneno que había de matarme; ¿qué haré ahora, después que te ví y que me aseguraste de que agradecías este amor, que por ser tan jus-

»to, está á peligro de no ser agradecido? Pe-  
»ro en confianza de aquellas palabras, que  
»apénas creen mis oídos que fueron tuyas, si  
»no les asegurasen los ojos de que te vieron  
»cuando las decías, y el alma de la novedad  
»y ternura que sintió oyéndolas, que me des-  
»licencia para hablarte, que no sé si tengo  
»qué decirte; pero si me la concedes, sabrás  
»que te aseguras de tu honor y que te ven-  
»gas de mi atrevimiento.»

¡Qué poco há menester la voluntad, á  
quien conciertan las estrellas para corres-  
ponder á la que deseal No se puede encare-  
cer con palabras lo que sintió de las que es-  
ta carta le dijo á los oídos del alma el ena-  
morado Celio: y así, contenta y enternecida  
Diana, más de la verdad y llaneza que del  
artificio del papel, le respondió así:

«Celio: mi hermano Octavio tuvo la cul-  
»pa de amaros con los encarecimientos de  
»vuestra persona y partes; perdonese á sí  
»mismo de haberme puesto en obligacion de  
»tanto atrevimiento. En lo más, que es ama-  
»ros como mi estado puede, yo os obedezco;  
»en daros lugar á hablarme, no es posible;  
»porque los aposentos donde duermo caen  
»á los corrales de unas casillas de alguna  
»gente pobre, y por ninguna cosa del mun-  
»do me atreveré á dar disgusto á mi madre  
»y hermano, si tan desigual libertad de mis  
»obligaciones llegase á sus oídos.»

No le faltó ocasion para dar este papel á  
Celio, ni él la tuvo en su vida de tanto gus-

to; porque sabia que en las casillas que le  
decia, vivia el ama que le habia criado. Hi-  
zole dos ó tres visitas, y la última fué rogar-  
le que se fuese á vivir á su casa en mejores  
aposentos; porque se dolia que estuviere tan  
mal acomodada. Ella, pensando que le obliga-  
ba el amor del pecho en el conocimiento de  
mayores años, fué fácil de persuadir y de pa-  
sarse. Quedó Celio con la llave de aquellos  
aposentos, y mostrándosela á Diana, le daba  
á entender por señas que ya estaban por su-  
yas, y ella segura de sus temores. Vino la  
noche, y Celio fué á ver si su sol amanecía,  
que con no menor cuidado, en sintiendo pasos  
en los corrales, cuyos ecos se hacian en su  
alma, abrió una ventana, y luego una celo-  
sia, poniendo el rostro en el marco, llena de  
amor y de miedo. Reportado Celio de la pri-  
mera turbacion y desmayo, que le habia cu-  
bierto de dulce sangre el corazon y de ale-  
gría los ojos, le dijo tan tiernas, tan suaves,  
tan enamoradas razones, que apénas acerta-  
ba Diana á responderle, porque oprimia la  
lengua la vergüenza, y la novedad oscurecía  
el entendimiento. Allí los halló el alba, que  
él apénas la esperaba después del sol, y ella  
comó desde alto le miraba. Pasaron desta  
suerte algunos dias, sin atreverse á más que  
á encarecimientos de su amor y sentimien-  
tos de su soledad en su ausencia. Distaba la  
ventana del suelo catorce ó diez y seis piés,  
con cuya ocasion Celio le pidió licencia una  
noche para subir á ella. Diana fingió que se

enojaba mucho, y no pesándole de la licencia, le preguntó cómo había de traer una escalera á una casa en que ya no vivia nádie, sin grande escándalo. Celio respondió que, como ella le diese licencia, él subiría sin traerla. Concertáronse los dos con pacto que no había de pasar de la ventana. ¡Oh amor, qué de cosas niegas que deseas! Bien haya quien te entiende. Sacó una escala de cuerda Celio, que algunas noches había traído para la que tuviese dicha, y alcanzando un palo, que no sin malicia estaba cerca, ató en él los cabos, y arrojándole á la ventana, después de haberla prevenido, le dijo que le atravesase en ella. Ella, toda turbada, le acomodó temblando; y apenas Celio le halló firme, cuando fiando á los pasos portátiles el cuerpo, se halló en las manos de Diana, que con la disculpa de tenerle, para que no cayese, se las previno. Besábaselas Celio con la misma del cuidado, agradecido á su salud y vida, que es amor tan cortesano que lo que hace por necesidad, vende por agradecimiento. Miraron por todas partes cuidadosamente, temerosos de que la ventana podia ser vista, y asegurados de que era imposible, ó porque ellos deseaban que no se lo pareciese, más cerca se descubrieron las voluntades y los principios de los deseos amorosamente, cual suelen las enamoradas palomas regalar los picos y con arrullos mansos desafiarse. Algunas noches duró en estos amantes la conversacion referida secre-

tamente, porque Diana no daba lugar á lo que Celio con eficaces ruegos pretendia y con juramentos exquisitos le aseguraba. Aquí se me acuerdan las líneas del amor, escritas de Terencio en su *Andria*; ya Celio de las cinco tenia las cuatro: notablemente le atormentaba el deseo; ¡qué retórico se mostraba! ¡qué ansias fingia! ¡qué promesas! ¡qué encarecimientos buscaba! ¡qué dulce representante de sus penas variaba la color del rostro, y se quejaba en consonancias tier-nas! Pidióle, finalmente, un dia tan resueltamente licencia para entrar dentro, que habiendo callado Diana, con poca resistencia de su parte estuvo en su aposento, y puesto de rodillas, le pidió con fingidas lágrimas perdon de su atrevimiento. Dígame vuestra merced, señora Leonarda: si esto saben hacer y decir los hombres, ¿por qué después infaman la honestad de las mujeres? Hácenlas de cera con sus engaños, y quiérenlas de piedra con sus desprecios. ¿Qué había de hacer Diana en este atrevimiento? ¿Era Troya Diana, era Cartago ó Numancia? ¡Qué bien dijo un poeta:

“Tardóse Troya en ganar;  
Pero al fin ganóse Troya.”

Desmayóse la turbada doncella; Celio la recibió en sus brazos y puso con respeto y honestidad en su cama, donde sirvieron sus propias lágrimas de agua para el desmayo y de fuego para el corazón; porque á la ma-

nera de los que medio despiertos las noches del invierno sienten que llueve, así Diana entre el sueño del desmayo y lo despierto de la voluntad, sentía las lágrimas de Celio sobre su rostro. Vuelta de todo punto deste accidente, la volvió á pedir perdon, que no pudo negarle, porque ya le pesaba que se le pidiese; pero rogándole que le cumpliese la palabra que le habia dado, luego que entró en su aposento, de que se iria sin ofensa de su honor y de su gusto. Celio, que ya no la podia obedecer, ni creia que la resistencia seria mayor que la ocasion, dispúsose á ser Tarquino de ménos fuerte Lucrecia, y entre juramentos y promesas venció su fama, quedando en justa obligacion de ser su esposo. Aquí los dos confirmaron de nuevo su amor, no sucediendo á Celio lo que al forzador de la hermosa Tamar; porque creció su deseo la ejecucion, y no dejó la hermosura entrar el arrepentimiento.

Luego se conoció en el alegre caballero su buena dicha, pues con su poca hacienda dió librea á sus criados, que cuando amor gana, ni es escaso del barato, ni piensa que puede volver á perder lo que una vez posee. Preguntóle á Diana Celio si su madre venia á su aposento algunas veces, y ella le dijo que nó; con que tomó licencia de quedarse en él algunos dias, y ella de retratarle en su pecho con más espacio, de suerte que ya no pudo dejar de decirselo, y con muchas lágrimas mostraba estar arrepentida, temien-

do que Lisena y su hermano conocieran por tan público efecto la infamia de la causa. A esto se le llegaba lo que se diria en toda la ciudad de su recogimiento y apariencias, y entre sus parientas y amigas, que á la hipocresía de su honestidad tenían empeñado el crédito. Celio le proponia los caminos que habia para remediar el daño, que el de matar el hijo no cayó en su pensamiento; pero viendo que pedirla por mujer era enemistarse con Octavio, y que no se la habia de dar, por ser tan pobre, se determinaba á pedirla por juez eclesiástico; mas ella resistia á este consejo, con parecerle que lastimaba más su honra, pues descubria amores y conciertos para este efecto. Si mirasen á este fin las doncellas nobles, no darian tan desordenados principios á sus desdichas. Dejó finalmente Celio en manos de Diana su determinacion, por no faltar á la amistad de Octavio, pidiéndola por mujer, y porque ella no consentia en que la justicia interviniese á su casamiento. Mil veces se maldecia Diana por haber dado lugar á Celio en su deshonra, puesto que le amaba tiernamente, y como dice en su lenguaje el vulgo, via luz por sus ojos. El, entre tantas confusiones, ya en una determinacion, ya en otra, porque un ánimo dudoso fácilmente se muda de un consejo en otro, como lo dijo Séneca, resolvióse á decirle un día que si se resolvía á dejar la casa de su madre, que él la llevaria á las Indias y se casaria con ella: la deses-

peracion de Diana fué tanta, que aceptó el partido, y le pidió llorando que la llevase donde no viese los extremos de su madre ni las locuras de su hermano, aunque en el primero monte la matase. Celio, por ventura no ménos arrepentido, puso los ojos en el peligro, y aconsejado del temor, dió traza en la partida, porque ya se le conocia á Diana el nuevo huésped del pecho, que como era la casa propia, se iba ensanchando en ella. Tenia Celio dos hermosos caballos, que le servian de rúa y de camino; el uno aderezó de brida, y en el otro hizo poner un rico sillón, y con gran cuidado dos vestidos de camino de un color y guarnicion, uno para él y otro para Diana. Estuvo Celio algunas noches con ella, diciéndole todo lo que prevenia para su partido, de que recibia notable gusto; porque imaginaba que se excusaba de tan graves pesadumbres; y considerando que no habia de volver más á su casa y deudos, no quiso dejar de aprovecharse de algunas cosas, así por esto como por lo que podia sucederle, que es vária la fortuna y pocas veces favorece á los amantes fuera de sus patrias. Tomó á Lisena las llaves y sacó de sus cofres las más ricas joyas que tenia, con alguna cantidad de escudos; y así juntos, los puso y guardó en un cofrecillo que tenia desde sus tiernos años.

Llegó la noche en que habia de partirse, y Celio se vistió aquel dia muy galan, de negro, para mayor seguridad de Octavio;

pero, como si le hubieran dicho su intento, no se apartó dél un punto, aunque le dijo dos ó tres veces que tenia que hacer cosas forzosas. Ya eran las nueve, y Octavio no se apartaba del lado de Celio, y queriendo por fuerza irse, con notable y extraordinaria importunacion le llevó consigo; entraron en una casa de juego, destas donde acude la ociosa juventud; unos juegan, otros murmuran y otros se olvidan de los cuidados de sus casas, que con la seguridad de que no han de venir, no suelen estar solas. Celio, cercado de un temor triste, porque si le dejaba, habia de enviar algun paje para saber dónde iba, y si le esperaba, habia de perder la ocasion de sacar á Diana, resolvióse á la paciencia y disposicion de la fortuna, pareciéndole tambien que seria bastante disculpa para Diana el no haberse podido apartar de Octavio.

Diana, que no estaba descuidada de lo que habia de hacer ni de lo que habia de llevar, vistióse las nuevas galas, y tomando las llaves secretamente, se puso á esperar á Celio en un balcón que sobre la puerta habia. Dieron las doce, hora en que siempre venia su hermano de jugar ó de otros pasatiempos juveniles, y estando llena de mortales sospechas y congojas, vió con la claridad de la luna venir un hombre de buen talle y disposicion con un sombrero de tafetan de falda grande, pluma blanca y alguna cosa de oro, que como trancelin

de diamantes á su parecer resplandecía; y así en eso como en lo demás le pareció á Celio. Pasó el hombre sin advertir en nada, y ella, temerosa y ciega, le ceceó dos veces; volvió el hombre el rostro, y viendo tan buena traza de mujer y en casa tan principal, acercóse á ella sin hablarla, con miedo de lo que podía sucederle. Diana le dijo entonces: «¿Es ya hora?» y él respondió: «Cualquiera es buena.» Entónces, sin advertir en su voz, con la engañada imaginación de la que esperaba, le dió el cofre, diciendo: «Aguardad á la puerta.» El hombre, conociendo que el recado no venia para él y que la mujer aguardaba á otro, ciego de la codicia, se fué huyendo, temeroso de que si ella se desengañaba, daría voces. Diana, sin hacer ruido, llegó á la puerta, abrióla con gran recato, y no viendo á Celio, parecióle que por más seguridad se había ido la calle arriba, y siguiendo su engaño, salió fuera de la ciudad, donde viendo tan solos los campos y los árboles, se quiso volver mil veces; pero temiendo que ya en su casa estaría su hermano, y que con haber hallado la puerta abierta, toda sería confusión y alboroto, no creyendo que Celio, caballero tan principal, tan enamorado y tan obligado, se infamaria en la codicia de aquellas joyas, viendo que ya daban las dos de la iglesia mayor, pasó la puente de Alcántara y comenzó á caminar por la aspereza de aquellas peñas, aunque cubierta de un sudor

mortal y de mil pensamientos y sospechas, apartándose lo más que podía del camino real, hasta llegar á un monte, donde mil veces estuvo por quitarse la vida, si no lo impidiera el justo temor de perder el alma. Los caballeros que jugaban, en esto y algunos disgustos, que nunca al juego faltan, estuvieron hasta las tres de la noche divertidos. A esta hora se fué Octavio á su casa y le acompañó Celio, procurando al despedirse que le oyese Diana, para que aquello fuese disculpa de su tardanza. Admirado Octavio de que su puerta no estuviese cerrada á tales horas, satisfizo á sus voces un criado que por agradarle y haberle sentido estaba abierta. El criado buscó las llaves, y no habiéndolas hallado, se estuvo en vela hasta que con él mismo se levantó Octavio, primero que la mañana; y habiéndole hallado despierto le respondió que el no haber tenido con qué cerrar la puerta le tenia allí; porque del lugar en que solian estar siempre, le faltaban las llaves. Receloso Octavio del criado, hizo llamar en el aposento de una dueña, mujer de virtud y confianza, y preguntándole por las llaves, y ella, medio dormida admirándose, dieron causa á que el resto de la casa se alborotase y una doncella entrase en su aposento de Diana, que no hallándola en él, y la cama compuesta, por alguna sospecha que traía, dijo llorando: «¡Ay mi señora y mi bien! ¿por qué no llevastes con vos á vuestra desdichada Florin-

da?» La madre y el hermano entraron á estas voces, y conociendo que faltaba Diana de su casa y de su honra, Lisena cayó en tierra, y Octavio sin color, con turbadas razones examinaba á los criados, mirando á todas partes como loco. Florinda sólo dijo que tres ó cuatro días la habia visto llorar tan tiernamente, que aunque estaba tratando de otras cosas, se le caian de los ojos las lágrimas con entrañables suspiros y congojas. Ya estaba declarado el día y el daño, cuando enviaron á dos monasterios donde tenia Diana dos religiosas tías; en todos respondieron que no sabian della, y asimismo todas las parientas y amigas, de quien en un instante toda la casa estaba llena. Deste rumor, destas voces y destas diligencias salió la fama por la ciudad, y los envidiosos amigos, si hay amigos envidiosos, comenzaron á decir que Celio se la habia llevado, y aun otros á afirmar que la habian visto. Feniso, criado de Celio, oyó esto en los corrillos del Ayuntamiento y en la nave que llaman de San Cristóbal, y siendo hombre de buena opinion osó decir que mentia cualquiera que hubiese dicho que Celio habia hecho semejante traicion á Octavio; y volviendo las espaldas á los murmuradores, iba diciendo: «A las tres de la noche se apartaron Celio y Octavio, y yo dejó á Celio durmiendo, que vendrá presto á volver por su honra.» Despertó Feniso á Celio, que, oyendo lo que pasaba, quedó fuera de sí por

largo espacio, y conociendo cuánto le convenia volver por su persona, se vistió apriesa, y con turbados pasos y descolorido rostro pasó por todas las partes donde Feniso le dijo que le culpaban, de cuya vista quedaron los que le murmuraban corridos, atribuyendo su tristeza á la amistad que tenia con Octavio, tan conocida de todos. Hallóle Celio en el portal de su casa, y mirándose los dos, estuvieron así parados sin hablarse, sintiendo cada uno su dolor, que aunque era grande en Octavio, era mayor en Celio. Esforzóse cuanto pudo, y tomándole las manos á Octavio, que le temblaban, convertidas en hielo, le dijo: «¿Qué me pudiera haber sucedido que me diera tanta pena, aunque hubiera perdido la honra? ¡Ay, Octavio, que vuestro dolor me tiene traspasada el alma!» Octavio, aunque valiente caballero, se desmayó en sus brazos, enternecido de verle con lágrimas en los ojos. Lleváronle á su aposento, donde á los sentimientos de Celio volvió en su primer acuerdo. Aquí, fingido el culpado, le preguntaba eficazmente las diligencias que se habian hecho. Todo lo refirió Octavio por extenso, y Celio dijo que pues en la ciudad no estaba, seria bien acudir por todos los caminos á buscarla, y que él seria el primero. Y esforzando á Octavio, le dió la palabra de no volver á Toledo sin ella ó saber que hubiese parecido, y dándole los brazos, se fué á su casa, donde, como estaba apercebido, halló fácil-

mente en qué partirse, y siendo ya de noche, con solo su criado Feniso salió de la ciudad, llorando y pidiendo al cielo que le guiasse á la parte donde Diana estaba, con tales suspiros, enamoradas ansias y congojas, que enternecía las peñas y los árboles, y en los montes por donde corre el Tajo respondian los ecos.

Diana amaneció en un valle, cortado por varias partes de un arroyo que entre juncos y espadañas mostraba pedazos de agua, como si se hubiera quebrado algun espejo; sentóse un poco, y habiendo bebido y refrescado el pecho de las congojas de tan afligida noche, mientras se descalzaba para pasarle, dijo así: «¡Ay, vanos contentos, con qué verdades os pagais de las mentiras que nos fingís! ¡Cómo engañais con tan dulces principios, para cobrar tan breves gustos con tan tristes fines! ¡Ay, Celiol! ¿quién pensara que me engañaras? Mira lo que paso por tí, pues he llegado, por haberte querido, hasta aborrecerme; pues no hay cosa ahora más cansada para mí, que esta vida que tú amabas; pero bien creo que si me vieras, te lastimara el alma lo que paso por tí. Miró á este tiempo sus mismos piés, y acordándose cuán estimados eran de Celio, enternecida, no pasó el arroyo, y llorando, se quedó un rato medio dormida al son del agua y de la voz de un pastor, que no léjos de donde ella estaba cantó así:

«Entre dos álamos verdes,  
Que forman juntos un arco,  
Por no despertar las aves,  
Pasaba callando el Tajo.  
Juntar los troncos querian  
Los enamorados brazos,  
Pero el envidioso río  
No deja llegar los ramos.  
Atento los mira Silvio  
Desde un pintado peñaseo,  
Sombra de sus aguas dulces,  
Torre de sus verdes campos.

Esparcidas las ovejas  
En el agua y en el prado,  
Unas beben, y otras pacen,  
Y otras le están escuchando.  
Quejoso vive el pastor  
De las envidias de Lanso,  
Más rico de oro que el río;  
Mas nécio en ser porfiado,  
Así le aparta de Elisa,  
Como á los olmos el Tajo,  
Fuerte en dividir los cuerpos,  
Mas nó las almas de entrambo.  
Tomó Silvio el instrumento,  
Y á las quejas de su agravio,  
Los ruiséñores del bosque  
Le respondieron cantando:

«Juntaréis vuestras ramas,  
Álamos altos,  
En menguando las aguas  
Del claro Tajo;  
Pero si hay desdichas



Que vencen años,  
Crecerán con los tiempos  
Penas y agravios.»

Vuelta en sí Diana y temerosa, pareciéndole, ó que la seguía su hermano, ó que aquel que cantaba le diría por dónde iba, siguió descalza la márgen del arroyo, y cuando le pareció que estaba más segura y que ya no se vía el agua, porque á la falda de un montecillo se dividía, volviendo á cubrir sus pies, caminó poco á poco, sin más sustento que el agua que por la mañana le dió el arroyo, hasta que la escuridad de la noche le cerró el paso. Cayóse desmayada entre unos hinojos, y como no tenía quién la consolase ni ayudase, en el mismo desmayo se durmió y reposó algun espacio, y con más acuerdo esperó el día, atónita del temor que le causaban cerca las voces de algunos animales y el descompuesto ruido de algunas fuentes, que bajaban de aquellas peñas, siempre mayor en el silencio de la noche. Dolióse de su temor el alba, ó envidiosa de sus lágrimas, salió más presto; con la cual, esforzando la femenil flaqueza y solo deseando morir, caminó por donde le parecía que á un desesperado fin llegaría más presto. Ya estaba el sol en la mitad del día, cuando pareciéndole que ofendía más al cielo en dejarse morir, entre unos verdes árboles halló una fuente, y en su guarnicion algunas yerbas, que comió con lágrimas, y roga-

da de la fuente, templó al ardor del corazon, y volvióle el agua por los ojos. Desta manera caminó tres dias, al fin de los cuales, saliendo de una esperura á un campo raso, perdió las fuerzas, y arrojada á un árbol, vió léjos un mancebo pastor, que hablando con una serrana, parece que venia hácia donde ella estaba. Allí le pareció á Diana que ya todo el mundo sabia la causa por qué habia dejado la casa de sus padres, y que hasta aquellos pastores venian á reñirla y afearla los amores de Celio. Dejóse caer al tronco sobre los verdes céspedes, y con mortales y traspasados ojos perdió la vista. El mancebo, que más reparaba en agradar su villana, y en pensar que no le oían en aquel sitio más que las aves, que le acompañaban, comenzó á cantar así; y vuesa merced, señora Leonarda, si tiene más deseo de saber las fortunas de Diana que de oír cantar á Fabio, podrá pasar los versos deste romance sin leerlos, ó si estuviere más despacio su entendimiento saber qué dicen estos pensamientos quejosos, á poco ménos enamorada causa:

«¡Ay verdades, que en amor  
Siempre fuisteis desdichadas!  
Buen ejemplo son las mias,  
Pues con mentiras se pagan.

Quando traté con engaño  
Tu verdad, Filis ingrata.  
¡Qué de quejas ví en tu boca,

Qué de perlas en tu caral  
¡Oh, cuántas noches que dije,  
Cuando á mi puerta llamabas:  
«En vano llama á la puerta  
Quien no ha llamado en el alma!»  
Mis pastores te decían:  
«No está Fabio en la cabaña;»  
Y estaba diciendo yo:  
«¿Para qué busca quien cansa?»  
A tus quejas solamente  
Daban respuesta las aguas,  
Porque murmuraban, Filis,  
Que nó porque te escuchaban.  
Acuérdomé que una noche  
Me dijiste con mil ánsias:  
«Déjate, Fabio, querer,  
Pues que no te cuesta nada.»  
No quiero yo que me quieras;  
Que como el amor es alma,  
Nunca ví mujer discreta,  
Que la quisiese forzada.  
En el umbral de tu puerta  
Reñamos hasta el alba,  
Tú porque habia de entrar,  
Yo por no entrar en tu casa.  
«Castiguen, Fabio, los cielos,  
Dijiste desesperada,  
El fuego cen que me hielas,  
El hielo cen que me abrasas.»  
Porfiaste, hermosa Filis:  
Todo el porfiar lo acaba;  
Que quien piensa que no quiere,  
El ser querido le engaña.

En el trato y en el tiempo  
Nádie tenga confianza,  
Porque pasan sin sentir,  
Y se sienten cuando faltan.  
Tanto te vine á querer,  
Que juntos nos envidiaban,  
La luna al bajar la noche,  
El sol al subir el alba.  
Los prados, montes y selvas,  
De oirnos se enamoraban;  
Verdes lazos aprendian  
Las hiedras enamoradas.  
Mas bajando en este tiempo  
De las heladas montañas  
Silvio, tu antiguo pastor,  
Trajo de allá tu mudanza.  
No perdiste la ocasion,  
Pues cuando yo te adoraba,  
De mis pasados desdenes  
Quisiste tomar venganza.  
Filis, yo muero por tí:  
Confieso que se me pasan  
En tus umbrales las noches,  
Los dias en tus ventanas.  
No llamo, porque imagino  
Que has de responder airada:  
«¿Para qué llama á la puerta  
Quien no ha llamado en el alma?»  
Si finjo que no te miro,  
Es invencion de quien ama;  
Que cuando tú no me miras,  
Hago espejo de tu cara.  
Prendas que me dabas, Filis,

Y de que yo me enfadaba,  
Ahora las visto y pongo  
Sobre los ojos y el alma.

No te encarezco mis penas,  
Por no dar gloria á la causa,  
Hasta que yo las padezca  
Sin que tú tomes venganza.

No quieras más de que son  
Mis locuras de amor tantas,  
Que vengo á poner la boca  
Adonde los piés estampas.

Mas, con todo lo que digo,  
No pienso hablarte palabra,  
Que en celos que se averiguan  
Las amistades se acaban.»

Decia Fabio muy bien, porque después de celos averiguados, es infamia amar, con el ejemplo de tantos animales como escriben Plinio y Aristóteles, aunque hay hombres que ántes de los agravios no aman, sirviéndoles de apetito lo que á otros de aborrecimiento. Esto, en fin, cantaba aquel villano á la serrana referida, que no con ménos gusto que soberbia le escuchaba. A los finales destes versos se hallaron los dos entre los árboles, donde Diana estaba fuera de sí, y en su imaginacion haciendo varios discursos de sus desdichas: ya culpaba á Celio, ya le parecia imposible que tan principal caballero, tan bien nacido, tan discreto y galan, hubiese faltado á sus obligaciones; ya culpaba su precipitado amor, que con tan fácil pensa-

miento salió á buscarle; y entre estas dudas le atormentaba más el pensar si por ventura era de Celio aborrecida, que como imaginara que estaba en su gracia, no estimara sus desdichas ni pensara que lo eran, aunque fueran mayores, si era posible que lo fuesen para una mujer sola y señora, que caminaba tanta tierra por la aspereza de los montes, sin sustento y sin esperanza de hallar el fin de su amor sin el de su vida. Admirados quedaron los pastores de ver entre aquellas ramas tal prodigio de hermosura, desmayada, descalza y rendida, más á la verdad de la muerte, que al sueño, que la retrata. Llamóla dos ó tres veces la pastora, y viendo que no respondia, sentóse junto á ella, teniéndola por muerta ó que ya le quedaba poca vida. Tomóle las manos, y viéndoselas tan frias como blancas, porque tuviesen todas las calidades de la nieve, miróla al rostro, y viendo tanta belleza y hermosura en tal desmayo, púsole la cabeza sobre las faldas, desviándole los cabellos, que ya sin orden discurrían por él hasta la garganta, como libres de quien los ataba y prendia en otro dichoso tiempo; venganza de los ojos, á quien habían puesto en su prision y cárcel. Pues como la cabeza de Diana á una y otra parte se dejase caer tan fácilmente, comenzó la pastora un tierno y lastimoso llanto, creyéndola por muerta. A esta descompostura y el sentimiento del labrador, que amaba á lo cortesano, despertó Diana de todo

punto, y aunque no dándoles esperanzas de su vida, les sosegó las quejas y suspendió las lágrimas, si bien con un ¡ay! tan doloroso, que poniéndose las manos sobre el corazón, como que le apretaba, volvió á quedar, como primero, rendida. La hermosa Filis entónces, valiéndose del mismo remedio, comenzó á darle lugar con desnudarla, y el villano con traer agua de la fuente, que sobre su rostro formaba lágrimas ó perlas; pero de tal suerte, que las de sus claros ojos parecían finas y las de la fuente falsas. Dióles las gracias Diana, y preguntándole ellos la causa de su mal, les dijo que habia caminado sin comer tres dias. Entonces sacó Filis de su zurrón lo que vuesa merced habrá oido que suelen traer, en los libros de pastores; y esforzándose Diana á comer á su ruego, fortificó la flaqueza con templanza, y sintió el desmayado cuerpo algun alivio. Miétras comia Diana, le preguntaba Filis quién era y de dónde venia, y por qué causa, admirándose que los lobos, que venian de las montañas en seguimiento de los ganados hasta la raya de Extremadura, no la hubiesen quitado la vida aquellas noches. Aquí entraron los conceptos de que hasta los animales bárbaros la aborrecian como veneno, y que de temor de su muerte, no se la dieron. Viendo Filis las razones desesperadas de Diana, que se inclinaba al monte y que queria acabar en él la vida, la persuadió que se fuese con ella al cortijo y hacienda de su padre; y supo persua-

dirla con tan efectivas razones y muestras de amor tan grandes, que Diana se dió por vencida de su cortesía y voluntad, considerando que sería remedio de lo que llevaba en sus entrañas, á que miraba con atencion natural, cuando más aborrecia su vida. Fuése con los pastores y fué bien recibida, aunque al principio Selvagio, padre de Filis, y por ventura tan rústico en aquella edad como su nombre, no estuvo gustoso de tenerla en su casa; pero después, obligado de su hermosura y humildad, y por gusto de su hija, mostró algun contento.

Celio, desde que salió de la imperial Toledo, sin más camino que su amor, en el primero monte se quejó á gritos; y considerando que por su causa Diana habia dejado su casa, madre, hermano, parientes, amigos, descanso y patria, y en los trabajos que por ventura ó por desdicha estaba, estuvo cerca de perder la vida. En seis dias no entró en poblado, pagando los caballos su tristeza, pues de solas yerbas del campo se mantenian. Vió Feniso de léjos un pueblo, que casi encubrian algunos árboles, á cuyo pesar se mostraban dos altas torres, en cuyas pizarras y azulejos el sol resplandecia. Persuadió á Celio que fuesen á él; y llegados, se informaron de las personas que les podian dar razon de la perdida prenda; mas ni en este lugar ni en otros muchos que á diez y veinte leguas de Toledo anduvieron por espacio de un mes, fué posible hallar

señas. Y viniéndole á la imaginación á Celio que, como eran los conciertos irse á las Indias, pudo Diana haber topado quien la llevase á Sevilla: así, presumiendo hallarla, como por alejarse de su tierra, resolvióse á ver si en aquella insigne ciudad estaba. Iba Celio tan desfigurado de no comer y de dormir en los campos, que pudiera seguramente volver á Toledo sin ser conocido. En llegando á Sevilla, hizo tales diligencias, cuales se pueden presumir de un hombre tan enamorado y con tantas obligaciones; pero el no hallar á Diana ni quien áun por engaño le diese señas, no le dió tanto enojo como el ver que la flota de Indias era partida, porque presumia Celio que en ella iba Diana, conociendo su amor, valer y ánimo. Quiso su fortuna que hallase sólo un navío que un tratante había fletado, y que no se había de partir hasta diez ó doce días; hablóle Celio, y concertado con él que le pasase, el patron lo aceptó, y hecha entre los dos grande amistad, comió con él algunas veces, preguntándole en las ocasiones que se ofrecían la causa de su tristeza, aunque Celio se excusó siempre, diciendo que por no aumentarla con la memoria de algunos tristes sucesos no se la decía; y así, llegado el tiempo de partirse, zarpó el navío, y con una pieza de leva se alargó al mar, alejándose Celio más de Diana, cuanto imaginaba que iba más cerca; pero las esperanzas de cobrar el bien, aunque sean enga-

ñosas, no dañan, porque entretienen la vida.

Octavio en Toledo pasaba atrechosamente la suya, y con mayor tristeza, porque no sabía de cuantos buscaban á Diana, parientes ni amigos, nueva alguna en que pudiese tenerse la flaqueza de la esperanza; y viendo que Celio no volvía, dió en presumir que había sido concierto de entrambos el salir ella primero y él despues con ocasion de buscarla; pero quitóle esta imaginación la fama de alguna gente que discurría por la ciudad, diciendo que le habían visto con Feniso por algunas aldeas solo, buscándola con notable cuidado. Sosegóse Octavio, así por esto, como porque su madre le disuadía deste pensamiento, temiendo que si le creía, los había de perder á entrambos:

Dos meses había estado Diana en el cortijo de aquellos honrados labradores bien regalada de Filis, cuando llegó su parto, que fué de un hermoso hijo, para que no pudiese quejarse, como en Virgilio la despreciada Dido del fugitivo Enéas.

«Si me quedara de tí  
Un Enéas pequenuelo,  
Antes que el airado cielo  
Te dividiera de mí;  
Que por mi casa jugara  
Y tu rostro pareciera,  
Ni mis engaños sintiera,  
Ni por tu ausencia llorara.»

Aunque de otra manera lo sintió Ovidio en su epístola:

«Por ventura me has dejado  
Parte en mi pec' o de tí,  
Ingrato, que ahora en mí  
A mu rre condena el hado;  
Y así, perdiendo la vida  
Por tí la infelice Dido,  
Del hijo que no ha nacido  
Serás padre y homicida.»

Pero pienso que el artificio en que Ovidio fué tan célebre poeta, obligó á Dido á fingir que quedaba preñada de Enéas para obligarle á volver á verla; cosa que no sólo fingen las mujeres, pero los mismos partos. No lo era el de Diana, sino tan verdadero, que había sido causa de sus peregrinaciones y desdichas. Caso extraño, que cuando importa mucho un heredero, por un liviano antojo, que ó se calló de vergüenza ó nó se pudo cumplir por imposible, se pierda el fruto y por ventura el árbol, y que con tan inmensos trabajos, caminos, hambres y desnudos piés, llegase al puerto de la vida libre este infelice niño. Pasado un mes de su convalescencia, llamó Diana á Filis, y le dijo: «A mí me es fuerza partirme de esta tierra; si me pesa de dejarte, Dios lo sabe y mis grandes obligaciones te lo dicen; mis entrañas te dejo; prendas son que me obligarán á volver. No tengo de ir en mi hábito

ni en el de mujer, pues en él he sido tan desdichada; y así, te suplico me des alguno destes labradores que sirven á tu padre ó que te sirven á tí, porque sea más limpio, que yo tengo de un manteo que traje hechos unos calzones lo mejor que mis desdichas me han enseñado.» Y diciendo esto, comenzó á desnudarse, sin que ruegos ni lágrimas de Filis fuesen poderosos á mudar la firmeza de su propósito. Sacó dos joyas de diamantes que traía en el pecho, y dándole la primera y de más valor para que hiciese criar su hijo, con la otra le pagó el hospedaje; que el amor era imposible. Vistióse finalmente un gaban, y cortándose los cabellos, cubrió con un sombrero rústico lo que ántes solian envidadosos lazos, diamantes y oro. Era Diana bien hecha y de alto y proporcionado cuerpo; no tenía el rostro afeminado, con que pareció luégo un hermoso mancebo, un nuevo Apolo cuando guardaba los ganados del rey Admeto. Despidióse de Filis y de sus viejos padres, llorando todos, mayormente Laurino, que con pensamientos de ciudad había puesto en ella los ojos. Diana se llamaba con disfrazado nombre Lisis, y así Laurino, que se preciaba de místico y poeta, se quejaba algunas veces en estos versos de su ausencia, oyéndole Filis con algunos celos y doblándole á Fabio los agravios:

Lísis, despues que al Tórnes  
Me llevaste la vida,  
Celebro tu partida  
Con lágrimas conformes;  
Que piensan mis enojos  
Templar el fuego con llorar los ojos.

¡Cuánto mejor me fuera  
Que en los tuyos hermosos  
Con lazos amorosos  
El alma despidiera!  
Que no parece vida  
Esto que me ha dejado tu partida.

A la forzosa muerte,  
Lísis, que ya me alcanza,  
Detiene la esperanza  
Para volver á verte;  
Pues no es justo que muera  
Quien tiene en tí su vida, y verte espera.

Si vieses este prado,  
Lástima te daría  
Aquel que florecía  
Tu blanco pié nevado;  
Tu pié blanco y pequeño,  
De tantas almas como flores dueño.

Para que le gozases,  
Le cultivé, señora,  
Que no para que ahora  
A los dos nos dejases;  
Que en mí y en estas selvas  
No habrá vida ni flor hasta que vuelvas.

En cárceles doradas  
Prendí los pajarillos,  
Que pienso que de oillos

Como de mí, te agradas;  
Que en tus prisiones de oro  
Al alba canto y á la noche lloro.

Aquí puse una fuente  
Para que te bañaras  
Y más perlas dejaras  
Que tiene su corriente;  
Y tú, por darme enojos,  
Dos me dejaste en mis ausentes ojos. »

Llegó la animosa y desdichada Diana, despues de haber caminado algunos dias, á un lugar cerca de Béjar, que no habia querido tocar en Plasencia por temor de algunos deudos que allí tenia; salió á la plaza, y parada en ella, daba á entender que esperaba dueño. Vióla un labrador rico, y admirado de su gentil disposicion y hermoso rostro, le pareció cosa fingida, como realmente lo era. Llegóse á Diana y hízole algunas preguntas; ella le supo satisfacer, mintiendo su nombre y patria; de suerte que le llevó consigo. Tenia conocimiento este labrador con el mayoral de los ganados del Duque, y sabia que buscaba un zagal, por ser ya casado el que tenia, para cuidar de la comida y otras cosas necesarias que se llevan al campo donde el ganado es mucho. Dió de comer á Diana, y escribió con ella un billete al mayoral referido, poniéndole en el camino con algunas señas y sustento hasta el siguiente día. No hubo visto el mayoral á Diana, quando comenzó á reirse del bi-

llete, del amigo y della; llamó los demás labradores, y entre todos se compuso, al uso de su malicia, una graciosa burla. Preguntóle el mayoral que de dónde era natural, y él le dijo que del Andalucía; pero que el no venir tostado como el hábito requeria, causaba el haber estado mucho tiempo en un bosque, donde sólo le daba el sol cuando queria. Finalmente, le supo decir tantas cosas y mostrar tanta alegría y brio, defendiéndose de las malicias y donaires de los villanos, que aficionado el mayoral le recibió en su casa; y viéndole aquella noche murmurar cantando, mientras sacaba algunos calderos de agua de un pozo para hinchir una pila, en que bebiese el ganado doméstico, le preguntó si sabia tañer algun instrumentro como suelen de ordinario los pastores andaluces. Diana dijo que un laud, con que tal vez aliviaba algunas tristezas, á que era sujeta naturalmente. Admirado Lisandro, que así se llamaba el mayoral, de que un pastor tañese un instrumentro tan fuera de propósito para el campo, comenzó á mirarle con diferentes ojos, y no ménos cuidadosa Silveria, hija suya, que desde que entró en su casa no los habia quitado de su rostro. Paréceme que dice vuestra merced que claro estaba eso, y que si habia hija en esa casa se habia de enamorar del disfrazado mozo. Yo no sé que ello haya sido verdad, pero por cumplir con la obligacion del cuento, vuestra merced tenga paciencia, y sepa

que la dicha Silveria tendria hasta diez y siete ó diez y ocho años, edad que obliga á semejantes pensamientos. Vivía no léjos un estudiante que la miraba, pasando más en estas imaginaciones el curso de las leyes que habia traído de Salamanca, que en los Bártulos y Baldos. Aquí envió Lisandro por un instrumentro, que aunque no era laud, supo componerle y acomodarle á su voz, como el estudiante seguirle, que aunque no entró dentro, oyó muy bien desde la calle que Diana cantaba así:

*«Por entre casos injustos  
Me han traído mis engaños,  
Donde son los daños daños,  
Y los gustos no son gustos.*

Amores bien empleados,  
Aunque mal agradecidos,  
Eso teneis de perdidos,  
Que es teneros por ganados;  
¿Qué importan gustos pasados,  
Si los presentes disgustos  
Son mayores que los gustos,  
Y que el favor el desdén,  
Pues he perdido mi bien  
*Por entre casos injustos?*

Trajéronme posesiones  
A tan justas confianzas,  
Y á tan extrañas mudanzas  
Iguales satisfacciones;  
Mas como las sinrazones  
Anticipan desengaños

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1966-1968 MONTERREY, MEXICO

33932



A la verdad de los años,  
Siento que la culpa soy,  
Pues al estado en que estoy  
*Me han traído mis engaños.*

Discretos sois, pensamientos;  
Algo teneis de divinos,  
Pues por tan vários caminos  
Me dijisteis mis tormentos;  
No daros fé mis intentos  
Fué trataros como extraños,  
Pues no puede haber engaños  
Que más yenzan la razon,  
Que pensar que no lo son  
*Donde son los daños daños.*

Entre dudas y recelos  
Andaban mis gustos ya,  
Como quien temiendo está  
La tempestad de los cielos.  
Casen mi amor y mis celos;  
No quiero gustos injustos,  
Llenos de tantos disgustos;  
Que en siendo la fé dudosa,  
Anda el alma temerosa  
*Y los gustos no son gustos.*

Esto cantó Diana, que de todo lo que sabia, ninguna cosa era más á propósito de sus disgustos, con tal artificio, que ni por la voz se conociese que era mujer, ni por quererla disfrazar se entendiese que lo disimulaba. Perdida quedó Silveria de ver añadir tal gracia á las que Diana tenia exteriores. Paréceme que le vá pareciendo á vuestra

merced este discurso más libro de pastor que novela, pues cierto que he pensado que no por eso perderá el gusto el suceso, ni que puede tener cosa más agradable que su imitación. Pasados algunos dias, dió Silveria en solicitar la voluntad de Diana, y en las ocasiones que se le ofrecian hacerle gusto, hasta que una fiesta por la tarde, que se acertaron á hallar solos en un huertecillo, más de árboles que de flores, al uso de las aldeas, le comenzó á preguntar por su tierra, la causa por qué la habia dejado, y si habian sido amores; dándole en la disculpa la edad, y abonando su error, porque comenzaba á dársela del que pensaba proponerle. A todas estas cosas respondia Diana con mucha discrecion y prudencia, fingiendo que el haberse casado su padre la habia desterrado de su casa, encareciendo la áspera condicion de su madrastra. Vino gente y dividióse la conversacion, con gran sentimiento de Silveria, que de allí adelante con más declarados ojos la miraba. Murmuraban los labradores el encogimiento de Diana; y ella, por no ser entendida, dió en hacer del galán con las villanas que venian á visitar á su ama; y como por ser casa grande y de mucha gente de servicio luego se inventasen builes, Diana dió en salir á ellos y despejarse, con que no desagradaba las labradoras, mayormente una hermana del estudiante referido, que era en extremo bahillera y hermosa, y picaba en leer libros

de caballerías y amores; pero desagradaba á Silveria, que abrasada de celos, le comenzó á decir una tarde con algunas lágrimas que cómo había sido tan desdichada, que no había negociado su inclinacion como las demás labradoras, y que supiese que no era justo que, ya que no la quisies, por ser ella más desdichada, la matase de celos con su vecina. Sintió tanto Diana el ver apasionada á su señora, que mil veces estuvo determinada de decirle que era mujer como ella; pero temiendo que se había de descubrir quién era, de que le había de resultar tanto daño, mostróse agradecida, y aseguróle los celos con decir que se atrevia á las otras y á ella nó, por el respeto debido de ser su dueño; mas que de allí adelante se enmendaria en todo; de cuyas esperanzas quedó Silveria contenta y engañada. Tomóle la mano, y aunque Diana la resistia, se la besó dos veces, templando con su nieve el fuego del corazón, si lo que aumentaba los dos se puede llamar templanza. Ya el amor de Silveria se comenzaba á echar de ver en casa, que amor, dinero y cuidado dicen que es imposible disimularse; el amor, porque habla con los ojos; el dinero, porque sale al lucimiento de su dueño; y el cuidado, porque se escribe en el semblante del rostro. Diana, temerosa, andaba buscando ocasion para despedirse, y era tanto el amor que todos la tenían, que estimaba en más el no ser ingrata que el peligro de su vida. Pero suce-

dió á sus fortunas mejor de lo que esperaba y de lo que solia; tan hecha estaba á que le fuese adversa. Pues andando el Duque de Béjar á caza por su tierra, vino á ser huésped una noche en casa del mayoral de sus ganados, que por su mayordomo conocia, y porque el viejo le solia llevar algunos presentes, de que el Duque se tenia por bien servido; que suele agradar á los príncipes la hacienda de los campos, más que la riqueza y abundancia de sus palacios. Deseando el mayoral entretenerle, claro está que había de llamar á Diana, y ella parecerle bien al Duque, y asimismo mandarle que cantase. Aquí fué menester que el estudiante trujese su instrumento de mala gana, porque de celos de Diana y Silveria perdía el juicio; ella le acomodó las cuerdas á su voz, y escuchando todos, cantó así:

«Selvas y bosques de amor,

En cuyos olmos y fresnos

Aún viven dulces memorias

Del pastor antiguo vuestro:

Por lo que os tengo obligados,

Os pido que estéis atentos

A mis quejas, y veréis

Cuán dulcemente me quejo.

Oíd de vuestro pastor,

En este nuevo instrumento,

Más lágrimas que razones

Y más suspiros que versos.

Sabed que vengo perdido;

¿Perdido os he dicho? miento,  
Que ninguno se ha ganado  
Tambien como yo me pierdo.

Ganado vengo y perdido,  
Que por tan alto sujeto  
Gano, perdiendo la vida,  
La gloria de mis deseos.

En fin, selvas amorosas,  
Yo vengo muerto y contento:  
Muerto de amor de unos ojos,  
Contento de verme en ellos.

Las señas quiero deciros,  
Pero temo los agenos;  
Que aún no me atrevo á mirallos,  
Aunque á adorarlos me atrevo.

Quererlos me cuesta el alma,  
Y con vivir, si los veo,  
Para mirarlos mil veces  
Me ha faltado atrevimiento.

Si os digo que negros son,  
Yo os juro que digan luego:  
«Los ojos son de Jacinta,  
Si este se pierde por ellos.»

«Pero, diréis en el valle,  
¿No hay más de unos ojos negros?»  
Muchos hay, pero en ningunos  
Puso tanta gracia el cielo.

Credme, selvas, á mí,  
Que de buen gusto me precio;  
Que si no fueran tan vivos,  
No estuviera yo tan muerto.

Arboles, no soy yo solo,  
Quien desta suerte los quiero,

Que jamás miraron vida  
Que no se fuese tras ellos.

Quien se burlare de mí,  
Yo le remito á su fuego,  
Porque para tanto sol  
No valen montes de hielo.

Alma de nieve tenia  
Antes que llegase á verlos,  
Y ya deshecha en sus rayos,  
Si ellos dicen que la tengo.

No han sido conmigo ingratos;  
Piadosamente me dieron  
Ocasión para perderme:  
Mi daño les agradezco.

El mal que tengo es saber  
Que no merezco quererlos;  
Si bien es, selvas, verdad  
Que su hermosura merezco.

Y he llegado á tal estado,  
Entre esperanzas y miedos,  
Que, con saber que me matan,  
No puedo vivir sin ellos.

Ausente estoy animoso,  
Y en llegando á verlos tiemblo,  
Siendo el primero en el mundo  
Que tiembla con tanto fuego.

Cosas que se tratan mucho  
Suelen estimarse en ménos;  
Y yo, miéntas más los trato,  
Más los estimo y respeto.

En los campos de mi aldea  
Les digo tantos requiebros,  
Que he visto parar las aguas,

Callar las aves y el viento.  
Y en llegando á ver sus ojos,  
Quedar más mudo y suspenso  
Que á media noche las fuentes  
En las prisiones del hielo.

A tanto amor he llegado,  
Que muchas veces que tengo  
Tiempo de gozar sus luces,  
Pierdo temeroso el tiempo.

Cuando ménos los amaba,  
Era más mi atrevimiento  
Ahora, que más los amo,  
Es mi atrevimiento ménos.

Mas os juro, verdes selvas,  
Que quiero yo más por ellos  
Estas penas, que las glorias  
De cuantos el cielo ha hecho.

Verdad es que entre las mias  
Celos me quitan el seso,  
Porque no hay renta de amor  
Sin pagar pension de celos.

No sólo de los pastores,  
Que la miran cerca ó léjos,  
Mas de cuantas cosas mira,  
De celos me abraso y muero.

De mí mismo alguna vez  
Me ha acontecido tenerlos,  
Porque pienso que soy otro,  
Si la agradan mis deseos.

Cuando sale de su aldea,  
La voy mirando y siguiendo,  
Que lleva en sus piés mis ojos,  
Y el alma en sus pensamientos.

Con estas celosas ánias  
La sigo, rogando al cielo  
Que cuantos pastores vea  
Sean robustos y feos.

Mil veces he codiciado  
Hacer pedazos su espejo,  
Porque hace dos Jacintas,  
Y guardar una no puedo.

Selvas, lastimáos de mí;  
Mas no lo hagais, que os prometo  
Que en sólo verla me paga  
Cuanto por ella padezco.»

Notablemente se agradó el Duque de la persona de Diana, pero mucho más después que vió la gracia, la destreza y la dulce voz con que le habia cantado los referidos versos. Preguntóle todo lo que en esta ocasion se puede imaginar de un señor: que los señores preguntan mucho, y es la causa que de las cosas que pasan entre la gente humilde saben poco. En razon de su patria y padres, que fué en lo que hacia más fuerza, le dijo que la habia criado en Sevilla un hombre, á quien llamaba padre, y que de dos á dos meses venia á su casa un hombre que le daba dineros y cartas, y le encargaba su regalo, de que habia tenido sospecha que su padre debia ser otro más noble y que vivia léjos de Sevilla; y así un dia, habiéndole hallado de buen humor, le habia dicho que le dijese de quién era hijo, pues ya él sabia que no era suyo; pero que ni en aquella

ocasion ni en otras muchas pudo obligarle con grandes servicios y encarecimientos á que se lo dijese, si bien le traia en palabras de un dia en otro, jurándole que sin licencia de aquella persona era imposible; y en medio destas esperanzas se le habia muerto de mal, que cuando quiso decirselo no pudo; y que quedando desamparado, no supo aplicarse á ningun officio, por más que habia deseado intentarle; que así, habia querido elegir el de pastor y hombre del campo, más por vivir en soledad, hallándose tan triste sin saber quién era, que no porque entendiese que aquel camino podia en ningun tiempo mejorar su fortuna. «En eso te engañaste, respondió el Duque, porque yo te quiero llevar conmigo y estimarte en lo que mereces: que es gran violencia de tus estrellas que con tantas gracias vivas entre gente tan humilde, porque es ingratitud al cielo ó emplearlas ó mal encubrirlas.» Besó Diana las manos del Duque con las cortesías y ceremonias que habia aprendido en mejores pafios, y aceptó la merced que le hacía con humildes y discretas razones, que por instantes iban hallando mayor gracia en los ojos de aquel gran señor, que haciéndola acomodar de lo necesario, la llevó consigo. El disgusto de Silveria no halló con qué poder compararle, sino es á contrario sentido, con el gusto del estudiante celoso, que de ver que se iba Diana, estaba con tanto gusto como Silveria y su hermana tuvieron

pena, celebrando con lágrimas su partida.

¿Quién duda, señora Leonarda, que tendrá vuestra merced deseo de saber qué se hizo de Celio, que há muchos tiempos que se embarcó para las Indias, pareciéndole que se ha descuidado la novela? Pues sepa vuestra merced que muchas veces hace esto mismo Heliodoro con Teágenes, y otras con Clariquea, para mayor gusto del que escucha, en la suspension de lo que espera. A Celio sucedió tan mal en su viaje, que con una tormenta deshecha, no siendo parte la industria de los marineros, rompiendo cables y amarras y todas las demás jarcias del navío, estuvo á pique de perder la vida en el rigor inexorable de las ondas. Entró en confusion de las voces del amain, el iza, vira, zaborda, el acudir por diversas partes á la faena, desatinado el viento y descompuesto el orden de la navegacion, Celio, más que el navío, desordenadas las jarcias de los sentidos, sólo atendiendo á perder á Diana, á quien él imaginaba sol del mundo Antártico, decia, casi en imitacion de Marcial, un poeta latino, por quien á vuestra merced le está mejor no saber su lengua:

«Ondas, dejadme pasar,  
Y matadme cuando vuelva.»

Y lo imitó el divino Garcilaso:

«Ondas, pues no se excusa que yo muera,  
Dejadme allá pasar, y á la tornada  
Vuestro furor ejecutó en mi vida.»

Y aquí de paso, advierta vuestra merced que á muchos ignorantes que piensan que saben, espanta que con tales vocablos se dé á Garcilaso nombre de príncipe de los poetas en España. *Tornada*, y otros vocablos que se ven en sus obras, era lo que se usaba entónces; y así, ninguno desta edad debe bachillerear tanto, que le parezca que si Garcilaso naciera en ésta, no usara gal'ardamente de los aumentos de nuestra lengua; pero á vuestra merced qué le vá ni le viene en que hablen como quisieren de Garcilaso? Así decia una cancion que cantaban un dia los músicos de un señor grande:

«Las obras de Boscan y Garcilaso  
Se venden por dos reales,  
Y no las haréis tales,  
Aunque os precieis de aquello del Parnaso.»

Atrévome á vuestra merced con lo que se me viene á la pluma, porque sé que, como no ha estudiado retórica, no sabrá cuánto en ella se reprehenden las digresiones largas. Llegó Celio derrotado con su nave, después de tan larga tormenta, á una isla en las partes de Africa, donde algunos navíos suelen hacer agua, aunque es menester salir por ella mucha gente con buenas armas y no ménos cuidado, porque la guardaban moros por los daños que les solian hacer las galeras y navíos de España. La de Celio venia tan maltratada de la tormenta,

que no pudiendo pasar adelante, se determinaron á aderezarla. Salieron en tierra los pasajeros y el patron, y no de mala gana, que al hombre siempre le fué madre la tierra y madrastra el agua. Comieron sobre unas yerbas, que les servian de manteles, y en el fin de la más descansada comida que habia tenido el viaje, porque tenia la mesa más firme, el patron, conociendo la tristeza de Celio, le rogó que le dijese la causa; él, movido de su piadoso ánimo, le contó quién era, lo que le habia sucedido, lo que buscaba, á la traza que suelen ser las narraciones de las comedias, que hay poeta cómico que se lleva de un aliento tres pliegos de un romance. «En esa tierra, dijo el patron, tengo yo un tio cuya es la mayor parte de la hacienda que llevo en este navío, donde una noche que yo venia de darle cuenta de las ganancias de la flota pasada, viniendo ya despedido, con orden de lo que habia de hacer, casi al filo de la media noche, por una calle arriba, me llamó desde un balcon una dama y me preguntó si era hora, á quien yo respondí que cualquiera era buena; y entónces me dió un cofrecillo lleno de joyas y dineros, diciéndome que aguardase á la puerta. No sé qué condicion pudo moverme á cosa tan mal hecha, que tomando á toda furia la calle, no quise aguardar el suceso, porque hay fábulas que hasta la segunda jornada llegan felicemente, y á la tercera se pierden. Empeñé las joyas en Sevilla para

cosas que me fueron necesarias, con determinación que si Dios me volvía con bien del comenzado viaje, volvería las joyas á su dueño; pero si por la relacion, añadió el piloto, que me habeis dado, conoceis esta dama, este diamante es suyo; mirad si le conoceis.» Celio, conociendo que con el primer papel se le habia dado á Diana, atravesada la garganta de un fuerte ruido, apenas pudo ni supo responderle, y más cuando añadió el piloto que si en Sevilla se lo hubiera dicho, no tenía para qué buscar á Diana, porque él sabia infaliblemente que no iba en la armada. Celio, satisfecho y muerto, le dijo que aquel anillo era la primera cosa que habia dado á Diana, y que las joyas no tenía que tratar de volverlas, porque la dama era de calidad y le podria costar la vida, por haber sido hurto; que lo callase y gozase, dándole sólo el anillo, que él no queria otra cosa para consolarse; pero por diligencias que hizo Celio, por ruegos, por amenazas, jamás pudo acabar con aquel bárbaro que le diese el anillo. Las palabras suelen ser más dueños de las penidencias que los agravios; de unas en otras vinieron Celio y el patron á descomponerse, porque el mayor contrario del amor no es la ausencia, los celos, el olvido, el interés, ni la inconstancia de la condicion, sino la porfia. Llegó, pues, á tanto extremo, que Celio con la daga le dió dos puñaladas, de que quedó muerto. La gente de la nave acudió al alboroto, y aunque él desesperada-

mente intentó defenderse, le prendieron y llevaron al navío, que calafeteado y puesto á punto, partió con buen viento y con Celio atado á una cadena en el lastre, á Cartagena de las Indias, habiendo hecho el escribano del navío una pequeña informacion, á causa de no negar Celio la muerte del piloto, porque decia llanamente que él le habia muerto por ladron de su hacienda, de su vida y de su honra. Depositáronle finalmente en la cárcel, porque en la tierra no habia gobernador, y estaba, como tan nuevamente conquistada, llena de alborotos y robos, inobediente por remota y vária por ambiciosa; y como dijo el mayor Plinio: «Ningun gobierno es más aborrecido que aquel que más conviene al pueblo.»

Servia en estos medios Diana al Duque, á quien por el cuidado de su ropa, limpieza y aseo de sus vestidos, hizo en breve tiempo su camarero, porque en todo tenia buen gusto y le ayudaba el desseo; que nadie sirve bien si no desea agradar á quien sirve.

Determinóse el Rey Católico en la conquista del reino de Granada, y envió á llamar los grandes, de los cuales no fué el postrero el Duque, pues apenas habia recibido la carta, cuando nombró los criados que habian de acompañarle, y los vistió y adornó de ricas libreas. No tuvo Diana en sus trabajos otro dia de contento, porque imaginó que si Celio la buscaba, en ningun lugar lo podia hallar como en la córte; y á todos les

dió tan grande, que le daban el parabien de verla alegre, porque la amaban y respetaban todos, porque á todos con mucha discrecion llevaba sus condiciones; cosa tan necesaria en palacio, que el que pensare lograr la suya sin sufrir y acomodar la de otros, ni podrá conservar la gracia del señor, ni dejará perder sus pretensiones por envidia. En este viaje se acreditó mucho Diana, y le mostró mayor amor el Duque; que los caminos y las cárceles hacen notables amistades y descubren más los entendimientos. Estaban un dia haciendo hora para caminar, y mandó el Duque á Diana que le cantase alguna de las selvas que solia. Ella, con graciosa obediencia, comenzó la segunda, diciendo así:

«Verdes selvas amorosas,  
Oid otra vez mis quejas,  
Que en fé de que fuisteis mudas,  
Os quiero contar mis penas.  
Pues hallo mi compañía  
En las soledades vuestras:  
No os cansé ahora el oírlas,  
Pues descanso en padecerlas.  
Si os pareciere importuno,  
Sabed, amorosas selvas,  
Que ha dado el cielo á los males  
Para quejarse licencia.  
Si cuando os conté mis dichas  
Os alegrásteis con ellas,  
Haced oficio de amigo,  
Y acompañad mis tristezas,

Aquella aldeana hermosa,  
Cuya divina belleza  
Para criar vuestras flores  
Trajo el sol en dos estrellas;

La que bajaba á matar  
Fieras por vuestra aspereza,  
Y mentia, que eran almas  
Las que ella llamaba fieras;

Por celos de una pastora,  
Selvas, que miraba apénas,  
Tan fea y tan enfadosa  
Como si no fuera nécia,

Se fué de la aldea airada,  
Sólo porque fuese aldea,  
Porque fué con ella córte,  
Porque fué cielo con ella.

¿Cómo os diré mi dolor,  
Si no sabeis qué es ausencia?  
Mas si sabeis, pues tres meses  
Aguardais la primavera.

Otros tantos há que vivo  
Desa parte de la sierra,  
Que quiso pasar sus nieves  
Por dejar su fuego en ellas.

Hay pastores donde está,  
De quien es justo que tema,  
No sé si con ménos alma,  
Mas sé que con más riqueza.

Ya sabeis, selvas, sus partes;  
¿Quién habrá que no la quiera?  
¿Quién habrá que no me mate?  
¿Quién habrá que no me ofenda?  
Todos pienso que la miran,



Y que todos la desean;  
Pues ¿cómo estaré seguro  
Cuando por celos me deja?  
Con esto muriendo vivo,  
Porque mis desdichas piensan  
Que alguno será dichoso  
Para que yo no lo sea.

Escribíle mis enojos,  
Y que no quiero quererla:  
¡Qué nécias tretas de amor,  
Si estoy muriendo por ella!  
Porfio por ver si escribe  
Alguna palabra tierna,  
De donde tome ocasion  
Para rogarle que vuelva.

Mas, como mi loco amor  
La tiene tan satisfecha,  
Sabiendo que he de rogarla,  
Responde que allá se queda.  
Que sus papeles la envíe,  
Porque no quiere que tenga  
Por donde, pasado el plazo,  
Pueda pedirle la deuda.

Con esto, celoso y triste,  
Fuíme á la sierra por verla,  
Fiándome de la noche  
Por encubrir mi flaqueza.

Y viéndola en su cabaña,  
Más que otras veces compuesta,  
Rogáronme mis desdichas  
Que creyese sus sospechas.

Selvas, quien ama y se viste  
Con celos y con ausencia,

No digo que tiene amor,  
Que amor es todo tristeza.  
Parecióme más hermosa;  
Que los enojos aumentan  
La hermosura, por que en fin  
Ya parece que es agena.  
Volvíme, y juré vengarme;  
Mas en estas diferencias,  
Así me quisiera hablar  
Como mil almas le diera.

Caminaban todos entretenidos con el do-  
naire y gracia de Diana, que le tenía para  
todas las cosas; mayormente el Duque, que  
ya llevaba cuidado de hacerle merced, y se  
la hubiera hecho si la hubiera visto inclina-  
da á casarse, porque algunas veces lo habían  
tratado él y la Duquesa, con una criada de  
su cámara, que era toda su privanza y gus-  
to, de que Diana se guardaba todo lo posi-  
ble, porque era imposible. Aposentóse al  
Duque en la córte con la grandeza que á  
tal príncipe convenia. Iba y venia á palacio,  
llevando siempre en su coche á Diana, que  
se convertia en los ojos de Argos, para ver  
si por aquellas calles ó en los patios y corre-  
dores del alcázar parecía Celio, que con fuer-  
tes prisiones estaba en Cartagena de las In-  
dias. El rey se ponía muchas veces en un  
balcon que sobre la puerta de palacio hacia  
una hermosa vista, para ver desde los cris-  
tales de los marcos entrar los grandes. Qui-  
so la fortuna de Diana, que ya se cansaba

de tantos accidentes, que sobre pasar los coches ó llegar á la puerta se descomidiese un criado con el Duque; y como los que le acompañaban se embarazasen, como cortesanos nuevos, Diana, que por donaire solia tomar las espadas negras con que se entretenian Octavio, su hermano, y Celio con las doncellas de su casa, quitando airosamente el estribo, ántes que se afirmasen, le dió una gentil cuchillada; la confusion fué grande: el Duque interpuso su autoridad, y metió consigo á su camarero hasta la puerta del retrete; habló el Rey al Duque, y como se riese hablándole, el Duque le preguntó que de qué se reia su alteza, y él le dijo: «Del buen aire de aquel gentil-hombre vuestro, que dió aquella cuchillada al que se le descomedió tan descortés y atrevido.» El Duque, viendo que el Rey no estaba enojado, le alabó y encareció las partes, gracias y virtudes de Diana, de suerte que quiso verla, y entró y le besó la mano. El buen talle de Diana, la gala, la discrecion y el despejo obligaron al Rey á pedirle al Duque, y él dijo que, aunque era todo su regalo, desde que le había recibido tenia este pensamiento de ofrecerle. Contenta estará vuestra merced, señora Leonarda, de la mejoría de nuestro cuento, pues ya queda Diana en servicio del Rey Católico, y en pocos dias tan privado, que en mil cosas que se le ofrecian holgaba de su parecer, y de lance en lance ya tenia los papeles de más calidad é importancia. Pues

prometo á vuestra merced que no lo estaba la pobre dama, porque tenia el alma entre dos Celios, y ausentes entrambos, uno en las Indias y otro en tierra de Plasencia, aquél su esposo, y éste su hijo. Creció tanto el amor del Rey con las gracias y servicios de Diana, que ántes que saliese de la corte el Duque, ya le había pagado lo que por ella había hecho, y su alteza le había dado, á ruego suyo, la encomienda mayor de Alcántara, y para su hermano segundo seis mil ducados de renta.

La gracia de la voz de Diana no se había encubierto en palacio; pero ya con el nuevo estado y oficio estaba en silencio; error del mundo, que en llegando los estados á la autoridad, pierdan calidad por las gracias, y que si á un hombre le dió el cielo gracia de cantar, tañer ó hacer versos, queda inhábil para otros oficios, y se murmura destas virtudes, como si fuesen fealdades. Alejandro tania y cantaba, Octaviano hacia versos, y no por eso dejaron, el uno de tener en paz el mundo, y el otro de conquistarle. Servia un hijo de un gran señor una dama, y ella deseaba con extremo oír cantar á Diana, cuya persona y entendimiento no debian de desagradarle. Pidió con grande encarecimiento al amante referido que le pidiese que cantase una noche. Diana, por no disgustarle, y creyendo que no importaría que se supiese, cerca de la una de la noche, en el terro cantó así:

Selvas, en mi vida tuve  
Más ocasion de hacer versos;  
Más causa para ser altos,  
Más amor para ser tiernos.

Hoy sabréis el mal que tuve,  
Y veréis el bien que tengo;  
Porque viene á ser mi voz  
Alma de vuestro silencio.

No he querido en el aldea,  
Selvas, hablar, porque temo  
Los secretarios de cifra  
De pensamientos agenos.

Hállome bien en vosotras,  
Porque si algun arroyuelo  
Murmura de lo que digo,  
Al fin corre y pasa presto.

En los palacios de Ciree  
Estuvo mi entendimiento  
Cantivo sin hermosura  
Y agradecido sin premio.

En esta transformacion  
No pude ver sus defectos;  
¡Mal haya amor que, pasado,  
Es todo arrepentimiento!

Pero ya, selvas amigas,  
Soy, por mi bien, de otro dueño,  
Tan hermoso, que parece  
De imaginaciones hecho.

Verdes y pintados son  
Sus ojos: mirad, os ruego;  
Si esto se llama pintado,  
¿Qué será lo verdadero?

Cuando los miro me admiro,

Y que es milagro sospecho  
Que, siendo soles pintados,  
Despidan rayos de fuego.

En ellos viven dos niñas,  
Nó como los ojos bellos  
Pintadas, sinó pintoras,  
Pues me retratan en ellos.

Este cielo de sus ojos  
Permite á dos arcos negros  
Por amistad hermosura,  
Que no es poco junto á ellos.

Naturaleza y la diosa  
Que vuestros prados amenos  
Visten por Abril y Mayo,  
En su boca compitieron.

Y aunque os dió la primavera  
La rosa en honra de Vénus,  
Perdió con la de sus lábios,  
Donde yo tambien me pierdo.

De dos corales la hizo;  
Mas las perlas que ví dentro,  
Su misma risa las diga,  
Que yo turbado no acierto.

Sus manos son de marfil,  
Y flechas de amor sus dedos,  
Porque á ser de nieve el sol,  
Hubiera rayos de hielo.

Lo demás, aunque es lo más  
No lo digo, porque pienso  
Que me tendréis por dichoso,  
Y estará cerca de nécio.

Pero imaginad el alma  
Que anima su hermoso cuerpo,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
GENERAL DE MÉXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1940, 1625 MONTERREY, A.

Y veréis por un cristal  
La luz de su entendimiento.

Tres dicen que son las gracias,  
Los que las suyas no vieron,  
Porque las hicieran más,  
O fueran las otras menos.

Destá belleza que digo,  
Seis años anduve huyendo;  
Pero en un hora de amor  
Le pago cuanto le debo.

Aquí vivo de mirarla,  
Y como sin verla muero,  
Siempre digo que me voy,  
Imaginando que vuelvo.

Estoy contento y celoso;  
¿Quién vió celoso y contento?  
Mas téngolos de mi dicha,  
Sin darme ocasion de celos.  
¡Ay de mí, si alguna vez  
Fuese verdad lo que temo!  
Pero no quiero pensarlo,  
Por no morir de temerlo.

Esta fué la desdicha ó la dicha de Diana, que habiéndola oído algun celoso que no estaba en desgracia del rey, y lo estaba desta Diana, se lo dijo y afeó noblemente. El, que lo habia oído y disimulado, comenzó á dar órden, solicitado de muchos, á quien era odiosa su privanza, como cosa sin fundamento de sangre y dignos servicios de paz y guerra; habiendo sabido que en las Indias habia tantos alborotos, y conociendo

que á Diana, que siempre se llamó Celio, comenzaba á emprender la envidia, porque no viniese á caer por sus calumnias en su desgracia, le nombró por gobernador y capitán general de todo lo nuevamente conquistado, y para castigar los culpados en la muerte del que lo habia sido, de que cada día venian á España quejas y procesos. No pudo Diana dejar de aceptar el cargo, y besando la mano al Rey, con sus despachos y la gente necesaria, partió de Valladolid á Sevilla, donde estaba la armada y se hacia la gente que habia de pasar con ella, que á la fama de la inmensa riqueza que aquella tierra producía, era infinita. Pasó por Toledo, su patria; y como allí la novedad moviese las damas y caballeros, salieron todos a ver el nuevo Virrey, cuyo talle y entendimiento en todas las ciudades de Castilla tenía fama. Salió su hermano Octavio, y como ella le viese entre los otros, cubriéndosele el rostro de lágrimas, cerró las cortinas del coche, y echándose en las almohadas, pensó rendir el alma. No quiso parar en Toledo, y cuando estaba lejos de ser vista, haciendo descubrir el coche, miraba la ciudad con entrañables suspiros. Desde Sevilla comenzó la fortuna de Diana á mejorar de intento, y la del mar le puso con tiempo próspero en la tierra deseada, con grande aplauso de los españoles é indios, que viendo de la suerte que se hacia respetar y temer, lo que castigaba y premiaba, la limpieza

de sus manos y la entereza de su justicia, así por esto, como porque le imaginaban tan mozo y tan casto, le llamaban el sol de España. A muchos enviaba á ella con los procesos y averiguaciones, á muchos hacia dar garrote en secreto y sepultura en el mar, si allí le había. Llegó últimamente á Cartagena, y visitando los presos, vió á Celio, que aunque estaba flaco y descolorido, le conoció luego; que, como amor está en la sangre, váse presto al corazón y da aviso al alma. La alegría de Diana compitió con la disimulación, y estuvo cerca de vencerla. Informóse de la causa, y quisiera librarle; pero dos hermanos del muerto, el uno mercader rico y el otro capitán belicoso, y que hasta entónces le habían guardado en la cárcel y perseguido, daban voces y pedían justicia, de suerte que no le fué posible á Diana ponerle en libertad. Hizo salir de la sala á todos, y quiso saber de su boca todo el suceso, dándole palabra de caballero, si le decía la verdad, de ayudarle cuanto le fuese posible. Creyendo Celio que el virey se le había aficionado, y creyendo la verdad, aunque no la entendía, contóle por extenso toda su historia, desde los amores de Toledo, la ausencia de Diana, lo que había padecido por buscarla, y cómo el hombre que había muerto era el que le había hurtado sus joyas, que por no le querer restituir el diamante y ser la primera prenda de su amor, vino en tanta desesperacion y renova-

do sus desdichas. Diana miraba á Celio y volvía las lágrimas desde los ojos al corazón, llorando sobre él lo que fuera en el rostro á estar más sola. Hizo retirar á Celio y de secreto á su mayordomo que con notable cuidado le regalase; y le hablaba todos los dias, haciéndole siempre referir su historia de que Celio se admiraba, viendo que no quería que le tratase de otra cosa. Acabadas todas las que tenía que hacer en aquella tierra, hechos los castigos y dado á los leales los merecidos premios, como el Rey le mandaba por sus provisiones y despachos; viendo que no había sido posible aplacar con ruegos ni dineros la rigurosa parte del piloto difunto, le embarcó en su capitana, y á título de preso llevó consigo comiendo y jugando con él todo el viaje. Halló Diana al rey Católico en Sevilla; fué á besarle la mano con grande acompañamiento, y no sin Celio, que allá le llevó tambien con la disculpa de algunas guardas. Pienso, y no debo de engañarme, que vuestra merced me tendrá por desalentado escritor de novelas, viendo que tanto tiempo he pintado á Diana sin descubrirse á Celio después de tantos trabajos y desdichas; pero suplico á vuestra merced me diga, si Diana se declarara, y amor ciego se atreviera á los brazos, ¿cómo llegará este gobernador á Sevilla? Pues no ha faltado tambien quien me ha dicho que hablándose los dos á solas, los murmuraron, y dieron cuenta al Rey donde

le fué forzoso á Diana declararse, y ellos quedaron corridos. Lo cierto es que entre las mercedes que pidió á su majestad por los servicios de la India y su pacificacion, fué el perdon de Celio, y luego que le hiciese cumplir la palabra que le habia dado de casarse con ella, de que el Rey y todos sus caballeros quedaron admirados, y Celio, conociendo que el gobernador era su hermosa mujer, que tantas lágrimas y desventuras le habia costado. Grandes fueron las mercedes que el Rey les hizo, y grandes las fiestas que se hicieron á sus casamientos, y no menor el contento de ver su hijo, por quien enviaron luego personas de confianza. Trájole la pastora en hábito de grosero zagal, pero con linda cara y melena hasta los hombros. El contento destes amantes, cuando descansaron en los brazos de tantas fortunas, vuestra merced, con su grande entendimiento, lo figure, pues ya su imaginacion se habrá adelantado á exagerársele; y que yo me parto á Toledo á pedir albricias á Lisena y Octavio de que ya hicieron fin las fortunas de la hermosa Diana y el firme Celio.

## EL DESDICHADO POR LA HONRA.

Pienso que me ha de suceder con vuestra merced lo que suele á los que prestan, que pidiendo poco y volviendo luego, piden mayor cantidad para no pagarlo. Mandóme vuestra merced escribir una novela: envíele *Las fortunas de Diana*; volviómeme tales agradecimientos, que luego presumí que queria engañarme en mayor cantidad, y háme salido tan cierto el pensamiento, que me manda escribir un libro dellas, como si yo pudiese medir mis ocupaciones con su obediencia. Pero, ya que lo intento, si no en todo, en alguna parte, voy con miedo de que vuestra merced no ha de pagarme, y en esta desconfianza y fuerza que hago á mi inclinacion, que halla mayor deleite en mayores estudios, aparece como la luz que guiaba á Leandro la llama resplandeciente de mi sacrificio, así opuesta al imposible como á las objeciones de tantos, á que está respondido con que es muy propio á los mayores años referir ejemplos, y de las cosas que han visto contar algunas; verdad que se hallará en *Homero*, griego, y en

le fué forzoso á Diana declararse, y ellos quedaron corridos. Lo cierto es que entre las mercedes que pidió á su majestad por los servicios de la India y su pacificacion, fué el perdon de Celio, y luego que le hiciese cumplir la palabra que le habia dado de casarse con ella, de que el Rey y todos sus caballeros quedaron admirados, y Celio, conociendo que el gobernador era su hermosa mujer, que tantas lágrimas y desventuras le habia costado. Grandes fueron las mercedes que el Rey les hizo, y grandes las fiestas que se hicieron á sus casamientos, y no menor el contento de ver su hijo, por quien enviaron luego personas de confianza. Trájole la pastora en hábito de grosero zagal, pero con linda cara y melena hasta los hombros. El contento destes amantes, cuando descansaron en los brazos de tantas fortunas, vuestra merced, con su grande entendimiento, lo figure, pues ya su imaginacion se habrá adelantado á exagerársele; y que yo me parto á Toledo á pedir albricias á Lisena y Octavio de que ya hicieron fin las fortunas de la hermosa Diana y el firme Celio.

## EL DESDICHADO POR LA HONRA.

Pienso que me ha de suceder con vuestra merced lo que suele á los que prestan, que pidiendo poco y volviendo luego, piden mayor cantidad para no pagarlo. Mandóme vuestra merced escribir una novela: envíele *Las fortunas de Diana*; volviómeme tales agradecimientos, que luego presumí que queria engañarme en mayor cantidad, y háme salido tan cierto el pensamiento, que me manda escribir un libro dellas, como si yo pudiese medir mis ocupaciones con su obediencia. Pero, ya que lo intento, si no en todo, en alguna parte, voy con miedo de que vuestra merced no ha de pagarme, y en esta desconfianza y fuerza que hago á mi inclinacion, que halla mayor deleite en mayores estudios, aparece como la luz que guiaba á Leandro la llama resplandeciente de mi sacrificio, así opuesta al imposible como á las objeciones de tantos, á que está respondido con que es muy propio á los mayores años referir ejemplos, y de las cosas que han visto contar algunas; verdad que se hallará en *Homero*, griego, y en

*Virgilio*, latino, bastantes á mi crédito, por ser los príncipes de las dos mejores lenguas; que de la santa no se pudieran traer pocos, si mi propósito fuera disculparme. Confieso á vuestra merced ingénuamente que hallo nueva la lengua de tiempos á esta parte, que no me atrevo á decir aumentada ni enriquecida; y tan embarazado con no saberla, que por no caer en la vergüenza de decir que no la sé para aprenderla, creo que me ha de suceder lo que á un labrador de muchos años, á quien dijo el cura de su lugar que no le absolvería una Cuaresma, porque se le había olvidado el credo, si no se le traía de memoria. El viejo, que entre los rústicos hábitos tenía por huésped desde el principio de su vida una generosa vergüenza, valiése de la industria por no decir á nadie que se le enseñase, que á la cuenta tampoco sabía leerle. Vivía un maestro de niños dos casas más arriba de la suya, sentábase á la puerta mañana y tarde, y al salir de la escuela decía con una moneda en las manos: «Niños, ésta tiene quien mejor dijere el credo.» Recitábale cada uno de por sí, y él le oía tantas veces, que ganando opinión de buen cristiano, salió con aprender lo que no sabía. Paréceme que vuestra merced se promete con esta prevención la baja-za del estilo y la copia de cosas fuera de propósito, que le esperan; pues hágala á su paciencia desde ahora, que en este género de escritura ha de haber una oficina de

cuanto se viniere á la pluma, sin disgusto de los oídos, aunque lo sea de los preceptos; porque, ya de cosas altas, ya de humildes, ya de episodios y paréntesis, ya de historias, ya de fábulas, ya de reprehensiones y ejemplos, ya de versos y lugares de autores, pienso valerme, para que ni sea tan grave el estilo que cause á los que no saben, ni tan desnudo de algun arte que le remitan al polvo los que entienden. Demás, que yo he pensado que tienen las novelas los mismos preceptos que las comedias, cuyo fin es haber dado su autor contento y gusto al pueblo, aunque se ahorque el arte; y esto, aunque vá dicho al descuido, fué opinión de Aristóteles; y por si vuestra merced no supiere quién es este hombre, desde hoy quede advertida de que no supo latin, porque habló en la lengua que le enseñaron sus padres, y pienso que era en Grecia; con este advertimiento, que á manera de proemio introduce la primera fábula, verá vuestra merced el valor de un hombre de nuestra patria, tan necio por su honra, que si lo fuera el fin como el principio, la lástima le cubriera de olvido y la pluma de silencio.

En una villa insigne del arzobispado de Toledo, con todas sus circunstancias de grave, hasta tener voto en Córtes, se crió un mancebo de gentil disposición y talle y no ménos virtuosas costumbres y entendimiento. Enviéronle sus padres en sus primeros años á estudiar á la famosa Academia



que fundó el valeroso conquistador de Orán, fray Francisco Jimenez de Cisneros, cardenal de España, persona que peleaba y escribía, era severo y humilde y que dejó de sí tantas memorias, que aun siendo este lugar tan infimo, no se pasó sin ella. Habiendo oido Felisardo, que así se ha de llamar este mancebo, y como si dijésemos el héroe de la novela, algunos años la facultad de cánones, mudó intento por algunos respetos, y viniendo á la corte de Felipe III, llamado el Bueno, aplicóse á servir en la casa de un grande los más conocidos destes reinos, así por su ilustrísima sangre como por la autoridad de su persona. Era la de Felisardo tan buena, sus partes y costumbres tan amables, porque, después de ser muy valiente por sus manos, era de singular modestia por su lengua, que se llevó los ojos deste príncipe y las voluntades de los amigos que le trataban, de los cuales tuvo muchos, y yo participé de su conversacion y compañía algunas horas. Mal he hecho en confesar que escribo historia de tiempos presentes, que dicen que es peligro notable; porque en habiendo quien conozca alguno de los contenidos, ha de ser el autor vituperado, por buena intencion que tenga; pues no hay ninguno que no quiera ser, por nacimiento godo, por entendimiento Platon y por valentia el conde Fernan-Gonzalez; de suerte que, habiendo yo escrito *El asalto de Matrique*, dió el autor que representaba

esta comedia el papel de un alferez á un representante de ruin persona, y saliendo yo de oirla, me apartó un hidalgo, y dijo muy descolorido que no habia sido buen término de dar aquel papel á hombre de malas facciones y que parecia cobarde, siendo su hermano muy valiente y gentil-hombre; que se mudase el papel, ó que me esperaria en lo alto del Prado desde las dos de la tarde hasta las nueve de la noche. Yo, que no he tenido deudo con los hijos de Arias Gonzalo, consolé al referido D. Diego Ordoñez, y dando el papel á otro, le dije que hiciese muchas demostraciones de bravo, con que el hidalgo, que lo era tanto, me envió un presente. Aquí no correrá este peligro con Felisardo, porque irá su desdicha á solas, sin comprehender participantes cuando la historia fuera sangrienta. Finalmente, señora Marcia, deseos de aumentar honor y ver la hermosa Italia llevaron este mancebo á uno de los reinos que su majestad tiene en ella, en servicio de un príncipe que habia de gobernarle, como lo hizo felicisimamente. En habiendo este señor comunicado á Felisardo, puso en él los ojos, honrándole y favoreciéndole, sin envidia de los demás criados, que parece imposible; y yo no hallo en el servir, con ser vida tan miserable, cosa tan áspera como este infalible aforismo: «Si el señor os ama, los criados os aborrecen.» De que se sigue lo contrario, pues para que ellos os quieran, el

señor os ha de tener en poco; mas la virtud de Felisardo, lo apacible comunicó, lo deseoso de hacer á todos gusto, y el hablar bien al dueño en ausencia y solicitar que se le hiciese á todos, venció con novedad de suceso la bárbara naturaleza del servicio. Gastaba algunos ratos Felisardo en escribir versos á una señora de aquella ciudad, no ménos hermosa que discreta, á quien se había inclinado, y ella, por su gentil disposición, admitía en los ojos las veces que con los suyos solicitaba este favor desde la calle. No le será difícil á vuestra merced creer que era poeta este mancebo en este fertilísimo siglo deste género de legumbres, que ya dicen que los pronósticos y almanaques ponen entre garbanzos, lentejas, cebada, trigo y espárragos, habrá tales y tales poetas. Dejemos de disputar si era culto, si puede ó no puede sufrir esta gramática nuestra lengua; que ni vuestra merced es de las que madrugan las Cuaresmas al sermón discreto, ni yo de los que se rinden en esta materia por parecerlo, juzgando lo que desean entender por entendido, y remitiendo al que lo escribió la inteligencia y la defensa. Pienso que está vuestra merced diciendo: «Si queréis decirme algun soneto en cabeza deste hombre, ¿para qué me quebrais la mia?» Pues vaya de soneto:

«Quien se pudo alabar después de veros,  
Si puede ser que se libró de amaros,

Ni mereció quereros ni miraros,  
Pues que pudo miraros sin quereros.

Yo, que lo merecí sin mereceros,  
Mil almas, cuando os ví, quisiera daros,  
Si lo que me ha costado el desearos,  
A cuenta recibís del ofenderos.

Mándame amor que espere, y yo le creo,  
Por lo que dicen que esperando alcanza,  
Aunque tan alta la esperanza veo.

Pero si os ha ofendido mi esperanza,  
Dejadle la venganza á mi deseo,  
Y no queráis de mí mayor venganza.»

Con un criado tuvo lugar Felisardo de enviar este soneto á la señora Silvia, dama verdaderamente en quien concurrían todas las partes que hacen una mujer perfecta en sus primeros años. Apetecía este mancebo en ella lo que no tenía, porque Silvia era rubia y blanca, y él no del todo moreno y barbinegro, pero de suerte, que parecía español desde el principio de una calle. Con esta gala de escribir en verso, licencia que no se niega, y libertad con que se dice más de lo que se siente, continuaba Felisardo su voluntad, y Silvia le correspondía, disimulando por su calidad lo que no hubiera hecho sin ella; así la tenían obligada los servicios personales deste mancebo y las fuerzas de amanecer en su calle, que ya ella, aunque con algun recato, se levantaba á verle. Por no impedir el curso deste amor hemos llegado aquí, sin tomar en la boca á Alejan-

dro, caballero insigne desta ciudad, que voy encubriendo, y notablemente rendido á la hermosura desta dama. Pareciale al referido que, pues Silvia no le amaba, no habria en el mundo quien le mereciese; con que llegó el descuido á no reparar en Felisardo, hasta que le halló más veces que él quisiera, asida la mano á una reja baja de su casa, y le pareció que en la nueva manera de conversacion le favorecia. No le agradó asimismo á Felisardo el cuidado de Alejandro, porque no le faltaban á este caballero méritos, si bien blancos y rubios, que por ser comunes en aquella tierra no eran tan vistos. Con esto dieron entrambos en no dejar las noches desierta la campaña, guardando cada uno su puesto y enviando centinelas perdidas. Sintió Alejandro que estaba en mejor lugar Felisardo, y dándole á los celos, como el verdadero amor nunca tuvo término en el amar, que así le sintió Propercio, llegó á ser descompostura en su autoridad y modestia, y más declarado que solia, habiendo conducido una noche con varios instrumentos excelentes músicos, quiso que á sus mismas rejas dos voces de las mejores la cantasen así:

«Deseos de un imposible  
Me han traído á tiempos tales,  
Que no teniendo remedio,  
Solicitan remediarme.

Dando voy pasos perdidos

Por tierra que toda es aire,  
Que sigo mi pensamiento,  
Y no es posible alcanzarle.

Desengáñanme los tiempos,  
Y pídoles que me engañen,  
Que es tan alto el bien que adoro,  
Que es menor mal que me maten.

*¡Ay Dios, qué loco amor, mas tan suave,  
Que me disculpa quien la causa sabe!*

Busco un fin que no le tiene,  
Y con saber, que en buscarle  
Pierdo pasos y deseos,  
No es posible que me canse.

Vivo en mis males alegre,  
Y con ser tantos mis males,  
La mayor pena que tengo,  
Es que las penas me falten.

Contento estoy de estar triste,  
No hay peligro que me espante,  
Que, como sigo imposibles,  
Todo me parece fácil.

*¡Ay Dios, qué loco amor, mas tan suave,  
Que me disculpa quien la causa sabe!*

Hermoso dueño deseo,  
Y es tanto bien desearle,  
Que ver que no le merezco  
Tengo por premio bastante.

Tanto le estimo, que creo  
Que pudiendo darle alcance,  
Si su valor fuera ménos,  
Me pesara de alcanzarle.

Para su belleza quiero  
La gloria de lo que vale,

Y para mí, siendo tuyas,  
Tristezas y soledades.

*¡Ay Dios, qué loco amor, mas tan suave,  
Que me disculpa quien la causa sabe!*

No dormía en este tiempo Felisardo, que con cuidadosos pasos había reconocido el dueño de aquellos pensamientos y de la música, haciéndole más celos el estar tan bien escritos que el haber tenido atrevimiento para cantarlos. Desagradó á Alejandro sumamente la bachillería de los piés de Felisardo, que más curiosos de lo que fuera justo traían al dueño; y determinado á saber quién era, aunque ya la gentileza bastantemente lo publicaba, le dió dos giros, pensando que en español se llaman vueltas; perdona vuestra merced la voz, que pasa esta novela en Italia. Felisardo, que no era bien acondicionado en materia de la honra, cosa que solamente le hacía soberbio, declaróse á manera de enfadarse, y diciéndole que era descortesía, respondió Alejandro: *Io non sono discortese; voi sí, que havete per due volte fatto sentir al mondo la bravura de li vostri mostachi.* Creo que aquí vuestra merced me maldice, pues para decir: «Yo no soy descortés, vos sí, que por dos veces habeis hecho sentir al mundo la braveza de vuestros bigotes,» no habia necesidad de hablar tan bajamente la lengua toscana. Pues no tiene razon vuestra merced; que esta lengua es muy dulce y copiosa y dig-

na de toda estimacion, y á muchos españoles ha sido muy importante, porque no sabiendo latin bastantemente, copian y trasladan de la lengua italiana lo que se les antoja, y luégo dicen: «Traducido de latin en castellano;» pero yo le doy palabra á vuestra merced de que pocas veces me sucede, sino es que se me olvida, porque soy flaco de memoria. Si vuestra merced tiene en la suya la ocasion en que se amohinaron estos dos amantes, haya de saber que Felisardo no llevó á bien que le hablase en la braveza ni en el cuidado de los bigotes, que aunque no habia los estantales que les ponen ahora, ya de cuero de ámbar, ya de lo que solia ser fealdad, y ahora, ó los hace más gruesos ó los sustenta, que se llama en la botica: *Vigotorum-duplicatio*; como si dijésemos por donaire á un gordo, tiene dos barbas; no los traía con descuido, y porque se levantaban con sólo el cuidado de las manos, los llamaba los obedientes; y retirándose un poco, principio de quien quiere acercarse, le dijo la voz más alta, que nunca tuvo el enojo hijos pequeños de cuerpo: «Caballero, yo soy español y criado del Virey; truje estos bigotes de España, no para espantar cobardes, sino para adorno de mi persona; la música lleva de las orejas este sentido.» Replió Alejandro: «Desde léjos la pudiera oír quien las tiene tan largas, que por lo que oye, juzga que los que no conoce son cobardes; que hay hombre aquí

que se las cortará de dos cuchilladas y las clavará á los instrumentos para que los oigan más cerca.» A tan descompuestas palabras respondió Felisardo: «La espada es la respuesta;» y sacándola con gentil aire, y un broquel de la cinta le hizo conocer que no descendia de la compostura de los bigotes. Todos los músicos huyeron, que es gente á quien embarazan los instrumentos por la mayor parte, que no se entiende en todos, y yo he conocido músico que traia tambien las manos en la espada como en las cuerdas; pero en fin, tienen disculpa con que van á guardar los instrumentos, que aventurar aquello con que se gana de comer es extrema ignorancia; demás de que quien canta está sin cólera, y no le trajeron á reñir, sinó á hacer pasos de garganta, y el huir tambien es pasos, y se pueden hacer con los piés á una necesidad, como se vé en los que bailan, que no carecen los piés de armonía y música; que por eso la llaman compás, que es todo el fundamento de la música. Esto es guardar el decoro á los señores músicos que cantan en nuestra lengua, porque no son poco de temer enojados, pues con sólo venir á cantar mal á la calle de quien los hubiese ofendido, pueden matar un hombre como una pieza de artillería. Los criados de Alejandro hicieron rostro, riñeron cuatro con uno; si eran valientes, no lo disputemos; oigamos á Carranza, que dice en su libro de la *Filosofía de la espada*:

«Hay hombres de tan bajos ánimos, que no hace mucho uno solo en aventajarse á muchos.» Y prosigue más adelante: «Cuando un hombre solo riñe con otro, se puede decir que riñe, pero si con dos ó tres, ellos riñen con él, y él sólo se defiende.» Y prosiguiendo esta materia, dá la razon en que cuatro movimientos constituyen cuatro heridas, y que han de dar en cuatro lugares indeterminados, y que el objeto no podrá resistir á cuatro, pues á dos no pudo Hércules, como lo dice el adagio latino. Cumpliendo voy lo que dije, cansando á vuestra merced con cosas tan fuera de propósito, ya que lo sean del mio; pero ¿por qué no tengo yo de pensar que vuestra merced es belicosa, y que si se hallara al lado de Felisardo, por haber nacido tan cerca de su patria, estaren en la extranjera, enamorado y con buen tallo, no se holgara de ayudarle, aunque fuera con voces? Las de la cuestion fueron tantas, que acudiendo la justicias, se libró Felisardo de aquel peligro, que el vulgo amenaza á los españoles en toda Europa; en lo demás no salió herido, y lo quedó Alejandro y dos criados suyos. Llevóle la justicia al Virey, que no estaba acostado por que era noche de ordinario á España; mostró indignacion á Felisardo, y al alguacil ó capitán, como allá se llama, mucho agradecimiento de su cuidado; mandóle poner grillos y una cadena en su aposento, y en estando solos bajó á hacérselos quitar, y dándole

los brazos y una cadena, de las que llaman banda, de peso de cincuenta y cinco escudos (que soy tan puntual novelador, áun he querido que no le quede á vuestra merced este escrúpulo de lo que pesaba), le dijo que le contase todo el suceso. Oyóle el Príncipe con mucho gusto, y habiendo convalecido Alejandro, le hizo llamar, y llevándole al aposento de Felisardo, á quien para este efecto mandó poner la cadena y grillos, le dijo que mirase la pena que queria darle, que aunque fuese destierro á España, le enviaria luégo. Alejandro, que entendió que el Príncipe le obligaba por aquel camino á perdonarle, que de no hacerlo caeria en la desgracia de entrambos, escogió como discreto, y dió los brazos á Felisardo, que por estar herido su contrario habia visto y hablado á Silvia todas las noches, que desde la bizarría de la pendencia estaba más rendida. Creció el amor, cultivado de la vista y de las privaciones de la ejecucion de los deseos en conversaciones largas, que tantas honras han destruído y tantas casas han abrasado. Llegaron las palabras á darse con juramento de matrimonio, en dando el Virey á Felisardo algun grave oficio, que para la calidad de Silvia era necesario; y como amor es mercader que fia, aunque después nunca se pague, que esto tiene de señor, cuando ama, que no hay cosa que le den en confianza, que no reciba, ni alguna que después, si no es por justicia, pague;

permitió que Felisardo llegase á los brazos, hasta allí tan cuidadosamente defendidos, de que resultó poder eneuibrar mal lo que ántes desta determinacion estuvo tan encubierto. No se puede encarecer con qué comun alegría celebraban sus vistas los amantes, en su imaginacion esposos, y cómo revalidaba Felisardo el juramento, y Silvia le creia; que como cada uno se ama á sí mismo, por opinion del filósofo, aunque tema, dá crédito, por entretener su gusto; que nadie quiso tanto al otro, que no se quisiese más á sí mismo. Y así, cuando vuestra merced oiga decir á alguno, cosa que no le puede suceder, que la quiere más que á sí, dígame que Aristóteles no lo sintió desafortunado; y que á vuestra merced le consta que este filósofo era más hombre de bien que Plinio, y que trataba más verdad en sus cosas. Notable es la fortuna con los mercaderes, terrible con los privados, cruel con los navegantes, desatinada con los jugadores, pero con los amantes notable, terrible, cruel y desatinada. En medio desta paz, desta union, deste amor, desta esperanza y desta agradable posesion, se dividieron por el más extraño suceso que se ha visto en fortuna de hombre, ni ha cabido en humano entendimiento, pues sin dar disculpa ni ocasion á Silvia, pidió licencia al Virey Felisardo para ir á Nápoles á unos negocios, y se partió de Sicilia. ¿Dijo ya la ciudad? No importa, que aunque la novela se funde en honra, no

vendrá por esto á ménos aunque fuese conocida la persona; y yo gusto de que vuestra merced no oiga cosas que dude; que esto de novelas no es versos cultos, que es necesario solieitar su inteligencia con mucho estudio, y después de haberlo entendido, es lo mismo que se pudiera haber dicho con ménos y mejores palabras. En sabiendo Silvia que era partido este hombre, con tan fiera é indigna crueldad del amor que le habia tenido, de la honra que le habia costado, y de las joyas y regalos con que le habia servido, comenzó á derramar inmensa copia de lágrimas, y sin comer algunos dias, fué quitando á su hermosura el lustre y á su vida el término. Retirábase de noche con Alfredo, una fiel criada suya, y en un pequeño jardín que por unas rejas miraba al mar (no poca dicha en aquella ocasion, que sus ventanas tuviesen rejas), decia: « ¡Oh cruel español, bárbaro como tu tierra! ¡Oh el más falso de los Lombres, á quien no iguala la crueldad de Vireno, duque de Selandia (que á la cuenta debía de ser esa dama leida en el Ariosto), ni todos los que olvidados de su nobleza y obligacion dejaron burladas mujeres principales é inocentes! ¿A dónde vas, y me dejas sin honra y sin tí, de quien ya solamente podia esperarla? Pues habiendo partido de mis ojos tan injustamente, no me queda de quien poder cobrarla, pues la prenda que me dejas, más me la quita, y sólo podré deberle mi muerte; pues

es imposible que deje de sentir tu crueldad y que su sentimiento me quite á mí la vida. ¿Quién pensara, Felisardo mio, que en la modestia y compostura de tu rostro, en la gentileza y gallardía de tu cuerpo cupiera tan duro corazon y alma tan fiera? ¿Tú eres español, enemigo? No es posible, pues dellos oigo decir y he leído que ninguna nacion del mundo ama tan dulcemente las mujeres, ni con mayor determinación pierde por ellas la vida. Si se te ofreció alguna precisa fuerza para ausentarte, ¿por qué no me la diste por disculpa, y despidiéndote de mí, me mataras con ménos crueldad, aunque más presto? ¿Es posible, fiero español, que ayer estabas en mis brazos diciendo que por mí perderias mil vidas, y que hoy te vas con una sola que me has dado? ¡Ay de mí, que tú por ventura te estás riendo de mis lágrimas, afeando mis libertades é infamando mis atrevimientos, de que fueron causa, no mi liviandad, sino tu gentileza, no mi libertad, sino mi adversa fortuna! Que cierto será que estés ahora cantando á otra más dichosa que yo, pero tan cerca de ser tan desdichada, las locuras que me has visto hacer y las penas que me has hecho sufrir. Pues no se burle ahora de mí la que te cree y te escucha, que presto me ayudará á quejarme de tí, y sabiendo quién eres, me disculpará porque te quise, y me tendrá lástima porque te quiero. Estas y muchas decia Silvia llorando, sin bastar los consuelos

de Alfreda á templar su furia, tan fundada en razon como en desdicha. En estos medios llegó Felisardo á Nápoles, ciudad que vuestra merced habrá oído encarecer por hermosura y riqueza, y donde viven más españoles que en el resto de Italia, desde que el Gran Capitan D. Gonzalo Fernandez de Córdoba echó della á los franceses, adquiriendo aquel famoso reino á la corona de Castilla; servicio que, con los demás suyos, no podrá olvidar el tiempo ni acabar el olvido, si bien un escritor moderno, más envidioso que elocuente y docto, presumió que podía su poca autoridad en un libro que escribió, llamado *Raguallos* (1) *del Parnaso*, escurecer el nombre que no le pudieron negar hasta las naciones bárbaras. Con la tristeza que en ella vivía Felisardo no merece encarecimiento, porque en las cosas tan conocidas no se han de gastar palabras. Allí se determinó de escribir al Virey de Sicilia la causa original de su ausencia. Recibió aquel magnánimo príncipe la carta, y leyéndola, quedó admirado; no sé si lo estará vuestra merced, pero en ella decía así: «Al partirme de Sicilia no dije á vuestra excelencia la causa, que no me dió lugar á la vergüenza, y ahora sabe Dios la que escribiendo tengo, pues con estar solo, me

(1) *Raguallos*: nueva, aviso. Alude á la obra de Traj. Boccalini, impresa en Venecia hácia 1613. Véase el soneto sexto de la pag. 391.

«salen tantas colores al rostro como á los ojos  
«lágrimas. Estando en servicio de vuestra  
«excelencia, bien descuidado de tan gran  
«desdicha, me escribieron mis padres di-  
«ciéndome que en el nuevo bando del rey  
«don Felipe III acerca de los moriscos ha-  
«bian sido comprehendidos; cosa que á mi  
«noticia jamás había llegado, ántes bien me  
«tenia por caballero hijodalgo, y en esta  
«fé y confianza me trataba igualmente con  
«los que lo eran, porque mis padres eran  
«de los antiguos de la conquista de Grana-  
«da por los Reyes Católicos, y si no me en-  
«gañan, dicen que Abencerrajes, linaje que  
«trae consigo la desdicha y los merecimen-  
«tos. Parecióme dejar su casa de vuestra  
«excelencia, con harto dolor mio, porque le-  
«amo naturalmente, que no es justo que un  
«hombre á quien pueden decir esta nota de  
«infamia siempre que se ofrezca ocasion,  
«viva en ella, ni mi tristeza y vergüenza  
«me dieran lugar, aunque yo me esforzara,  
«por no estar con este recelo cada dia, y  
«más donde he tenido buena opinion. Vues-  
«tra excelencia me perdone; que ni acierto  
«á escribir, ni pienso que hasta llegar ésta á  
«sus manos podrá durar mi vida.»

Notable fué el sentimiento de aquel gran señor con esta carta, y tal, que se le conoció en su tristeza por muchos dias, al fin de los cuales le respondió así:

«Felisardo: Vos me habeis servido tan bien y procedido tan honradamente en to-



»das vuestras acciones, que me siento obli-  
 »gado á quererlos y estimaros mucho; en el  
 »nacer no merecen ni desmerecen los hom-  
 »bres, que no está en su mano; en las cos-  
 »tumbres sí, que ser buenas ó malas corre  
 »por su cuenta. Hacedme gusto de volver  
 »á Sicilia, que os doy palabra, por vida de  
 »mis hijos, de hacer de vos mayor estima-  
 »ción que hasta aquí, y tomar en mi honra  
 »cualquiera cosa que sucediere contra la  
 »vuestra; y no sé yo por qué habeis de es-  
 »tar corrido, siendo como sois caballero,  
 »pues no lo está el príncipe de Fez en Mil-  
 »lan, sirviendo á su majestad con un hábito  
 »de Santiago á los pechos, y tan honrado  
 »del rey Felipe II y de la señora infanta  
 »que gobierna á Flandes, que él le quitaba  
 »el sombrero y ella le hacía reverencia;  
 »porque la diferencia de las leyes no ofende  
 »la nobleza de la sangre, y más en los que  
 »ya tienen la verdadera, que es la nuestra,  
 »como vos la teneis, y confirmada por tan-  
 »tos años. Volved, pues, Felisardo, que en  
 »ninguna podeis estar más defendido que en  
 »mi compañía, donde os haré capitán y pro-  
 »curaré casaros de mi mano, sin apartaros  
 »de mí, lo que tuviere oficios de su majestad  
 »y vida.»

Recibió Felisardo esta carta, toda escrita  
 de su mano deste generoso príncipe, accion  
 tan digna de su ilustrísima sangre; y lloran-  
 do infinitas lágrimas con ella, besando mil  
 veces la firma, se dispuso á responderle así:

«Generoso y magnánimo Príncipe: Cuan-  
 »do me partí de vuestra excelencia, fui con  
 »desesperado ánimo de hacer alguna demost-  
 »ración de mi valor. Yo estimo y agradez-  
 »co, como es justo, tanta merced y favor,  
 »y la escribo con sangre en mi alma para  
 »algún día. Yo voy á Constantinopla, don-  
 »de ya estarán mis padres, que, como hom-  
 »bres nobles, escogieron la córte de aquel  
 »imperio, no queriendo quedarse en las cos-  
 »tas de España por no acordarse. Desde allí  
 »sabrà vuestra excelencia qué intento llevo,  
 »que pienso que será para hacer un gran  
 »servicio á Dios, al Rey y á mi patria. Des-  
 »de que entré en Palermo, serví, quise y  
 »merecí á la señora Silvia Menandra; cosa  
 »que jamás comuniqué á ninguno. Creo  
 »que le queda en el pecho alguna desdicha-  
 »da prenda. Suplico á vuestra excelencia  
 »que fie esa carta de quien se la pueda dar  
 »sin que aventure su honor, y favorezca lo  
 »que naciere, haciendo cuenta que le expo-  
 »ne la fortuna á los piés de su grandeza.»

Con esto se embarcó Felisardo, atrevido  
 y desatinado manco, cuya accion yo no  
 puedo alabar, pues en casa de tan generoso  
 príncipe pudiera estar seguro cuando vinie-  
 ra á España, que en Italia no lo había me-  
 nester, aunque fuese en los reinos de su  
 majestad, pues sólo pretendió echarlos de  
 aquella parte con que presumieron levan-  
 tarse, como se vé en las cartas y persuasio-  
 nes del ilustrísimo patriarca de Antioquia,

arzobispo de Valencia, D. Juan de Ribera, de santa y agradable memoria. Dentro de nuestra Europa, á solos cuatro estadios del Asia, tanto que habiéndose helado aquel mar, por una puente de hielo y nieve que cayó encima se pasaba del Asia á Europa; yace Constantinopla, primera silla del romano Imperio, después del griego y ahora turco, que por la inmensidad de tierra que posee le llaman grande; destruyóla el emperador Severo, reedificóla Constantino y ilustróla Teodosio. Tuvo cincuenta millas de muro, que Anastasio fabricó; por defenderla de los bárbaros hoy diez y ocho, que son seis leguas; sus vecinos son setecientos mil, las tres partes turcos, las dos cristianos y el resto indios. Tomóla Mahometa II el año de 1453, y desde entónces es córte de sus emperadores, que comunmente llaman el Gran Señor. Está puesta en triángulo; en el un extremo está el palacio real, que mira al Levante al encuentro de Calcedonia, parte del Asia; el otro ángulo mira al Mediodía y Poniente, donde están las siete torres, que sirven de fortalezas y de cárcel mayor de la ciudad; desde éste se vá al tercero por la parte de tierra, dispuesto á Tramontana, y donde está el palacio antiguo de Constantino en sitio eminente, y de quien se descubre toda, si bien inhabitable; desde el cual al que tiene el turco todo es puerto de una legua de mar, que entra por espacio de dos de largo, y de ancho poco más de un

tercio, habitado de varia gente, y de todos los vientos defendido. Por la parte de las siete torres baña el mar las murallas, dejando el sitio donde antiguamente fué la ciudad de Bizancio, de cuya grandeza sólo se ven ahora las ruinas. Tiene insignes mezquitas, fábricas de sultan Mahameth, Baysith y Selim, aunque ninguna igual con la que hizo Soliman, y se llama de su nombre, deseando aventajarse al gran templo de Santa Sofia, célebre edificio de Constantino el Grande. Conserva en ella el tiempo, á pesar de los bárbaros, algunas columnas de grandeza inmensa, mayormente la deste príncipe, labrada toda de historia de sus hechos. Tiene asimismo cuatro fuertes serrallos para las riquezas y mercaderías de propios y extrangeras; una calle mayor famosa, hasta la puerta de Andrinópolis, con la plaza en que se venden los cautivos cristianos, como en España los mercados de las bestias, y con mayor miseria. Sus puertas son treinta y una, al Levante, Poniente y Tramontana, con guardas de genizaros; las casas bajas, cuyos techos, de madera labrada, cubren ricas labores de oro. No usan tapicerías, porque su grandeza y aparato es vestir el suelo que cubren riquísimas alfombras; son las barcas que de ordinario pasan la gente de una parte á otra, que en su lenguaje llaman caïques ó permes, más de doce mil que es una cosa notable. Su sitio es tan frío, que desde Diciembre hasta fin de

Marzo está cubierta de nieve. Los templos famosos de cristianos, mayormente el de Nuestra Señora y el de San Nicolás, con otros muchos han intentado quitar los moriscos de la expulsión de España; y permitiendo el gran Visir que los derribasen y destruyesen por doce mil escudos que le daban, se fueron á despedir del Turco los embajadores de Francia, Alemania y Venecia, diciendo que aquello era no querer paz con sus príncipes, y por esta ocasion no salieron con su intento, ó lo más cierto, porque Dios no permitió que tantos cristianos careciesen del fruto de los tesoros de su Iglesia, donde tanto peligro corren sus almas. Aquí llegó Felisardo, y me parece que vuestra merced estaba ya cansada de esperarle, no se le dando nada del estado que ahora tiene y tuvo esta ciudad insigne, porque á mujer que tan poca estimacion ha hecho de los hombres de su ley, ¿qué se le dará del turco? Pues sepa vuestra merced que las descripciones son muy importantes á la inteligencia de las historias, y hasta ahora yo no he dado en cosmógrafo por no cansar á vuestra merced, que desde su casa al Prado le parece largo el mundo, aunque vaya por su gusto en hábito de tomar el acero, con tan buenos de matar lo que topa, que en ninguno la he visto más enemiga de la quietud humana. Vió Felisardo á sus padres, que, como eran nobles, lloraron el deshonor juntos, y el peligro que corría su sal-

vacion en aquella tierra, si bien el ver tantas iglesias y hospitales les consolaba. La comun fortuna hace mayores las confianzas del remedio y menores los sentimientos de las adversidades, como dijo no sé si era el filósofo Mirtilo, como solia la buena memoria de fray Antonio de Guevara, escritor célebre, á quien de aquí y de allí jamás faltó un filósofo para prohijarle una sentencia suya; y cierto que algunas veces es menos lo que dellos dijeron que lo que podría decir ahora cualquier moderno; pero dase autoridad á lo que se escribe diciendo: «Como dijo el gran Tamorlan, ó se halla escrito en los *Anales de Moscovia*, que están en la librería de la universidad del Cairo.» Porque si ello es bueno, ¿qué importa que lo haya dicho en griego ó en castellano? y si malo y frio, ¿cómo podrá vencer la autoridad al entendimiento? Hallé una vez en un librito gracioso, que llaman *Floresta española*, una sentencia que habia dicho un cierto conde: «Que Vizcaya era pobre de pan y rica de manzanas,» y tenia puesto á la margen algun hombre de buen gusto, cuyo habia sido el libro: «Sí diría,» que me pareció notable donaire; pues, como digo, y volviendo al cuento, estuvieron algunos dias Felisardo y sus padres dando trazas en su remedio, si para tal fortuna podia haber alguno. Y aquí confieso á vuestra merced, señora, que no sé, porque no me lo dijeron, cómo ó por dónde vino á ser Felisardo no

menos que bajá del Turco, que parece de los disfraces de las comedias, donde á vuelta de cabeza es un príncipe lagarto y una dama hombre y muy hombre, y á la fé que dice el vulgo que no le hablen en otra lengua. Turco, pues, era Felisardo; no lo apruebo; sus hopalandas traía y su turbante, y como era moreno, alto y bien puesto de bigotes, veníale el hábito como nacido; la disposición, el brio, el aire, la valentía y la presunción dieron motivo al Turco para tenerle muchas veces cerca de su persona; y así, trataba de las cosas de España familiarmente. Llamábase el Turco sultan Amath, hombre en esta sazón de treinta y tres años. Tenía preso un hermano suyo, llamado Mustafá, de edad de treinta, á quien deseando matar, fiera costumbre de aquellos bárbaros, envió una mañana al Vastan Gibassi con otros ministros, y hallando la cárcel cerrada, y al dicho Mustafá paseándose fuera de ella, lo dijeron al Turco, que teniéndolo por milagro, le dejó preso; aconsejado después del Muftí, que es el principal de los que enseñan su ley, quiso matarle; y aquella noche soñó que vía un hombre armado, que con una lanza le amenazaba, y con este temor le dejó con vida; si bien después le provocaron tanto, que desde una ventana que caía á un jardín de Mustafá le quiso tirar una flecha con veneno, y habiéndole apuntado, fué tal el temblor que le dió, que se le cayo el arco de las manos. Tanta ha sido finalmente la

humildad deste turco, que ni vestido ni oro ni regalo ha querido tomar de su hermano; él vive y se entiende que le ha de heredar aunque sultan Amath tiene muchos hijos, de los cuales dos varones y dos hembras se ven y comunican; los demás están recogidos y ocultos en su palacio. Tenía tanto gusto de ver imágenes y retratos de cristianos, que enviaba por ellos á los embajadores y mercaderes, y en habiéndolos visto se los volvía. Estando, pues, una fiesta mirando algunos que en una nave que tomaron estaban en la tienda de un rico hebreo, hizo llamar á Felisardo, que ya se llamaba Silvio Bajá, nombre de aquella dama de Sicilia, por quien vivía en la mayor tristeza que tuvo amante ausente, pues ni la desconfianza que tenía de verla, ni la mudanza del cielo y costumbres, era parte para que la olvidase, ni creo que lo fuera el río Sileno, donde se bañaban los antiguos, cuya propiedad era olvidar toda amorosa pasión, aunque fuese de muchos años. Venido Felisardo á su presencia, le preguntó si conocía aquellos retratos, y él le respondió que sí, y se los fué mostrando por sus nombres, diciendo lo que tan bien sabía de la grandeza de sus personas, apellidos y casas. Holgóse mucho Amath de conocer al emperador Carlos V, al rey II y III (1), al famoso duque de Al-

(1) No hay aquí errata, sino una elipsis demasiado atrevida, cual es la de suprimir el nombre de ámbos Felipe.

ba, conde de Fuentes y otros señores. ¿Quién dijera que el Turco se había de holgar desto? Entre las mujeres que entónces tenía sultana Amath, era la más querida una cierta señora andaluza, que fué cautiva en uno de los puertos de España; ésta holgaba notablemente de oír representar á los cautivos cristianos algunas comedias, y ellos, deseosos de su favor y amparo, las estudiaban, comprándolas en Venecia á algunos mercaderes judíos para llevárselas, de que yo ví carta de su embajador entónces para el conde de Lémos, encareciendo lo que deste género de eseritura se extiende por el mundo despues que con más cuidado se divide en tomos. Quiso nuestro Felisardo, mal dije, pues ya no lo era, agradar á la gran Sultana doña María, y estudió con otros mancebos, así cautivos como de la expulsion de los moros, la comedia de la *Fuerza lastimosa*. Visióse para hacer aquel conde gallardamente, porque había en Constantinopla muchos de los que hacian bien esto en España, y las telas y pasamanos mejores de Italia. Como era tan bien proporcionado, y estaba tan hecho á aquel traje desde que había nacido, no le hubo visto la Sultana cuando puso los ojos en él, y ellos fueron tan libres, que se llevaron de camino el alma. Representó Felisardo únicamente, y viéndose en su verdadero traje, lloraba lágrimas verdaderas, enternecido de justas memorias y arrepentido de injustas ofensas. Acabada la fiesta comen-

zó en Sultana este cuidado, y en todas las ocasiones que podia, daba á entender á Felisardo que le deseaba; de suerte que á pocos lances fué entendida, porque no hay papeles más declarados y efectivos que unos ojos que asienten á mirar amorosamente. Y así, un día, alabándole la buena disposición, y lastimándose de que por su voluntad hubiese dejado la verdadera ley, él le dijo que su ánimo no era vivir en la de aquel infame y falso profeta; que aunque era verdad que desesperacion le había traído adonde estaban sus padres, él venia con ánimo de hacer alguna cosa señalada en servicio del rey de España; porque tenia el ánimo tan bizarro, que no volvería á ella sin ser estimado y favorecido por alguna insigne hazaña. «Si yo puedo, respondió la Sultana, favorecerte, aquí tienes la mujer más rendida y más poderosa para ayudarte, porque á mí no me tiene sultana Amath como á las demás que le permite su ley y su grandeza.» Besóle entonces la mano Felisardo, é hincado de rodillas lloró mirándola. Ella, conociendo la fiera de Marte y la blandura de Adónis en aquel mancebo, levantándole de la tierra, le juró por la ley que tenia en el corazón impresa, de no desampararle en cuantas acciones intentase, aun que perdiese la vida. La ocasión que tomaron para verse, fué decir al Turco lo que gustaba de oír cantar á Felisardo; y así entraba y salía con libertad á entretenerla, y tal vez estando presente

el mismo sultan Amath, donde cantó así:

«Dulce silencio de amor,  
Si tanta gloria callando  
Consigue quien sirve amando,  
No la pretendo mayor.  
Poner en duda el favor  
Suspende mi atrevimiento,  
Y dice mi pensamiento  
Que mas la causa le culpa,  
Pues no puede haber disculpa  
Donde no hay merecimiento.

Amar, sin osar decir  
Tanto amor, es cobardía,  
Mas perder el bien seria  
Determinarse á morir;  
Pero yo quiero sufrir  
La pena á que me condena  
Fuerza de respetos llena,  
Y no temer su mudanza,  
Pues no pierdo la esperanza  
Mientras no pierdo la pena.

Del silencio que he tenido  
Ya vive mi amor quejoso,  
Pues no llega á ser dichoso  
Quien no pasa de atrevido.

Quisiera ser entendido  
Cuando á entender no me doy;  
Mas no decir lo que soy  
Por llegar á merecer,  
Sin ser querido, querer,  
Mientras que callando estoy.

Mi pensamiento contento  
Consigo mismo se halla,

Que por lo que piensa y calla  
Le llamaron pensamiento.  
Algunas veces intento  
Decir mi mal y su mengua,  
Por ver si el dolor se amengua;  
Pero son locos antojos,  
Que quien habla con los ojos  
No há menester otra lengua.

Dadme penas inmorta'es,  
Que siendo vos en el suelo  
Tan viva imágen del cielo,  
Serán penas celestiales.  
Si llama gloria los males  
Quien á su bien los prefiere,  
Señora, bien es que espere  
Que os obligue á que le deis  
Un bien de los que teneis,  
Quien tanto sus males quiere.

Sin mí conceded mi mal,  
Oh causa hermosa, por quien  
Le tiene el alma por bien,  
Que vos sois bien celestial;  
Y si con ser tan mortal,  
Que le entendais no merezco,  
Como en los ojos le ofrezco,  
No quiero, aunque me consuma,  
Que otra lengua ni otra pluma  
Os diga lo que padezco.»

Parecióle á Sultana que Felisardo habia compuesto estos versos á su sentimiento y propósito, y engañábase Sultana, porque los habia escrito por Silvia al principio de sus amores en Palermo; pero no se engañaba en

a intencion, pues Felisardo buscó estas dé-  
cimas, porque lo creyese así, entre los mu-  
chos versos que sabia, como suele suceder á  
los músicos, que traen capilla por las festi-  
vidades de los santos, que con solo mudar  
el nombre sirve un villancico para todo el  
calendario; y así es cosa notable ver en la  
fiesta de un mártir decir que bailan los pas-  
tores, trayéndolos de los cabellos desde la  
noche de Navidad al mes de Julio.

Notablemente crecía el amor en Sultana,  
conquistando la voluntad ausente deste mo-  
zo, que ya con libertad de hombre se de-  
terminaba, y ya con las obligaciones de hom-  
bre de bien se defendia. Pidióle que suplica-  
se al Turco le diese algunas galeras y gente,  
de que le nombrase capitan, lo que alcanzó  
fácilmente. Y así, comenzó á salir de Con-  
stantinopla con seis galeras bien armadas,  
sin consentir en ellas morisco alguno, que  
no gustaba de su trato ni les osaba fiar su  
pensamiento. Hizo algunos de alguna consi-  
deracion, y con poca guerra trujo á Constan-  
tinopla algunos cautivos, pero ninguno de  
España, que presentaba á Sultana, de quien  
recibia en satisfaccion joyas de notable pre-  
cio, porque ella gustaba de que las trujese  
en el turbante, que coronaba de diversas  
plumas. Corrió una vez la costa de Sicilia  
atrevidamente, y fuélo tanto, que se puso  
á la vista de Palermo. Silvia tenia de Felis-  
ardo un hijo de tres años, que criaba con  
libertad, por ser muertos sus padres, aun-

que no con tanta, que se persuadiesen los  
bien intencionados que era su hijo; que los  
que no lo son, en las doncellas más recata-  
das presumen mayores yerros. Sucedió pues  
que, como en tanto tiempo no habia tenido  
nueva de Felisardo, la desconfianza la tenia  
con algun consuelo, y pienso que por la sin-  
razon le hubiera olvidado, á no le tener en  
su hijo todos los dias presente con la mayor  
semejanza que ha visto el refran castellano  
en materia de esta duda, de que pido perdon  
á su imaginacion de vuestra merced; que  
bien le merezco, pues no dije adagio. Con  
esto, solicitada de algunas amigas, que no  
era mucho en tres años de injusta ausencia,  
ni saber si era muerto Felisardo, salió en  
una tartana con un mercader calabrés á pa-  
sear la mar, que con la bonanza la convida-  
ba y con la piedad de su adversa fortuna la  
movia, que tal vez se cansa de hacer disgust-  
to, ó porque algun breve bien sea para sen-  
tir el mal con mayor fuerza. Y en esta par-  
te no puedo dejarme de reir de la defi-  
nicion que da Aristóteles de la fortuna;  
no le faltaba más á este buen hombre  
sino que en las novelas hubiese quien  
se riese dél. Dice, pues, que la buena fórtu-  
na es cuando sucede alguna cosa buena, y  
la mala cuando mala. Mire vuestra merced  
si tengo razon, pues en verdad que lo di-  
jo en el segundo de los *Fisicos*, que yo no  
se lo levanto. Harto mejor lo sintió Plutarco  
Cheroneo, diciendo por afrenta que era pa-

labra de mujer decir que ninguno podía evitar sus hados; sentencia católica, como si él lo fuera; porque los albedríos son libres para justificar el cielo sus juicios. No suele descender milano, las pardas alas extendidas, el pico prevenido y las manos abiertas, con más velocidad y furia á los miserables pollos, que se alejaron del calor de las plumas de su madre, como la capitana de Felisardo á la tartana de Silvia. Tomóla en breve, con notable llanto suyo y de sus amigas; pasáronlas á ella abordando un barco, y quitando una parte de la banda de los filaretos, lleváronlas á la popa, donde Felisardo estaba recostado sobre una alfombra turca de rizos de oro entre labores de seda, puesto el brazo en dos almohadas de brocado persaño, color de nácar. Hincóse de rodillas Silvia, y con lágrimas en los ojos le dijo en lengua s'ciliana que tuviese piedad de la mujer más desdichada del mundo, poniéndole para moverle el pequeño infante en los brazos á los turbados ojos, á quien ya los oídos habian avisado de que aquella voz parecia la de Silvia. Aquí, señora Marcia, ni áun los hipóboles de los versos serían bastantes, cuanto más la llaneza de la prosa, que ni es historial ni poética, aunque la escribiera el autor de las *Relaciones de los toros*, quejoso de su fortuna adversa; y tiene muy justa causa, pues le están en tanta obligación los de Zamora, de quien no se acordará este lugar despues que se dejaron de cantar

los romances del rey D. Sancho, la traicion de Bellido de Olfos y las tristezas de doña Urraca, que casi llegaron á competir con los de D. Alvaro de Luna, que duraran hasta hoy si no se hubiera muerto un cierto peeta de asonantes, que arrendó esta obligacion por veinte años á los regidores de la fortuna; y ya que nos habemos acordado de Bellido de Olfos, suplico á vuestra merced me diga si conoce algun pariente suyo; que me ha dado cuidado ver que en siendo un hombre ruin, no le queda ningun pariente en este mundo, y en habiendo procedido virtuosamente ú hecho alguna cosa digna de memoria, todos dicen que descienden dél; y yo conocí un hombre que decia por instantes: «Adán, mi señor,» y podia muy bien, porque esto es lo más cierto, aunque un hombre haya nacido en la Cochinchina, tierra donde dicen que se halló Pedro Ordoñez de Cevallos, natural de Jaen, y convirtió una infanta, bautizando más de doscientas mil personas, y hizo muy bien, y Dios se lo pagará, si fué verdad, y si nó, no. Todos estos intercolunios han sido, señora Marcia, por aliviar á vuestra merced la tristeza que le habrán dado las lágrimas de Silvia, y excusarme yo de referir el contento y alegría de los dos amantes, habiéndose conocido. Prometo á vuestra merced que me refirió uno de los que se ballaron presentes, que en su vida habia visto más amorosas razones ni más tiernas lágrimas. Satisfizo Felisardo de



aquella rovedad á Silvia, asegurándole que no habia dejado la verdadera fé, y que presto vendria á Sicilia, donde hiciese al rey de España un gran servicio, sin el que recibiria la Iglesia con reducirle infinitas almas. Enloquecióle su hijo, y despues de haber estado aquella noche tratando destas cosas, la hizo volver á Mecina ántes del alba, cargada de ricas telas y preciosos diamantes, fuera de diez mil cequíes de oro, que llevó en dos cajas. Iba Silvia instruida para hablar al Virey y darle cuenta destes sucesos, quando él prevenia el salir á pelear con las galeras turcas. Pensó infinitas veces este gallardo príncipe si seria bien verse con Felisardo, y al fin se vino á concertar que él saliese con dos soldados cerca de la playa, y el Virey en otra con los que fuese servido. Hizolo así, y acostándose el uno al otro, saltó Felisardo en la barca del Virey, y echándose á sus piés, le hizo fuerza para besárselos. Admirados estaban los cristianos de ver la gentileza y lengua del turco, porque no llevó el Virey consigo hombre que le conociese. Hablaron de varias cosas, y al tiempo de despedirse le dió Felisardo una rosa de diamantes que le habia dado la Sultana, de precio de veinte mil escudos, que esto se decia en Constantinopla, porque no se habia llegado á vender por ejecucion de ningun señor ni por otra necesidad. Hizose á la vela Silvio-bajá, si le habemos de llamar así, dejando en ad-

miracion la ciudad, que casi toda asistia en la playa al Virey de su determinado propósito, y á Silvia de haber visto lo que no esperaba, y en tan diverso hábito y costumbres de lo que le habia conocido. La causa de no quedarse entónces este infeliz mancebo en Sicilia con su esposa y su hijo, donde se le quedaba el almirante, presentando aquella escuadra de galeras con sus turcos al Virey, fué el agradecimiento que debia á Sultana por tantas buenas obras, y el deseo y ánimo que tenia de reducirla á la fé, pues ella lo deseaba, y restituirla á sus padres, que tantas lágrimas habian derramado por ella; fuera de tener él tan segura mayor presa, siempre que tuviese gusto de volver á España. Entró Felisardo por el canal de Constantinopla casi á la entrada del invierno, llevando algunos cautivos de las islas y de otras costas, sin tocar en vasallo de su majestad ni tomar tierra en parte que fuese suya. Hizo gran salva á las torres y palacio real del Turco; saltó en tierra, y besándole el pié, alegró la ciudad, entristeció la envidia y esforzó la esperanza de Sultana, que con lo que de sus descos habia conocido, y no esperaba verle, tenia por sin duda que, faltando á la palabra dada y á tantas obligaciones, se habia quedado en España.

Habia llegado pocos dias ántes á Constantinopla Nasuf-bajá, primero visir del Turco, victorioso á su parecer de la Guerra de Persia; cuya ostentacion y aplauso fué

tan grande, que despues de un copioso ejército de gente, traía dosecientas y sesenta y cuatro acémilas cargadas de cequíes de oro. Y advierta vuestra merced que, por ser tan grande ejemplo de la fortuna de los príncipes, quiero decirle el suceso deste hombre, que tambien fué causa del que tuvieron los pensamientos de Felisardo. Era este Nasuf-bajá yerno del Turco, y el más estimado y temido de todo aquel grande imperio. Mamut-bajá, hijo de Cigala, aquel famoso corsario que ninguno, despues de Ariadeno Barbarroja, tuvo más nombre, competía con la grandeza de Nasuf y era cuñado del Turco, casado con su mayor hermana. Sentía Mamut envidiosamente la ostentación de su enemigo, y en aquella jornada particularmente, donde me ha quedado escrúpulo si á vuestra merced le han parecido muchas las acémilas y los soldados pocos; y á este propósito quiero que sepa que un gentilhombre deste lugar, más dichoso en hacienda que en ingenio, visitaba una dama de las que estiman más el ingenio que la hacienda, que deben de ser pocas. Contábale un día la ranta que tenía, y entre otras necedades, acabó con decir que encerraba trescientas anegas de trigo y ciento de cebada, con treinta carros de paja; y añadió que le dijese lo que le parecia de su hacienda á quien ella respondió: «Paréceme, señor, que el trigo es mucho, y poca la cebada y paja para lo que vuestra merced merece. Pero de-

jando aparte esta cantidad de acémilas, que á quien sabe la soberbia de aquella gente no le parecerán muchas, digo que Nasuf-bajá volvió á Constantinopla, diciendo que dejaba firmadas paces con el Persiano, en fé de la cual trujo consigo su embajador con ricos presentes de telas, cequíes, piedras y otras cosas de valor y curiosidad increíble; mas como viese el Cigala que el de Persia molestaba algunas tierras del Turco, vino en sospecha de que Nasuf tenia algun trato doble con él, en grave ofensa de su señor, así por esto, como porque escribiendo á entrambo desde los confines de Persia, donde estaba por gobernador, ning no le respondía. Con esto se partió á Constantinopla, y hallando en el camino un correo que Nasuf enviaba al Persiano, le convidó á cenar aquella noche, y habiéndole dado muy bien á beber, cosa que saben hacer, donde no lo vea Mahoma, con muy buen aire, durmióse el correo; quitóle Mamut Cigala las cartas, en que halló lo que deseaba, y la traición descubierta, hizo matar al correo y enterróle en su misma tienda, y llegado á Constantinopla, pidió licencia á Nasuf para entrar; negósele Nasuf si no le daba trescientos mil cequíes. El Cigala, que estaba casado con la hermana del Turco, y no habia llegado á ejecución su deseo por su larga ausencia, dió orden que ella supiese el inconveniente por qué no entraba; resolvióse Fátima, si á vuestra merced le parece que se llame así,

porque yo no sé su nombre, ir á ver á su marido, de quien supo la causa por qué no entraba, y ella, volviendo á Constantinopla, la refirió á su hermano, el cual envió de noche con gran secreto por Mamut Cigala, y llegando en un caique, si vuestra merced se acuerda que le dije que era pequeña barca, pero no excuso una palabra turca, como algunos que saben poco griego, entró por una puerta falsa del palacio, y recibido bien de su cuñado, le refirió cuanto sabia y le mostró las cartas. Deseó desde entonces sultan Amath quitar la vida á su yerno justamente; y como se encubra tan mal un grande enojo adivinando Nasuf la causa por el semblante, faltó tres dias del consejo dando por disculpa desta falta la de su salud. Con esta ocasion el Turco le dijo que queria ir á ver á su hija, y se previno la calle de lienzos por todas partes sobre altas lanzas, para que no fuese visto, que sólo tiene obligacion á dejarse ver un dia en la semana, y ese es el viérnes que entre ellos es fiesta, y vá á su gran mezquita á hacer el zalá. Con este engaño de telas pasó un coche, en que iba el Vostan Gibasi con muchos ayamolanos, hombres fortísimos, y creyendo que fuese el Turco, á quien esperaban más de cuatro mil personas, entró en casa de Nasuf el referido, y como iba entrando, iban asimismo cerrando las puertas los soldados con cuidado y silencio. Estaba Nasuf con dos eunucos en un aposento, bien descuida-

do de su fortuna; hízolos salir afuera el presidente y haciendo una gran reverencia á Nasuf, le dió un decreto del Turco, en que le pedia su real sello. Turbado Nasuf, se le dió y dijo:

«¿Tiene el Gran Señor hombre que con más lealtad pueda servirle en este oficio?» Entonces el Vostan Gibasi le dió otro papel, en que le pedia la cabeza. Dió voces Nasuf, diciendo: «¿Qué traicion es esta? ¿Qué envidia? ¿Quién ha engañado á mi Gran Señor, á quien yo con tanta lealtad como obligacion he servido?» Pero viendo que no habia remedio para huir, razon para replicar, ni armas para defender la vida, se resolvió á la muerte, pidiendo al Vostan que le dejase hablar y despedir de su mujer, que estaba en otro cuarto; y no pudiendo conseguirlo, le suplicó de rodillas le dejase siquiera hacer el zalá, para que su alma fuese tan llena de necedades como habia vivido. Esto le concedieron, pareciéndoles que tocaba á la religion, siendo tan gran desatino; pero de afligido y turbado, no fué posible, y esforzando la naturaleza al mayor contrario, que no sé cómo se entienda aquí aquel consuelo de Séneca en la primera epístola: «Que nos engañamos en la consideracion de la muerte por mayor, pues todo lo que pasó de la edad, ya lo tiene la muerte;» se sentó en una silla y dispuso la voluntad á la fuerza, y el ánimo del valor al miedo de la pena. Pero si dijo el mismo filósofo que el morir

de buena gana era la mejor muerte, ¿cómo puede quien moría con tan poca tenerla por buena, ni consolarse con que ya estaba muerto lo que había vivido? Mirándole estaba el Vostan y los soldados, llenos de admiración y miedo, á quien volviendo Nasuf severamente el rostro, dijo: «Canalla, ¿qué estais mirando? Haced vuestro oficio.» Entónces se le atrevieron cuatro dellos, y echándole una soga á la garganta, le ahogaron. Cerró luego el Vostan las puertas, y dando cuenta al Turco, le pidió la cabeza, que habiéndosela traído, la mandó echar en el suelo, y dándola con el pié, le llamó *Breccin*, que quiere decir traidor. Tomó el Turco su hacienda, reservando solamente la que estaba en el cuarto de su mujer. Fué la mayor riqueza que en hombre particular se ha visto, pues entre las armas solas se hallaron mil y doscientas espadas con guarniciones de plata y oro, que si á vuestra merced le parecieren como las acémilas, podrá quitar las que fuere servida, porque no tengo cuenta á propósito, ni me atrevo á decir que tenía á su devoción Constantinopla treinta mil hombres, sustentando en varias partes siete mil y quinientos caballos, con que si le ayudara más el secreto que le favoreció la fortuna, fuera el señor del Asia. Quedó Fátima viuda y rica, y aunque la pretendían muchos, y entre ellos un gran bajá de los del turbante verde, le pareció al Turco levantar los pensamientos de Felisardo con hacerle cuñado

suyo, y darle mujer con tal ejemplo en dote. Comunicó este pensamiento con Sultana, que atónita de ver el camino que tomaba su desdicha, para descaminar su deseo, solicitó impedirle con decir mal al Turco de Felisardo, y que le parecia hombre de ánimo soberbio, y no mal aficionado á la patria en que había nacido, y que muchas veces le reprehendia la afición que mostraba á los reyes y señores de España, donde era justo presumir que alguna vez se quedaria; y que pues su yerno Nasuf bajá era tan deudo suyo y natural de su patria, criado en su ley y enseñado en sus costumbres, y le había salido traidor, no era razon pensar que le había de ser leal un hombre extranjero y advenedizo, criado en otra ley, en otra patria y en otras costumbres. Satisfizo esta última razon el entendimiento de Amath, y puso dilacion en el casamiento, tibieza en la voluntad y sospecha en el suceso. Entre tanto Sultana prevenia la partida á España con gran cuidado, y tuvo tanto, que habiendo la primavera siguiente alcanzado del Turco saliese Felisardo á quietar el mar del Archipiélago, donde era fama que andaban seis galeras de la religion de Malta, dispuso la partida y recogió sus joyas. Tiene el palacio del Turco dos leguas de cerca, y por la parte del mar que mira á Calcedonia mucha artillería; la puerta principal al Poniente, enfrente de la iglesia de Santa Soffia; á mano derecha de la puerta, un hospital que lla-

man Timarina, para todos los enfermos de palacio, y á la izquierda la iglesia antigua de cristianos, título de San Jorge, donde están las armas del Rey; síguese la segunda puerta, donde se apean los que van á Consejo, y á esta una famosa calle de un tercio de legua ó poco ménos; por la parte de Tramontana hay una puerta, por donde entra y sale la gran Sultana y todas las mujeres del Serrallo. Aquí doble vuestra merced la hoja. Junto á la segunda puerta hay un jardín y huerta con mil hermosos árboles y venados, y á su lado una gran plaza cubierta, donde suele estar la guarda de los genizaros, y comer los dias de Consejo, porque los otros quedan de guarda. Hay asimismo doce capigís, que son porteros, en cada puerta de las referidas, y por la parte de Mediodía las cocinas para el Gran Señor y la familia de palacio, y para toda la corte el día que es de Consejo; y es tan inmenso el número que come, que el de los cocineros es de cuatrocientos y cincuenta hombres; cosa que la cuentan y la escriben, y que podrá vuestra merced no creer sin ser desortés á la novela ni á la grandeza del Turco. Después de todo se llega á la gran puerta de la Casa real, guardada de enuecos blancos, donde no puede entrar persona alguna sin orden del Turco, no siendo la familia, aunque sea el Gran Visir. Por la puerta que dejé advertida, salió, señora Marcia, la Gran Sultana con dos renegados de quien se había

fiado, y en hábito de soldado genizaro, que de otra suerte fuera imposible; caminó á la mar con gran peligro, donde fué recibida con igual silencio del animoso Felisardo, que con valor intrépido mandó alargar la escuadra, y que á la vuelta de Sicilia pusiesen las proas, donde decia que pensaba hacer una famosa hazaña. Tan desdichado fué este miserable mancebo, aunque digno de mejor fortuna, que apenas comenzaron las galeras á alejarse, y zarpando la capitana, azotar el agua y el aire con los remos y velas, cuando cubriéndose el cielo de improviso de una escurísima nube, comenzó á bramar con horribles truenos por los cuatro ángulos del mundo, acompañada de temerosos relámpagos, que en cada uno parecia que venian infinitos rayos. Entumeciése el mar, revolviéronse las olas, trabando entre sí mismastan espantosa batalla, que daban con la espuma en las estrellas, que, con el temor de apagarse en las aguas, se escordian.

Ya no aprovechaba amainar las velas, ni en tanta confusion hallaba remedio el ánimo, ni el ejercicio resistencia. Porñaba Felisardo á que prosiguiesen el viaje, hasta sacar la espada; pero no pudo ser obedecido, por voluntad del cielo, que al declararse el alba dió con su capitana y las demás galeras casi al puerto; él quiso pasar en su abrigo el día, ocultando á doña Maria en la cámara de popa; pero, como ya fuese conocida su falta de algunas griegas y turcas

que la servian, habian dado tantas voces, que asombrados los genizaros, dieron parte á su capitan, y él á Mahamut-bajá, de quien lo supo el Turco, que con notable sentimiento pensó luego que de envidia la habrian muerto otras mujeres ó amigas suyas; mas discurriendo entre varios pensamientos en unas y en otras cosas, que, como Séneca dijo: «Sucede fácilmente la inconstancia á los que tienen el ánimo dudoso,» dió en pensar que se habia partido la misma noche Felisardo, de quien Sultana decia tanto mal, arguyendo deso mismo que le queria bien, porque es muy ordinario en las mujeres, ó por disimular lo que quieren ó por engañar á otros; y con esta imaginacion hizo que Vostan-bajá fuese con cien ayamolanos y con algunos genizaros á las galeras, sabiendo que la tempestad las habia vuelto al puerto tan perdidas, que era imposible sin rehacerse volver al agua. No los hubo visto Felisardo, cuando conociendo el peligro, se resolvió morir como caballero, y no con varios tormentos á las manos de un verdugo infame. Bien quisiera el Bajá llevarle vivo, pero no dejándose prender, y resistiéndose en la cureña de la capitana, sembró la cruzía de cuerpos muertos con sola una espada ancha que traia y una rodela abrazada. Viendo Vostan que sería imposible llevarle como él deseaba, mandó á los genizaros que le tirasen, y en un instante cayó muerto de cuatro manos, aunque de ningun deseo, porque fué

sumamente amado de aquellos bárbaros. Dicen que dijo poco ántes que cayese: «Turcos, sed testigos que muero cristiano, y no he ofendido al Gran Señor más que en llevar á doña María donde lo fuese.» Con esto el Bajá le cortó la cabeza para llevarla al turco, y haló á Sultana, que cubierta de lágrimas, habia mirado el valor y la desdicha de aquel mancebo trájico. Fué grande la alegría de Vostan, y consolándola, con la mayor decencia que pudo la llevó á palacio. No quiso el turco verla en cuatro dias; pero, vencido del amor grande que la tenia, se determinó de perdonarla, que las iras que intervienen amando, como lo siente el Anfitrión de Plauto, vuelven los que se aman á mayor amistad y gracia. Bien supo Sultana disculparse con solo el deseo de su patria y padres, pues siendo imposible la licencia, no podia de otra suerte intentar verlos; y el celoso turco tambien creerla, porque deseaba abreviar sus enojos; cosa que en los coléricos no da lugar á que las mujeres lo sean. Y en este lugar me acuerdo de haber leído en una comedia portuguesa tratar un viejo con un amigo suyo de que queria casar su hijo, y diciéndole el otro: «No lo hagais, que está enamorado de una cortesana,» respondió el viejo: «Ya lo sé, y si intento casarle, es porque han reñido y averiguado unos celos, y es buena la ocasion deste enojo para apartarle della.» A quien replicó el amigo: «¿Qué poco sabeis de lo que puede una vo-

luntad antigua fundada en trato! Esta es la hora que anda vuestro hijo buscando disculpas á esa mujer para el mismo agravio que le ha hecho. > Este fué el fin de Felisardo, esta la desdicha por la honra; así uedaron sus pensamientos burlados, y Silvia criando aquella desdichada prenda suya, que si creciere, como en las comedias, tendrá vuestra merced la segunda parte. Entre tanto, lea ese epitafio ó elogio á su desdicha:

Aquí yace un desdichado,  
Que de sí mismo nacido,  
Vivió por desconocido,  
Murió por desconfiado;  
Del propio honor engañado,  
Aunque no sin culpa alguna,  
Dejó el sol, buscó la luna;  
Donde se vé que el valor  
Quiere á fuerza del honor  
Resistir á la fortuna.

## LA MAS PRUDENTE VENGANZA.

Prometo á vuestra merced que me obliga á escribir en materia que no sé cómo pueda acertar á servirla, que, como cada escritor tiene su genio particular, á que se aplica, el mio no debe de ser éste, aunque á muchos se le parezca. Es genio, por sí vuestra merced no lo sabe, que no está obligada á saberlo, aquella inclinacion que nos guía más á unas cosas que á otras; y así, defraudar al genio es negar á la naturaleza lo que apetece, como lo sintió el poeta satírico. Púsole la antigüedad en la frente, porque en ella se conoce si hacemos alguna cosa con voluntad ó sin ella. Esto es sin meternos en la opinion de Platon con Sócrates, y de Plutarco con Bruto, y de Virgilio, que creyó que todos los lugares tenían su genio, cuando dijo:

\*Así despues habló, y en verde ramo  
Cefida por las sienas á los genios  
De los lugares, y á la diosa Têlus,  
Primera entre los dioses, á las ninfas  
Y ignotos ríos ruega humildemente.,

luntad antigua fundada en trato! Esta es la hora que anda vuestro hijo buscando disculpas á esa mujer para el mismo agravio que le ha hecho.» Este fué el fin de Felisardo, esta la desdicha por la honra; así uedaron sus pensamientos burlados, y Silvia criando aquella desdichada prenda suya, que si creciere, como en las comedias, tendrá vuestra merced la segunda parte. Entre tanto, lea ese epitafio ó elogio á su desdicha:

Aquí yace un desdichado,  
Que de sí mismo nacido,  
Vivió por desconcido,  
Murió por desconfiado;  
Del propio honor engañado,  
Aunque no sin culpa alguna,  
Dejó el sol, buscó la luna;  
Donde se vé que el valor  
Quiere á fuerza del honor  
Resistir á la fortuna.

## LA MAS PRUDENTE VENGANZA.

Prometo á vuestra merced que me obliga á escribir en materia que no sé cómo pueda acertar á servirla, que, como cada escritor tiene su genio particular, á que se aplica, el mio no debe de ser éste, aunque á muchos se le parezca. Es genio, por sí vuestra merced no lo sabe, que no está obligada á saberlo, aquella inclinacion que nos guía más á unas cosas que á otras; y así, defraudar al genio es negar á la naturaleza lo que apetece, como lo sintió el poeta satírico. Púsole la antigüedad en la frente, porque en ella se conoce si hacemos alguna cosa con voluntad ó sin ella. Esto es sin meternos en la opinion de Platon con Sócrates, y de Plutarco con Bruto, y de Virgilio, que creyó que todos los lugares tenían su genio, cuando dijo:

\*Así despues habló, y en verde ramo  
Cefida por las sienas á los genios  
De los lugares, y á la diosa Têlus,  
Primera entre los dioses, á las ninfas  
Y ignotos ríos ruega humildemente.,



Advirtiendo primero que no sirvo sin gusto á vuestra merced en esto, sinó que es diferente estudio de mi natural inclinacion, y más en esta novela, que tengo de ser por fuerza trágico; cosa más adversa á quien tiene, como yo, tan cerca á Júpiter; pero, pues en lo que se hace por el gusto propio merece ménos que en forzalle, obliguese más vuestra merced al agradecimiento, y oiga la poca dicha en una mujer casada en tiempo ménos riguroso, pues Dios la puso en estado que no tiene que temer, cuando tuviera condicion para tales peligros.

En la opulenta Sevilla, ciudad que no conociera ventaja á la gran Tébas, pues si ella mereció este nombre porque tuvo cien puertas, por una sola de sus muros ha entrado y entra el mayor tesoro que consta por memoria de los hombres haber tenido el mundo; Lisardo, caballero mezo, bien nacido, bien proporcionado, bien entendido y bien quisto, y con todos estos bienes y los que le habia dejado un padre, que trabajó sin descanso, como si después de muerto hubiera de llevar á la otra vida lo que adquirió en ésta, servia y afectuosamente amaba á Laura, mujer ilustre por su nacimiento, por su dote y por muchos que le vio la naturaleza, que con estudio parece que la hizo. Salia Laura las fiestas á misa en compañía de su madre; apeábase de un coche con tan gentil disposicion y brio, que no sólo á Lisardo, que la esperaba á la puerta de la iglesia,

como pobre para pedirle con los ojos alguna piedad de la mucha riqueza de los suyos, pero á cuantos la miraban acaso ó con cuidado, robaba el alma. Dos años pasó Lisardo en esta cobardía amorosa, sin osar á más licencia que hacer los ojos lenguas, y el mirar tierno intérprete de su corazon y papel de su deseo. Al fin de los cuales, un dichoso dia vió salir de su casa algun percibimiento de comida con alboroto y regocijo de unos esclavos, y preguntando á uno de ellos, con quien tenia más conocimiento, la causa, le dijo que iban á una huerta Laura y sus padres, donde habian de estar hasta la noche. Tiénelas hermosísimas Sevilla en las riberas del Guadalquivir, rio de oro, nó en las arenas, que los antiguos daban á Hermo, Pactolo y Tajo, que pintaba Claudiano:

\*No le hartarán con la española arena,  
Preciosa tempestad del claro Tajo,  
No las doradas aguas del Pactolo  
Rubio, ni aunque agotase todo el Hermo,  
Con tanta sed ardia,„

sino en que por él entran tantas ricas flores, llenas de plata y oro del Nuevo Mundo. Informado Lisardo del sitio, fletó un barco, y con dos criados se anticipó á su viaje, y ocupó lo más escondido de la huerta. Llegó con sus padres Laura, y pensando que de solos árboles era vista, en solo el faldellin, cubierto de oro, y la pretinilla, comenzó á correr por ellos, á la manera que suelen las

doncellas el día que el recogimiento de su casa les permite la licencia del campo. Caerá vuestra merced fácilmente en este traje, que si no me engaño, la ví en él un día tan descuidada como Laura, pero no ménos hermosa. Ya con esto voy seguro que no le desagrade á vuestra merced la novela, porque, como á los letrados llaman ingenios, á los valientes Césares, á los liberales Alejandro, y á los señores heroicos, no hay lisonja para las mujeres como llamarlas hermosas; bien es verdad que en las que lo son es ménos; pero si no se les dijese, y muchas veces, pensarían que no lo son, y deberían más al espejo que á nuestra cortesía. Lisardo, pues, contemplaba en Laura, y ella se alargó tanto, corriendo por varias sendas, que cerca de donde él estaba la paró un arroyo, que, como dicen los romances, murmuraba ó se reía, mayormente aquel principio:

“Riéndose vá un arroyo;  
Sus guijas parecen dientes,  
Porque vió los piés descalzos  
A la primavera alegre.”

Y no he dicho esto á vuestra merced sin causa, porque él debió de reirse de ver los de Laura, hermosa primavera entónce, que convidada del cristal del agua y del bullicio de la arena, que hacía algunas pequeñas islas, pensando detenerla, competían entrambos; se descalzó y los bañó un rato, pareciendo en el arroyo como ramo de azucenas

en vidro. Fuése Laura, que verdaderamente parece palabra significativa, como cuando decimos: «Aquí fué Troya.» Sus padres la recibieron con cuidado, que ya les parecía larga su ausencia: así era grande el amor que la tenían, y le sintió el trájico:

“¡Con cuán estrecho lazo  
De sangre asido tienes,  
Naturaleza poderosa, á un padre!”

Hiciéronla mil regalos, aunque riña Crímes á Menedemo, que no quería en Terencio que se mostrase amor á los hijos. Avisó en estos medios un criado de Lisardo á Fenisa, que lo era de Laura, de que estaba allí su dueño. Estos se habian mirado con más libertad, como su honor era ménos, y le advirtió de que habian venido sin prevencion alguna de sustento, porque Lisardo sólo le tenia en los ojos de Laura; que los criados disimulan ménos las necesidades de la naturaleza, que sufren con tanta prudencia los hombres nobles. Fenisa lo dijo á Laura, que encendiéndose de honesta vergüenza como pura rosa, se le alteró la sangre, porque de la continuacion de los ojos de Lisardo habia tenido que sosegar en el alma con la honra, y en el deseo con el entendimiento, y á hurto de su madre, la dijo: «No me digas eso otra vez.» Creyó Fenisa lo severo del rostro; creyó lo lacónico de las palabras; y advierta vuestra merced que quiere decir lo breve, porque eran muy enemigos los la-

cedemonios del hablar largo; creo que si alcanzaran esta edad se cayeran muertos. Visítome un hidalgo un día, y habiéndome forzado á oír las hazañas de su padre en las Indias más de tres horas, cuando pensé que era su intento que le escribiese algun libro, me pidió limosna. Fenisa, finalmente, creyó á Laura, que parece principio de relacion de comedia, y como sabia su recato, no le volvió á decir cosa ninguna; pero viendo Laura que era más bien mandada de lo que ella quisiera, le dijo á solas: «¿Cómo tuvo ese caballero tanto atrevimiento, que viniese á esta huerta, sabiendo que no podian faltar de aquí mis padres?» «Como há dos años que os quiere,» respondió Fenisa. «¿Dos años? dijo Laura, ¿tanto há que es loco?» «No lo parece Lisardo, replicó la esclava, porque tal cordura, tal prudencia, tal modestia en tan pocos años, yo no la he visto en hombre.» «¿De qué le conoces tú?» dijo Laura. «De lo mismo que tú,» respondió Fenisa. «Pues ¿mirate á tí?» prosiguió la enamorada doncella. «No, señora, replicó la maliciosa esclava, que á la cuenta vos sola en Sevilla merecis el desatinado amor con que os adora.» «¿Con que me adora?» dijo riéndose Laura; ¿quién te ha enseñado á tí ese lenguaje? «No basta que me quiera?» «Bastará á lo menos, replicó Fenisa, pues vos no correspondéis á tanto amor, siendo igual vuestro, y que fuera tanta dicha de los dos casaros.» «No quiero yo casarme, dijo

Laura, que quiero ser religiosa.» «No puede ser eso, respondió Fenisa, porque sois única á vuestros padres, y habeis de heredar cinco mil ducados de renta, y vale vuestro dote sesenta mil, sin más de veinte mil que vuestra abuela os ha dejado.» «Mira que te aviso, dijo Laura entónces, que no te pase por la imaginacion hablarme más en Lisardo; Lisardo hallará quien merezca ese amor que dices; que yo no me inclino á Lisardo, aunque há dos años que Lisardo me mira.» «Yo lo haré, señora, replicó Fenisa; pero muchos Lisardos me parecen esos en tu boca para no tener ninguno en el alma.»

Ya se llegaba la hora del comer, y ponian las mesas, para que sepa vuestra merced que no es esta novela libro de pastores, sino que han de comer y cenar todas las veces que se ofreciere ocasion, cuando Laura dijo á Fenisa: «Lástima es, Fenisa, que ese caballero no coma por mi causa.» «¿No decías, respondió la esclava, que no te hablaste en él?» «Así es verdad, replicó Laura, y yo no hablo en él, sino que coma; haz por tu vida de suerte que nuestro cocinero te dé alguna cosa que le llesves y dásela á su criado como que es tuya esta memoria.» «Que me place, dijo Fenisa, para merecer algo, como quien lleva al pobre la limosna que otro dá, para que sea tuya la piedad y mia la diligencia.» Hízolo así Fenisa, y tomando un capon y dos perdices, con algu-

na fruta y pan blanco, de que es tan fértil Sevilla, lo llevó al referido, y le dijo: «Bien lo puede comer Lisardo con gusto, que Laura se lo envía.» Túvole de manera este caballero, agradecidísimo á tanto favor, que ya se desesperaban los criados, y se atrevieron á decirle: «Si así come vuestra merced, ¿qué ha de quedar para nosotros?» «No seís, replicó Lisardo, dignos vosotros de los favores de Laura, tanto, que si algo queda, se me ha de guardar para la tarde.» Crueldad le habrá parecido á vuestra merced la de Lisardo, aunque no sé si me ha de responder: «No me parece sinó hambre;» y cierto que tendrá razon si no sabe lo que come un enamorado favorecido á tales horas; pero, porque no le tenga vuestra merced por hombre grosero, sepa que les dió dos doblones de á cuatro, que era siglo en que los había, para que fuese el uno á Sevilla por lo que tuviese gusto; lo que ellos no hicieron, y partiendo la moneda, se llegaron hácia la casa de la huerta, donde las criadas los proveían de todo lo necesario. Algo desto via Laura con harto gusto suyo, y no se escondiendo á sus padres, quisieron saber quién eran aquellos hombres, que preguntados, respondieron que músicos; y deseando alegrar á Laura, dijo el padre que entrasen, de que ellos se holgaron en extremo; y trayendo un instrumento, que claro está que le había de haber en la huerta ó traelle las criadas de Laura, que algunas

por lo mereno eran inclinadas al baile, con extremadas voces Fabio y Antandro cantaron así:

«Entre dos mansos arroyos,  
Que de blanca nieve el sol,  
A ruego de un verde valle,  
En agua los transformó,  
Mal pagado y bien perdido,  
Propia de amor condicion,  
Que obliga con los agravios,  
Y con los favores nó;  
Estaba Silvio mirando  
Del agua el curso veloz,  
Corrido de que riendo  
Se burle de su dolor.

Y como por las pizarras  
Iba dilatando el son,  
A los rústicos cristales  
Dijo con llerosa voz:  
«Como no saben de celos  
Ni de pasiones de amor,  
Ríense los arroyuelos  
De ver cómo lloro yo.

»Si amar las piedras se causa  
De sequedad y calor,  
Bien hace en reirse el agua,  
Pues por fria nunca amó.

»Lo mismo sucede á Fílis,  
Que para el mismo rigor  
Es de más helada nieve  
Que los arroyuelos son.

»Ellos en la sierra nacén,

Y ella entre peñas nació;  
Que sólo para reirse  
Ablanda su condicion.  
» Al castigo de sus burlas  
Tan nécia venganza doy,  
Que estos dos arroyos miran  
En mis ojos otros dos.  
» Lágrimas que dan venganza  
Notables flaquezas son;  
Mas deben de ser de ira,  
Que no es posible de amor.  
» No me pesa á mí de amar  
Sujeto de tal valor,  
Que apenas puede á su altura  
Llegar la imaginacion.  
Pláceme de que ella sepa  
Que la quiero tanto yo;  
Porque siempre vivé libre  
Quien tiene satisfaccion.  
Por eso digo á las aguas  
Que risueñas corren hoy,  
Trasladando de su risa  
Las perlas y la ocasion;  
» Como no saben de celos  
Ni de pasiones de amor,  
Ríense los arroyuelos  
De ver cómo lloro yo.»

Dudosa estaba Laura mientras cantaba Fabio y Antandro estos versos, si se habian hecho por ella, y aunque en todo convenian con el pensamiento de Lisardo, en quejarse de celos, le pareció que diferian mu-

cho de su honestidad y recogimiento, si bien esto no satisfacía á la duda: porque los amantes, sin dárselos, tienen celos, y no han menester ocasion para quejarse; á la traza de los años, que se suelen enojar de lo que ellos mismos hacen. Pidieron los padres de Laura á Fabio no se cansase tan presto, y él y Antandro, en un tono del único músico Juan Blas de Castro, cantaron así:

*«Corazon, ¿dónde estuvistes,  
Que tan mala noche me distes?*

*¿Dónde fuistes, corazon,  
Que no estuvistes conmigo?  
Siendo yo tan vuestro amigo,  
¿Os vais donde no lo son?  
Si aquella dulce ocasion  
Os ha detenido ansi,  
¿Qué le dijiste de mí,  
Y de vos qué le dijistes,  
Que tan mala noche me distes?*

*A los ojos es hacer,  
Corazon alevosia;  
Pues lo que ellos ven de dia,  
De noche lo vais á ver.  
Ellos me suelen poner  
En ocasiones de gloria,  
Pero vos con la memoria  
Yo no sé dónde estuvistes,  
Que tan mala noche me distes.*

*Corazon, muy libre andais,  
Cuando preso me teneis,*

Pues os vais quando quereis,  
Aunque yo quiero que os vais;  
Allá vivis y allá estáis;  
No parece que sois mio,  
Si pensais que yo os envío;  
¿Qué esperanzas me trujistes,  
Que tan mala noche me distes?

Ya se quedaban los instrumentos con el eco de las consonancias, aunque si bien me acuerdo, no era más que uno, cuando Laura preguntó á Fabio quién era el escritor de aquellas letras. Fabio le respondió que un caballero, que se llamaba Lisardo, manco de veinte y cuatro años, á quien ellos servían. «Por cierto, dijo Laura, que él tiene muy cuerdo ingenio.» «Sí tiene, dijo Antandro, y acompañado de linda disposición y talle, pero sobre todo de mucha virtud y recogimiento.» «¿Tiene padre? dijo el de Laura. «No, señor, respondió Fabio; ya murió Alberto de Silva, que vuestra merced habrá conocido en esta ciudad.» «Sí conocí, dijo el viejo, y era grande amigo mio y de los hombres ricos de esta ciudad; y me acuerdo dōse caballero su hijo cuando era niño y comenzaba á estudiar gramática, y me alegro que haya sido tan semejante á su padre. ¿No trata de casarse ahora?» «Sí trata, dijo Antandro; y lo desea en extremo, con una hermosa doncella igual á sus merecimientos en dotes naturales y bienes de fortuna.» Con esto los mandó regalar Me-

nandro, que así era el nombre del padre de Laura, y ellos se despidieron, contando entre los árboles á Lisardo todo lo que les habia sucedido, que los estaba esperando desesperado. Laura quedó cuidadosa, llena de solícito temor, que así define el amor Ovidio, porque dió en imaginar que aquella doncella con quien quería casarse Lisardo era otra, y que las finezas eran fingidas, no conociendo que Antandro lo habia dicho para que Laura entendiese su deseo: así, es temeroso el amor, atribuyendo siempre en su daño hasta su mismo provecho. No pudo alegrarse más; y dando prisa á sus padres con no sentirse buena, se volvieron á Sevilla. Durmió mal aquella noche, y al dia siguiente la afligió tanto aquel pensamiento, que se vino á resolver en escribirle. Vuestra merced juzgue si esta dama era cuerda, que yo nunca me he puesto á corregir á quien ama. Borró veinte papeles, y dió el peor y el último á Fenisa, que con admiración, que se pudiera llamar espanto, le llevó á Lisardo, que en aquel punto iba á subir á caballo para pasear su calle. Casi fuera de sí oyo el recado de palabra, y llevándola de la mano á un jardín pequeño que en frente de la puerta principal de su casa ofrecia á la vista algunos verdes naranjos, la dió muchos abrazos; y recibiendo el papel con más salvas que si trujera veneno, abrió la nema, guardó la cubierta, y leyó así:

«Los años que vuestra merced me ha

»obligado á su conocimiento, parece que me  
»fuerzan en cortesía á darle el parabien de  
»su casamiento, que á mis padres contaron  
»sus criados, mayormente siendo tan acer-  
»tado, con dama tan hermosa y rica; pero  
»suplico á vuestra merced que ella no sepa  
»este atrevimiento mio, que me tendrá por  
»envidiosa, y vuestra merced no há menes-  
»ter de hacer gala de mi cortesía para acre-  
»ditarse, pues no será esa señora tan hu-  
»milde, que no piense que lo que ella me-  
»rece, vale por sí mismo esta general esti-  
»macion de todas.»

Con una blanda risa, más en los ojos que en la boca, dobló el papel Lisardo, y por lo que había contado Antandro, conoció el engaño de Laura, ó que se había valido de aquella industria para provocarle á desafío de tinta y pluma, que en las de amor es lo mismo que de espada y capa. Llevó á Fenisa á un curioso aposento, bien adornado de escritorios, libros y pinturas, donde le dijo que se entretuviese mientras escribía. Fenisa puso los ojos en un retrato de Laura, que un excelente pintor había hecho al vuelo de solo verla en misa; y Lisardo escribió, haciendo gala de que fuese aprisa y con donaire, y cerrado el papel, abrió un escritorio, y dando cien escudos á Fenisa, le abrió las entrañas. Fué la esclava, y Lisardo volvió á leer el papel otras dos veces; y poniéndole la cubierta encima, le acomodó en una naveta de escritorio, donde tenía sus

joyas, porque así le pareció que le engastaba. Llegó Fenisa donde Laura esperaba la respuesta con inquietud notable; dióle el papel, contóle el gusto con que la había recibido, el aseo de su aposento, la grandeza de su casa, y calló los cien escudos, aunque hizo mal, que también esto obliga á quien ama y desea ser amada; pero peor hubiera sido que confesara la mitad, como hacen muchos criados, en ofensa grave de la liberalidad de los amantes. Abrió Laura el papel con ménos ceremonias, aunque por ventura con más sentimiento, y leyó así:

«La señora que yo sirvo, y lo es de mi  
»libertad, y con quien deseo casarme, es  
»vuestra merced, y esto mismo dijo Antan-  
»dro para que en este sentido se entendiese.  
»Con esta satisfacción pudiera vuestra mer-  
»ced tener envidia de sí misma, si yo me-  
»reciera lo que dice por honrarme, que no  
»tengo ni tendré otro dueño mientras tu-  
»viere vida.»

Quando yo llego á pensar por dónde comienzan dos amantes el proemio de su historia, me parece el amor la obra mas excelente de la naturaleza, y en esto no me engaño, pues bien sabe toda la filosofía que consiste en él la generacion y conservacion de todas las cosas, en cuya union viven, aunque entre la armonía de los cielos, que en el aforismo de que todas las cosas se hacen á manera de contienda, eso mismo que las repugna, las enlaza, y así se vé que los

elementos que son los mayores contrarios, simbolizan en algunas cosas y comunican sus cualidades. Conviene el fuego y el aire en el calor, porque el fuego le tiene sumo y el aire moderado; el fuego y la tierra en lo seco, el aire y el agua en lo húmedo, y el agua y la tierra en lo frío, de cuya conveniencia es fuerza amarse, y á este ejemplo, las demás de la generacion y corrupcion de la naturaleza. Pero dirá vuestra merced: ¿Qué tienen que ver los elementos y principios de la generacion de amor con las cualidades elementales? Más bien sabe vuestra merced que nuestra humana fábrica tiene dellos origen, y que su armonía y concordancia se sustenta y engendra deste principio, que, como siente el filósofo, es la primera raíz de todas las pasiones naturales.

Notable edificio, pues, levanta amor en esta primera piedra de un papel, que sin prudencia escribió esta doncella á un hombre tan mozo, que no tenía experiencia de otra voluntad desde que había nacido. ¿Quién vió edificio sobre papel firme? Ni ¿qué duracion se podrá prometer la precipitada voluntad destes dos amantes, que desde este día se escribieron y hablaron, si bien honestamente, fundados en la esperanza del justo matrimonio? Y tengo por sin duda que si luego pidiera Lisardo á Laura, Menandro lo hubiera tenido á dicha, pero el querer primero cada uno conquistar la voluntad del otro, á lo ménos asegurarse della,

dió causa á que la dilacion trujese varios accidentes, como suele en todas las cosas donde se acude con la ejecucion despues del maduro acuerdo, como sintió Salustio. Tenía Lisardo un amigo que desde sus tiernos años había sido, igual en calidad y hacienda, llamado Octavio, procedido de ciertos caballeros ginoveses que en aquella ciudad habían vivido, y á quien la mar no había correspondido ingrata á lo que en confianza suya habían aventurado. Este amaba desatinadamente á una cortesana que vivía en la ciudad, tan linda y descompuesta, que por su bizarría y despejo público era conocida de todos. Pasaba el pobre Octavio sus locuras con inmenso trabajo de su espíritu y no pequeño daño de su hacienda, porque á vuelta de cabeza se la cargaba de infinito peso, mayormente si se descuidaba de comprar por instantes lo que le parecía que tenía adquirido. Amor no se conserva sin esto, yo lo confieso; pero en este género de mujeres es la codicia insaciable. Hame acontecido reparar en unas yerbas que tengo en un pequeño huerto, que con la furia del sol de los caniculares se desmayan de forma, que tendidas por la tierra, juzgo por imposible que se levanten, y echándolas agua aquella noche, las hallo por la mañana como pudieran estar en Abil despues de una amorosa lluvia. Este efecto considero en la tibieza y desmayo del amor de las cortesanas, cuando la plata y oro les despierta y



alegra tan velozmente, que el galán que de noche fué aborrecido porque no dá, á la mañana es querido porque ha dado. Olvidada, finalmente, Dorotea, que así se llamaba esta dama, de las obligaciones que tenia Octavio, puso los ojos en un porulero rico, así se llaman, hombre de mediana edad, y no de mala persona, aseo y entendimiento. A pocos lanceos conoció Octavio la mudanza, y siguiéndola un dia, la vió entrar disfrazada en la casa del indiano referido, donde esperó desatinado á que tomase puerto en la calle de aquella embarcacion tan atrevida, y asíéndola del brazo, la dió, con poco temor del perulero y vergüenza de la vecindad, algunos bofetones. A sus voces y de la criada, que llegando á defenderla partieron la ganancia, salió Fínco, que este fué su nombre, ó lo es ahora, y con dos criados suyos le hizo salir de la calle con menos honor que si quedara en ella, pero con más provecho suyo. Corrido Octavio, como era justo, porque al huir, dice Carranza, y lo aprueba el gran don Luis Pachero, no hay satisfacción, dió parte á su amigo Lisardo de su disgusto, y con los dos criados músicos referidos, fueron á esperarle dos ó tres noches; porque él no salía sin cuidado de su casa, y la última, que venia de visitar un amigo (oh noche, qué de desdichas tienes á tu cuenta! no en balde te llamó Estacio acomodada á engaños, Séneca horrenda, y los poetas hija de la tierra y

de las parcas, que es lo mismo que de la muerte, pues ellas matan y la tierra consume lo que entierra), salieronle al paso Octavio y Lisardo con los criados, y dándole muchas cuchilladas, se defendió valerosamente con los suyos hasta que cayó muerto, dejando á Octavio herido de una estocada, de que también murió de allí á tres dias. Estos estuvo retraido Lisardo, y queriendo hacer fuerza la justicia en sacarle de la iglesia, le fué forzoso ausentarse, y con grandes lágrimas de Laura y suyas salió de Sevilla, y por ser ocasion en que se partia la flota de Nueva-España, aconsejado de amigos y deudos, se pasó á las Indias. Fué tan difícil de remediar este caso, aunque de entrambas partes habia dos muertes, que no pudo volver á Sevilla Lisardo cuando pensaba. En triste ausencia quedó Laura con tan notable sentimiento de su partida, conocido de sus padres, que con algun advertimiento reparaban en Lisardo, y no les pesara de que fuera su yerno; pero habiendo pasado dos años de inmensa tristeza, le propusieron algunos casamientos para sacarla della, de personas ilustres y dignas de su hermosura, calidad y hacienda. Era de suerte lo que Laura sentia que le tratasen desto, que cada vez que lo intentaban, la tenian por muerta; pero habiéndose informado de Fenisa, y entendiendo que mientras estuviese en esperanza de casarse con Lisardo no admitiria casamiento alguno, determinó Menandro

de fingir una carta que diese nuevas, entre otras relaciones, de que Lisardo se habia casado en Méjico, y una aparte para un amigo suyo, que visitándole dejase caer al descuido, que hallada de Laura, decia así:

«En este viaje no tengo que advertiros mas de que todo se despacha bien, y mejor lo que menos pensábades. Llegó bueno el Virey, y creo que nos habemos de hallar muy bien con él, porque es un gran príncipe, celoso del servicio de Dios y de su majestad. Hacedme el placer de saber en qué estado están los negocios de Lisardo de Silva en esa ciudad, porque ya son tan propios míos, que le he casado con mi hija Teodora, con mucho gusto de entrambos, porque se querian mucho. Esto me importa notablemente, porque quiere ir Lisardo á España y pretender un hábito en la corte, y yo deseo ver honrada mi casa, y que comience su valor en este caballero, á quien, por el que tiene en todo, he dado en dote sesenta mil ducados.»

Cómo quedaria Laura con esta carta, recibida con tan falso descuido para darle tan verdadero cuidado, no es posible encaecerlo; pobre amante, que cuando estaba solicitando su libertad para verla, se la estaban quitando con tan notable industria; y no se engañaron, aunque vuestra merced lo sienta, que, pasados algunos dias de lágrimas, se consoló, como lo hacen todas, y dijo á sus padres que queria obedecerlos. Los

cuales, así como conocieron el efecto de la industria, trataron de darle marido que deshiciese con su presencia fácilmente la voluntad de Lisardo, que no habia podido tan larga ausencia. Habia un caballero en la ciudad, no de tan gallarda persona, pero de mas juicio, años y opinion constante, rico y lustroso de familia, y codiciado de muchos para yerno, porque traia escrita en la frente la quietud y en las palabras la modestia. Tratóse entre los deudos de una y de otra parte el concierto, y estando á todos con igualdad, no fué difícil de llegar á ejecucion con la brevedad que los padres de Laura deseaban. Casóse Laura, y en esta ocasion dijera un poeta si habia asistido Himeneo triste ó alegre, y si tenia el hacha viva ó muerta, ceremonia de los griegos, como llamar á Talasio de los latinos. Y porque vuestra merced no ignore la causa por qué invocaba la gentilidad en las bodas de este nombre, sepa que Himeneo fué un mancebo, natural de Aténas, de tan hermoso y delicado rostro, que con el cuidado de los rizos del cabello, como ahora se usan, era tenido por mujer de muchos. Enamoróse este mancebo ardentisimamente de una hermosa y noble doncella, sin esperanza de fin á su deseo, porque en sangre, hacienda y familia era inferior y desigual con diferencia grande; con esta desconfianza Himeneo, para sustentar sus ansias siquiera de la amada vista desta doncella, vestíase

mismo hábito, y mezclándose con las demás que la acompañaban, ayudado de las colores de su rostro, en amistad honesta vivía con ella y la seguía á las fiestas y campos, sin osar declararse por no perderla. En este tiempo le sucedió lo que á muchos, que, pensando engañar, lo quedan ellos; porque, habiendo salido fuera de la ciudad su dama con otras muchas á los sacrificios de Cérés Eleusina, saltaron de improviso en tierra, y con las demás doncellas le robaron. Ellos, la presa y la nave tomaron puerto cerca; y habiendo repartido á su gusto lo que á cada uno le tocaba, hicieron fi sta sobre la yerba, y andando Cérés y Baco dando calor á Vénus, con el trabajo del remo y descanso del vino se rindieron al sueño. Himeneo, valerosamente gobernado de su ánimo en ocasion tan fuerte (que la hermosura en los hombres no estorba la valentía del corazón, y yo he visto muchos feos cobardes); sacó la espada de la cinta al capitán de los piratas, y uno á uno les cortó las cabezas, embarcó las doncellas, y con inmenso trabajo volvió á Atenas; los padres de las cuales, en remuneración de tanto beneficio, solicitaron al de su dama, y se la dió por mujer, con la cual vivió en paz, sin celos y sin disgusto, y con muchos hijos, de donde tomaron ocasion los atenienses de invocarle en sus bodas, como á hombre tan dichoso en ellas, y poco á poco se fué introduciendo el cantarle himnos, como á su protector, de que se hallan tantos

en los poetas griegos y latinos, y recibirse su nombre por las mismas bodas. No pienso que le habrá sido á vuestra merced gustoso el episodio, en razon de la poca inclinacion que tiene al señor Himeneo de los atenienses; pero por lo ménos le desvié la imaginacion del agravio injusto que hicieron estas bodas al ausente Lisardo, y la facilidad con que se persuadió la mal vengada Laura; aunque por el camino que fué la industria, ¿á qué mujer le quedara esperanza, cuando no quisiera vengarse? Cosa que apetece enamoradas con desatinada ira, tanto, que en viendo cualquiera retrato de mujer, pienso que es la venganza.

Puso Marcelo, que así se llamaba su marido, ilustre casa, hizo un vistoso coche, el mayor deleite de las mujeres, y en esta parte soy de su parecer, por la dificultad del traje y la gravedad de las personas, y más después que se han subido en monte de corcho, haciéndose los talles tan largos, que se hincan de rodillas con las puntas de los jubones. Casóse un hidalgo, amigo mío, de buen gusto, y la noche primera que se había de celebrar el himeneo en griego y la boda en castellano, vió á su mujer apearse de tan altos charines y quedar tan baja, que le pareció que le habían engañado en la mitad del justo precio. Dijo entonces ella: «¡Qué os parece de mí!» Y él con poco gusto le respondió: «Páreceme que me han dado á vuestra merced como á mohatra,

pues he perdido la mitad de una mano á otra.» A quien yo consolé con la respuesta de aquel filósofo que, diciéndole un amigo suyo que por qué se habia casado con una mujer tan pequeña, respondió: «Del mal lo ménos.» Mas cierto que todos se engañan; que una mujer virtuosa, ó sea grande ó pequeña, es honra, gloria y corona de su marido, de que hay tantas alabanzas en las divinas letras; y ¡ay del enfermo que ellas no curan, el solo que no regalan, y el triste que no alegran!

Entre otras cosas que trujo Marcelo á su casa, fué un esclavo, de quien fiaba mucho, alarbe de nacion que en una presa del general de Orán habia sido cautivo. Este tenia cuenta de los caballos del coche y de otros dos en que paseaba, de los Valenzuelas de Córdoba, que tambien hay linaje de caballos con su nobleza. No se olvide, pues, vuestra merced de Zulemo que así se llamaba, que me importa para adelante que le tenga en la memoria. Casados vivian en paz, aunque sin señales de hijos, que lo suelen ser del matrimonio, Marcelo y Laura, cuando habiéndose acabado con ruegos y dineros y años, que lo vencen todo, el pleito de Lisardo, apareció en Sanlúcar con los galeones de Nueva-España; y como de su pensamiento no diese parte á nadie, y por coger de improviso á Laura con la alegría de su presencia, ignorante de su casamiento, vino á Sevilla. No le dijeron en su casa nada, ó

ya ocupados en verle, ó ya porque pensaron que cosa tan notable para él como estar casada Laura ya lo sabria, ó por no le recibir con malas nuevas, que suele ser la mayor ignorancia de los deudos y amigos. Con esto, así como estaba, y solo, quitándose las espuelas, se fué á su casa, serian las ocho de la noche, y vió Lisardo en el patio tan diferente ruido, que se le turbó el corazon y heló la sangre, y después de un rato preguntó á un criado que ayudaba á poner en su lugar aquel vistoso coche, en que debia de haber venido Laura, quién vivia en aquella casa. «Aquí vive Menandro, le respondió, y Marcelo, su yerno.» Pasóle el corazon esta palabra, y todo temblando le dijo: «Pues ¿casó á la señora Laura?» «Sí,» replicó el criado con sequedad; y se lo pagó Lisardo con muchas lágrimas, que de improviso vinieron á los ojos por ayudar al corazon en tan justo sentimiento. Sentóse en un poyo que estaba junto á la puerta, y no pudiendo hablar, porque le ahogaba el dolor, vertió parte del veneno, con que sintió algun alivio. Levantóse finalmente, porque ya reparaban en él, que la buena disposicion lo solicitaba, con las galas y plumas del camino, en las cuales fué la primera venganza, porque, haciéndolas pedazos, sembró dellas la calle, diciendo: «Estas y mis esperanzas todo es uno.» De allí pasó á los guantes, y tirándose de una cadena de piezas, la perdió toda. Bien habia hora y media

que andaba el afligido mozo por la calle, cuando habiendo oído algun ruido en una sala, asió las manos á los hierros de su reja, y sin mirar el qué hacia, se asomó á uno de los postigos de la ventana donde vió sentar á la mesa á Laura, á su marido y á sus padres. Aquí perdió el sentido, y cayendo en tierra, estuvo desmayado un rato; volvió en sí, y trepando segunda vez por los hierros, vió la ostentacion de la plata y familia con que se servian, el contento que mostraban, y los platos y regalos que Marcelo hacia á Laura tan amorosamente; reparaba en su rostro, en su vestido y en el buen aire con que cenaba, que el comer aseadamente y con despejo se cuenta entre las cosas á que está obligado un hombre bien nacido, y le parecia que en su vida habia visto hombre más hermoso. ¡Oh, celos; qué de cosas feas habeis hecho que parezcan lo contrario! Allí se extendia la imaginacion á cosas terribles de sufrir, y entre todas, á creer que Laura estaria enamorada de Marcelo, como era razon y como á él le parecia que era forzoso merecerlo. Suspiraba Lisardo, deseando que le oyese Laura. ¡Qué locura! Mas ¿quién tuviera prudencia en tal desdicha? Acabóse la cena de Marcelo y la paciencia de Lisardo á un mismo tiempo. Ellos se recogieron después de un rato de conversacion, y él se quedó con todas sus esperanzas en la calle. La pena de su casa era forzosa; y así, salieron á buscarle por

varias partes, sin que dejasen amigo donde no fuesen. Acordóse Antandro de los pensamientos de Laura, partió á su casa, y halló en su calle á su señor poco ménos que loco y algo más que desdichado; quitóle, después de muchas razones y conveniencias, del puesto que habia tomado, como soldado de amor, hasta el cuarto del alba; trújole á su casa con buenos consejos, y haciéndole acostar, no durmieron entrambos, porque en contarle lo que habia visto y lamentarse de Laura, llegó el dia. Rogó á Antandro que fuese en casa de Menandro y procurase ser visto de Fenisa; lo cual sucedió tan bien, que apenas le vió la esclava, cuando, puesto su manto y aquel sombrero que con tanta bizarría se ponen las sevillanas, salió á buscarle. No habian los dos traspuesto la calle cuando Fenisa le dió muchos abrazos, y preguntándole por Lisardo, llegó el esclavo Zullemo referido, y ella interrumpió la plática y se volvió á su casa. Reparó el esclavo en el forastero, y algo celoso de Fenisa, quiso seguirle; pero Antandro le burló en una de las muchas calles estrechas de aquella ciudad, y dió cuenta á Lisardo de que ya Laura sabia que él estaba en Sevilla. Con aquella ocasion el tierno amante tomó la pluma, y escribiendo un papel, le dijo á Antandro que le llevase, y si pudiese dárselo á Fenisa, le prometiese grandes intereses y regalos por la fé y confianza deste secreto. Sucedió así; y Laura, que ya sabia que ha-

bia venido, con poca alteracion y mucha curiosidad la abrió severa, y leyó así:

«Anoche llegué á Sevilla á vivir en tu vista de tanta muerte como he padecido en tu ausencia y cumplir la palabra que te habia dado de ser tu marido. La primera cosa que supe fué que le tenias, y la segunda verle, con tanto dolor mio, que sólo pudo impedir el matarme saber que hay alma. Cruelmente has procedido con mi inocencia; no eran esas las palabras en mi partida á Méjico, acreditadas de lágrimas; pero eres mujer, último consuelo de los hombres. Mas, para que veas la diferencia que mi amor hizo al tuyo, mientras dispongo de mi hacienda, viviré en Sevilla, y luego me cubrirá un pobre hábito, que quiero fiar del cielo mi remedio, porque en la tierra no le espero de nadie.»

Sin alteracion dije que abrió el papel Laura, pero no le volvió á cerrar sin mucha, y dudosa de que podria mentir Lisardo, como fuesen muchos cuando la prueba de sus mentiras tiene ultramarino el término, abrió un escritorio, donde tenia la carta fingida de su padre, mas acaso que con cuidado, y habia querido rasgar siempre que la via, y poniéndole una cubierta, se la envió á Lisardo. Alguna alegría le causó entonces ver papel suyo; pero cuando desconoció la letra y vió la firma fingida de un mercader que él habia conocido en Méjico, leyó la carta, y con un suspiro en voz triste dijo:

«Este me ha muerto.» Pasó aquel dia, y haciendo que le cortasen de vestir de luto, al siguiente salió por la ciudad tan desconocido que daba ocasion á todos de preguntalle la causa, para la cual no le faltaba industria. Con esto volvió á escribirla, diciendo así:

«Invencion de mi fortuna fué esta carta para quitarme todo mi bien, y aunque pareceo bastante disculpa, no la puede haber de no haber venido acompañada de una letra sola, que desprecios de lo que se ha querido no dan honra á quien aborrece, ni con ella cortó jamás la espada de los nobles en los que están rendidos. Yo partí de Sevilla por fuerza, navegué sin vida, llegué á Méjico sin alma, viví muerto, guardé lealtad invencible, volví con esperanza, hallé mi muerte, y para todo he hallado consuelo en el engaño desta carta, mas para tanto desprecio será imposible; que tenerme en poco, aunque sea sobra de contento en el nuevo estado, es falta de discrecion en la cortesía.»

A este papel respondió Laura el que se sigue:

«Lo que pareciera liviandad en mi honor no ha sido descortesía al vuestro; pero cuando la hubiera usado, bien la merece un hombre que niega haberse casado en Indias, pues el luto que trae muestra bien que, porque ha enviudado, quiere que yo crea que no se casó, y que es verdadera esa carta.»

Aquí pensó rematar el juicio Lisardo, viendo que el luto que habia puesto para obligarla con el sentimiento, le habia resultado en mayor daño. Quitósele el mismo día, y siéndolo de fiesta, se vistió de las mejores y más ricas galas que tenia, y con extremadas joyas se fué á San Pablo, donde Laura vino á misa, y le vió en hábito tan diferente, que se certificó que el luto era fineza y la carta mentira. Con esto y la solicitud de Lisardo comenzó amor á revolver las cenizas del pasado fuego, donde, como suelen algunas centellas, se descubrian algunas memorias. Fenisa terciaba, obligada de dineros y vestidos, Laura miraba amorosa, Lisardo se atrevía y con esperanzas de algun favor volvió presto en sí, y estaba en extremo gentilhomme. Marcelo reparaba poco en las bizarrías de Laura, pareciéndole no estrechar los pocos años á más grave estilo de recogimiento; con esto, al paso de su descuido, crecía el cuidado de los dos, y á vueltas el atrevimiento. Ya los papeles eran estafeta ordinaria, y se iba disponiendo el descao á poco honestos fines; que Marcelo no era amoroso ni habia estudiado el arte de agradar, como algunos, que piensan que no importa y que todo se debe al nombre, no considerando que el casado ha de servir dos plazas, la de marido y la de galan, para cumplir con su obligación y tener segura la campaña. Paréceme que dice vuestra merced: ¡Oh, lo que os deben las mujeres! Pues le prometo

que aquí me lleva más la razon que la inclinación, y que, si tuviera poder, instituyera una cátedra de casamiento, donde aprendieran los que lo habian de ser desde muchachos, y que, como suelen decir los padres unos á otros: Este niño estudia para religioso; éste para clérigo, etc.; dijeran tambien: Este muchacho estudia para casado; y nó que venga un ignorante á pensar que aquella mujer es de otra pasta porque es casada, y que no há menester servirla ni regalarla porque es suya por escritura, como si lo fuese de venta, y que tiene privilegio de la venganza para traerla mil mujeres á los ojos, sin reparar, como seria justo, en que ha puesto en sus manos todo lo mejor que tiene del alma, como es la honra, la vida, la quietud, y áun con ella, que muchos la habrán perdido por esta causa. Diga ahora vuestra merced, suplicósele, que si es esta novela sermopario. Nó, señora, responderé yo por cierto, que yo no los estudio en romance, como ya se usa en el mundo, sino que esto me hallé naturalmente, y siempre me pareció justo.

Consolado estaba Lisardo de haber perdido á Laura, pareciéndole que no era perderla estar tan cerca de la posesion que tantos años de pena le habia costado, que como los deseos del amor de una y otra manera tienen un mismo fin, aunque sea por breve hurto y con peligro del deshonor ageno y daño propio, se buscan y solicitan. Lisardo

favorecido, amaba; Laura, libre y olvidada de lo que se debía á sí misma, no advertía qué fin suelen tener iguales atrevimientos. Antandro era el secretario, Fenisa el parainfo; en la iglesia se miraban, en la calle se hacían amorosas cortesías, y en el campo se hablaban, y algunas veces por las rejas, mientras Marcelo dormía, y otras, que estaba más advertido, Fabio y su amigo en el mayor silencio de la noche, cantaban así:

Belisa de mi alma,  
De cuyos ojos bellos  
El mismo sol aprende  
A dar su luz al suelo;  
Belisa más hermosa  
Que en el cielo sereno  
Al alba, y á la tarde  
El cándido lucero;  
Que ya por este valle,  
De hoy más le llamaremos  
La estrella de Belisa,  
Como hasta aquí de Vénus;  
Dejando tu hermosura,  
Si yo dejarla puedo,  
Y celebrando sólo  
Tu raro entendimiento,  
¿Quién no dirá, señora,  
Que cuidadoso el cielo  
Puso por alma un ángel  
En tu divino cuerpo?  
Gloriosa esta la mía  
De tenerte por dueño,

Si bien las esperanzas  
Me tienen vivo y muerto.

Vivo porque me animan  
Al fin donde no llego,  
Y muerto en ellas mismas  
Porque esperando muero.

Todos, Belisa mía,  
Se quejan que por ellos  
El tiempo aprisa pasa,  
Sin poder detenerlo.

Y yo, de que camina  
Tan despacio me quejo;  
Que pienso que se para  
En mis años el tiempo.

A muchos que han amado  
Dió Tántalo su ejemplo;  
Mas como á mí ninguno,  
Con tan alto deseo.

Lo que me dan me falta,  
No tengo el bien que tengo,  
Viendo á ser mis obras  
Mentales pensamientos.

Usa mi amor ahora  
De los anteojos nuevos,  
Cerca para los ojos,  
Para los brazos léjos.

Belisa, pues naciste  
Tesoro de los cielos,  
¿Quién para mí te hizo  
De sueño lisonjero?

Pues cuando más segura  
Pienso que te poseo,  
Despierto y no te hallo,



Que eres verdad y sueño.  
Contigo, dueño mio,  
Nació mi amor primero;  
Contigo se ha criado,  
Contigo fué creciendo.

Aciertan los que juzgan  
Que es mi pecho pequeño  
Para un amor tan grande,  
Mas no para tu pecho.»

Y llaman esperanzas  
Los males que padezco;  
Pidiendo posesiones,  
Levántanme que espero.

En deseos aprisa  
Esperanzas de asiento  
Es muerte dilatada,  
No habiendo mar en medio.  
¡Qué pocas que me dieran,  
Si padecieran ellos!

Más si años hacen penas,  
¿Qué amante fué más viejo?

Perdona si te canso,  
Que mientras no te tengo,  
No puedo amarte más  
Ni desearte menos :

Así pasaba Lisardo sus esperanzas, unas veces alegre y otras triste; y Laura, con papeles y favores, unas veces le divertía y otras le aseguraba; cuyas dudas y deseos le significó un día en estos versos:

«Pensamiento, no penseis  
Que estoy de vos agraviado,

Pues me dejais obligado  
Con el daño que me haceis;  
Antes pienso que teneis  
Queja de mí con razon,  
Porque he puesto en condicion  
De quien sabeis la mudanza;  
Que no merece esperanza  
Quien no piensa en posesion.

Nunca vos y yo pensamos,  
Aunque vos sois pensamiento,  
Vernos en tan alto intento,  
Que los dos nos envidiamos;  
Pues si contentos estamos,  
Vos del lugar en que estais,  
Y yo de que le tengais,  
No sufrais que culpa os den  
De que no estimais el bien,  
Pues que nunca al bien llegais.

Este imposible forzoso  
De alguna noble desdicha  
Hace dilatar la dicha  
Al que puede ser dichoso;  
P'e confuso y temeroso,  
Que no lo digais consiento,  
Que en mi grave sentimiento,  
Lo que sabemos los dos,  
No lo fiara de vos,  
A no ser mi pensamiento.

Quiero, y no puedo alargarme  
A ejecutar lo que quiero;  
Espero lo que no espero,  
Por ver si puedo engañarme;  
Sin saber det rminarme,

Ya determinado estoy,  
A quien me niego me doy,  
Y en este mortal disgusto  
Soy Tántalo de mi gusto,  
Y el mismo imposible soy.

Fuerte linaje de mal  
Es huir el rostro al bien,  
Quien llega á que se le dén  
Con mérito desigual;  
En congoja tan mortal  
Lo mismo que dudo creo;  
Y en tal estado me veo,  
Sin poderme remediar,  
Que aún no puedo desear  
Eso mismo que desco.

Vos, hermoso dueño mio,  
Recibid, pues vuestro soy,  
Del imposible en que estoy,  
La satisfaccion que envío;  
Contra mis dichas porffio  
Entre atrevimiento y miedo,  
Pero en laberinto quedo,  
Donde tengo de morir;  
Pues cuando voy á salir,  
Pruebo á salir y no puedo.»

En estos últimos versos anduvo ménos cortesano Lisardo que en los demás que habló con su pensamiento, pues confesaba que habia hecho diligencias para salir, si no se ha de entender con lo que dijo Séneca, que el amor tenia fácil la entrada y difícil la salida, no sé qué disculpa halle á este caba-

llero, habiendo sido opinion del mayor filósofo que amor ni lo es para ese fin ni sin él; cosa que me holgara de preguntársela, si viviera ahora, aunque fuera desde aquí á Grecia; porque parece que implican contradiccion esas dos sentencias, sinó es que quiere decir que puede haber amor verdadero con deseo de union y sin él. Vuestra merced juzgue cuál destos dos tiene ahora en el pensamiento, y perdone á los pocos años de Lisardo el no platonizar con la señora Laura. Finalmente, de linea en linea se acercó Lisardo á la última de las cinco que Terencio le puso en el Andria, en cuya final proposicion Laura le escribió así:

«Si fuera vuestro amor verdadero, él se contentara, Lisardo mio, del estado en que vuestra venida de las Indias halló mi honra, pues bien sabeis que me casé engañada, que os esperé firme y que os lloré casado. No sé cómo quereis que pueda atropellar por la obligacion de mis padres, el honor de mi marido y el peligro de mi fama; cosas tan graves, que por cualquiera dellas conozco que quereis más vuestro gusto solo que á todas juntas. Mis padres son bien nacidos, mi marido me tiene obligada con su amor y con sus regalos, mi fama es la mayor joya de mi persona; ¿qué haré si toda la pierdo por vuestra liviandad? ¿Cómo cobrarán mis padres su autoridad, mi marido su opinion y yo mi nombre? Contentáos, señor mio, con que os amé más que á mis

»padres, que á mi dueño y que á mí misma  
 »sin que me respondais que si fuera así,  
 »todo lo aventurara por vos. Yo confieso que  
 »mirado de presto parece verdad, pero con-  
 »siderado, es mentira; porque podré yo re-  
 »plicaros que, si vos no aventurais por mí  
 »cosa que vos podeis vencer con sólo que  
 »querais, ¿cómo quereis que yo por vos aven-  
 »ture lo que no puedo cobrar si una vez lo  
 »pierdo por vos? Mirad cuál hará más en  
 »esta turbada confusión de nuestro amor:  
 »yo, que sufro lo mismo que vos y soy mu-  
 »jer, ó vos, que me quereis perder por no  
 »sufriros á vos. Quisiera traer os ejemplos  
 »de algunas desdichas, pero conozco vues-  
 »tra condicion, y sé que habeis de pasar  
 »por los renglones desta materia como quien  
 »topa enemigo en la calle, que hace que no  
 »le ve hasta que sale della. Mas pluguiera  
 »á amor que no tuviera esto más inconven-  
 »iente que perder la vida, que vos vié-  
 »des que no es el mio tan cobarde que no  
 »la aventurara por vos, y me fuera la muer-  
 »te dulce y agradable. Reciba yo este favor  
 »de vos: que con el entendimiento consul-  
 »teis este papel, y no con la voluntad; que  
 »ella os templará el deseo, y durará nues-  
 »tro amor; que con lo que vos quereis, corro  
 »peligro de acabarse.»

Cuando Lisardo estaba por instantes de-  
 sciendo la ejecución de su deseo y el puerto  
 de su esperanza, de que tenia celajes en las  
 cosas que suelen prevenirle, pensó acabar

la vida; lloró, que amor es niño; y como los  
 que lo son arrojan lo que les dan, sino es  
 todo lo que piden, trató el papel sin res-  
 pecto, y dijo á las letras que solia venerar, al-  
 gunas nécias injurias. Últimamente puso la  
 pluma en el papel, y escribió así:

«Mi amor es verdadero, más sin compa-  
 »racion que el de vuestra merced; y si mi  
 »deseo le desacredita, no he tenido yo la  
 »culpa, sino quien le ha llevado de la mano  
 »á ser tan loco; desdicha que se pudiera ha-  
 »ber excusado entre los dos, vuestra merce-  
 »ced favoreciéndome y yo engañándome.  
 »Sus padres de vuestra merced, su dueño y  
 »su fama pongo en los ojos con toda la  
 »veneracion que debo, y del poco respeto  
 »que hasta aquí les he tenido pido perdon,  
 »con protestacion de tanta enmienda, que  
 »venza mi recato por infinita distancia la  
 »libertad de mis pasados pensamientos. Y  
 »suplico á vuestra merced tambien se ten-  
 »ga por servida con ellos de perdonarme la  
 »parte que le alcanza desta ofensa, que,  
 »como comencé á querer en fé de marido,  
 »no era mucho que se continuase aquel de-  
 »seo por tan honesto fin; si bien conozco  
 »que fué criarle con veneno, y que es tan  
 »poderosa esta costumbre, que no pudiendo,  
 »como no puedo, olvidar á vuestra merced,  
 »será fuerza ausentarme. Mañana partiré á  
 »la corte á mis pretensiones, que la que los  
 »dos tratábamos tuvo suspensas, donde, ó  
 »se me olvidará con su variedad este des-

»atinado pensamiento, ó me dejará presto de  
»cansar tan enojosa vida.»

Muchas lágrimas costó á Laura este papel, y pensando que Lisardo no hiciera lo que á ella le pareció que no podía, deseni-  
dóse de remediarlo. Aguardó el desespera-  
do mozo dos dias, al fin de los cuales salió  
de Sevilla con Antandro y Fabio, pasando  
en postas por la calle de Laura, que al rui-  
do de la corneta y al rebato del alma, de-  
jando la labor, se puso á una reja, don-  
de estuvo sin color hasta que le perdió de  
vista.

Lisardo llegó á la corte con tan poco áni-  
mo, que desde cualquier lugar que llegaban  
decía que se volviesen. Entretuvo los pri-  
meros dias en ver el Palacio, sus Consejos,  
sus pleiteantes, sus pretendientes, el Prado,  
eterna procesion de coches; el rio de juego  
de manos, que le ven y no le ven, y ya está  
en una parte y ya en otra; los caballeros,  
los señores, las damas, los trajes y la varie-  
dad de figuras que de todas las partes de  
España, donde no caben, en ella hallan al-  
bergue. Despues comenzó con más conoci-  
miento á continuar visitas, que le pudieran  
haber divertido si duraran, por más que fue-  
ra la hermosura y discrecion de Laura; ta-  
les ganados crian los prados de la córte;  
pero cuando más desconfiado estaba, y creia  
que todo el amor de Laura habia sido en-  
gaño, le dieron una carta suya, que de-  
cia así:

«De suerte, señor mío, que en este inte-  
rés se fundaba vuestro amor, y que me  
»queríades tan mal, que sabiendo que vues-  
»tra ausencia me habia de matar os fuís-  
»tes, y cuando ménos á la córte; acertado  
»remedio, como quien sabia que estaba en  
»ella el rio del olvido, donde dicen que se  
»quedan tantos, que no vuelven á sus pa-  
»trias eternamente. No os quiero decir las  
»lágrimas que me costais y de la manera  
»que me teneis, pues los que me ven no me  
»conocen, aunque solos son los de mi casa,  
»de donde no he salido. Yo me voy aca-  
»bando; si alguna de las muchas ocasiones  
»de ese mar de hermosuras, galas y enten-  
»dimientos no os tiene asido por el alma,  
»que ya sé que sois tierno, venid ántes que  
»me costeis la vida; que ya estoy determi-  
»nada á vuestra voluntad, sin reparar en  
»padres, en ducño, en honra, que todo es  
»poco para perder por vos.»

Realmente, señora Marcia, que cuando  
llego á esta carta y resolucion de Laura,  
me falta aliento para proseguir lo que que-  
da. ¡Oh imprudente mujer! ¡Oh mujer! Pero  
pareceme que me podrian decir lo que el  
ahorcado dijo en la escalera al que le ayu-  
daba á morir, y sudaba mucho: «Pues, pa-  
dre, no sudo yo, ¿y suda vuesa paternidad?»  
Si á Laura no se le da nada del deshonor y  
peligro, ¿para qué se fatiga el que solo tie-  
ne obligacion de contar lo que pasó? que  
aunque parece novela, debe de ser historia.

Poco ménos que loco partió Lisardo de Madrid el mismo día, comprando á sus criados bizarros vestidos de aquella calle milagrosa donde sin tomar medida visten á tantos, y para Laura dos joyas de á mil escudos, porque aunque sea la mujer más rica del mundo, agradece lo que le dan, y más despues de ausencia. Las locuras del camino es imposible referirlas, siendo iguales á las dichas, y ellas á los deseos. Llegó á Sevilla, ¡jeaso extraño! que al siguiente día con una larga visita cumplió Laura su palabra. No hizo fin el amor, como suele en muchos, ántes bien se fué aumentando con el trato, y el trato llegó á más libertad de lo que fuera para conservarse justo; que aquello mismo que á los amantes les parece dicha, las más veces resulta en su perdición, y cuando ménos en dividirse. Habia muerto en estos medios Rosela, tia de Lisardo, viuda, y fuéle fuerza traer á su casa á Leonarda, sobrina suya, moza de trece á catorce años, de linda cara y talle. A pocos días que estuvo en ella se enamoró Antandro tan desatinadamente desta doncella, que vinieron á ser públicos sus atrevimientos á las demás criadas de Lisardo, y entre ellos hubo quien le dió aviso de lo que pasaba, con temor de alguna desgracia de las que suelen suceder en la primera ignorancia de las mujeres. ¡Por qué extraños modos camina la fortuna adversa á sus desdichas! Sintió tanto Lisardo este atrevimiento de An-

tandro, que habiéndole reñido, y él respondido á su justo enojo con injusto atrevimiento, así una alabarda que á la cabecera de la cama tenia, y volviendo el asta, le dió de palos, haciéndole una herida en la cabeza, que le duró un mes de cama y otro de convalescencia. Hiciéronse las paces, que nunca se hicieran, y volvió Lisardo á fiar su secreto con nécia confianza de Antandro, que habiéndole dejado un día escondido en casa de Laura, como otras veces solia estarlo, llamó á Marcelo, y en el pórtico de una iglesia le dijo, que Lisardo le quitaba la honra, refiriéndole muy de espacio lo que tan bien sabia desde el infeliz principio de estos amores; y que para que creyese que no le engañaba por algun interés ó venganza de algun enemigo suyo, fuése á su casa, que le hallaria escondido en ella, y en un aposento junto al jardin, donde se guardaban las esteras del invierno y algunos instrumentos de cultivarle. Marcelo en grande rato no pudo responderle, y habiendo prevenido la prudencia de que era dotado para ocasion tan fuerte, le dijo: «Venid conmigo, que quiero que seais el primero, como en el decírmelo, en ver que lo he vengado.» Fuese Antandro con Marcelo, y dejéle en el portal de su casa, entrando como dueño della solo al aposento referido, donde detrás de una estera halló á Lisardo, á quien dijo estas palabras: «Mozo desatinado: aun que mereeis la muerte, no os la doy, porque no

quiero creer que Laura me haya ofendido, sino que vuestros atrevimientos locos os han puesto aquí.» Lisardo, todo turbado, ayudó estas palabras con grandes seguridades y juramentos. Todos fingió Marcelo que los creía, y llevándole al jardín, abrió una puerta falsa que estaba entre unas hiedras, y le puso en la calle, que apenas via el turbado mozo, desde la cual se fué á su casa, combatido de tantos pensamientos y determinando tantas cosas sin resolver ninguna, que de cansado se dejó caer en la cama, desahogado la muerte. Salió Marcelo luego que despachó á Lisardo, y dijo á Antandro: «Vos alguna afrenta habeis recibido deste caballero, porque él no está donde decís ni en toda mi casa, y advertid que no os castigo como mereceis porque os considero tal, que la justicia pública lo hará por mí. ¿Quién os dijo que ese hombre entraba á ofenderme?» «Señor, respondió Antandro turbado, una esclava vuestra que se llama Fenisa.» «Pues id con Dios á vuestros negocios, que no sabeis la casa que disfamais ni la mujer que yo tengo, tan indigna destes bajos pensamientos.» Con esto se despidió Antandro turbado, y no osó volver en duda en casa de Lisardo, antes bien procuró esconderse por algunos días. Marcelo, que de la virtud de Laura tenia diferente informacion en su pensamiento, dudoso entre la confianza y el dolor, y afligido entre la opinion y la verdad, se tuvo valiente-

mente con el desengaño hasta llegar ocasion para satisfacerse; á nadie que tenga honor se le ofrezca tan duro campo de batalla. «¡Oh traidora Laura! decía. ¿Es posible que en tanta hermesura y perfeccion cupo tan deshonesto vicio, que tus compuestas palabras y honesto rostro cubrian un alma de tan infame correspondencia? ¿Tú, Laura, traidora al cielo, á tus padres, á mí y á tus obligaciones? Mas ¿qué lo dudo, habiendo visto con mis ojos y tocado con mis manos el fiero cómplice de tu delito? ¿Cómo puedo yo dudar que aún este sagrado no dejó tu mala fortuna á mi confianza, ni la fiera condicion de mi desdicha á las obligaciones de la honra con que nací? Yo lo he visto, Laura; no puedo dudar lo que ví, ni hay por donde pueda mi amor escapar mi agravio, aunque con las injurias agenas le aborrece el rostro. ¡Triste de mí! que más haré en solicitar tu muerte que tú en perd r la vida, porque la he de quitar á lo que más estimo en tanto grado, que padezco más en sola esta imaginacion que tú en el dolor, con ser de todos el último.» Así hablaba Marcelo entre sí mismo, torzando el rostro á la fingida alegría en la inmensa causa de su tristeza. Dió en regalar á Laura, como qui n se despedía de la víctima para el sacrificio de su honra; y para justificarle, en estando ella fuera, con llaves contrahechas hizo visita general de sus escriptorios. Halló un retrato de Lisardo, algunos papeles, cintas, niñerías que amor

llama favores, y las des joyas. Los amantes que esto guardan donde hay peligro, ¿qué esperan, señora Marcia? Pues en llegando á papeles, ¡cuánto mal habeis hecho! ¿Quién no tiembla de escribir una carta? ¿Quién no la lee muchas veces ántes de poner la firma? Dos cosas hacen los hombres de gran peligro, sin considerarlas: escribir una carta y llevar á su casa un amigo, que destas dos han surtido á la vida y á la honra desdichados efectos. Ya sabía Laura todo el suceso, y como tan alegre á Marcelo, pareciale algunas veces que era de aquellos hombres que con benigna paciencia toleran los defectos de las mujeres; y otras, que tener tanta era para aguardar ocasion en que cogierlos juntos, de que á su parecer de entrambos supieron guardarse; aunque Marcelo no quería juzgar de los agravios por venir, que tenia ya dada la sentencia en los pasados. Con estos pensamientos procuró muchas veces poner ódio entre aquel esclavo y Laura, diciéndole á ella que deseaba deshacerse dél, porque le habian dicho que la aborrecia, y que mil veces habia estado determinado de matarle, porque no habia de tener él en su casa quien no la adorase y sirviese. Laura, en esta parte inocente, dió en tratar mal á Zulemo de obra y de palabra, haciéndole castigar en público, de que Marcelo se holgaba notablemente; y esto llegó á extremo, que ya la casa toda, y aun los vecinos sabian que no habia cosa

que tanto aborreciese el esclavo como su ama. Laura se daba á entender que debia de ser el dueño de la traicion de Antandro, y con esto deseaba su muerte y la solicitaba por puntos, sin osar pedir á Marcelo que le vendiese, porque fuera de casa no la deshonrase. Cuando ya lo pareció á Marcelo que este aborrecimiento era bastante público, llamó á Zulemo, y encerrándose con él en un aposento secreto, después de largos prólogos, le incitó á matar á Laura, y le dió en una bolsa trescientos escudos. Zulemo, al fin bárbaro, airado contra su ama y favorecido de Marcelo, que asimismo le ofrecia un caballo para que se huyese hasta la costa, donde esperase las galeotas de Argel, que lo corrian de ordinario desde los Alfaques á Cartagena, en llegando la ocasion, entró con rostro feroz y ánimo determinado, y llegando al estrado de Laura, la dió tres puñaladas, de que cayó sobre las almohadas con tristes voces. A las que daban las criadas entró Marcelo, que cuidadoso espera á el suceso, y con la misma daga que le quitó de las manos le dió tantas, ayudado asimismo de Fabio y de los demás criados, que, sin que pudiese decir quién le habia mandado matar á Laura, rindió el feroz espíritu. Acudieron á este miserable caso los vecinos, los deudos, la justicia y sus padres, y entre las lágrimas de todos eran las de Marcelo más lastimosas, y por ventura más verdaderas. El

esclavo fué entregado á los muchachos, brazo poderoso é inexorable en tales ocasiones, que llevándole al campo, después de arrastrado por muchas calles, le cubrieron de piedras. «¡Ay, decía el desdichado viejo padre de Laura, teniéndola en los brazos, hija mía, y solo consuelo de mi vejez! ¿Quién pensara que os esperaba tan triste fin, y que vuestra hermosura se viera manchada de vuestra misma sangre por las manos de un bárbaro perro de la tierra más infeliz del mundo? ¡Oh, muerte! ¿Para qué reservaste mi vida en tanta edad, ó por qué quieres matar tan débil sujeto con veneno tan poderoso? ¡Ay, quién no hubiera vivido, para no morir con el cuchillo de su misma sangre!» Lisardo, que tuvo presto las nuevas desta desventura, desatinado, vino en casa de Laura, y mezclado entre la confusion de la gente, vió tendida su hermosura en aquel estrado, como suele á la tarde, vencida del ardor del sol, la fresca rosa. Allí todos tenían l'cencia para lágrimas; las suyas eran de suerte, que conocía bien Marcelo en qué parte le d'lia aquel sangriento accidente de su fortuna. Despejóse la casa, y retirado Lisardo á la suya, no salió en cuatro meses della, ni le vieron hablar con nádie fuera de su familia; todo era suspiros, todo era lágrimas, de las cuales parecía que vivía más que del común sustento. Entre tanto Marcelo despachó con un veneno á Fenisa, sin que de ninguna persona fuese entendida la

causa de su violenta muerte; y tuvo tanta solitud en buscar á Antandro, que habiendo sabido dónde posaba, le aguardó una noche, y llamando á su puerta, le metió por las espaldas dos balas de una pistola. Sólo faltaba de su castigo al cumplimiento de su venganza el misero Lisardo, cuya tristeza le tenia tan recogido que era imposible satisfacerla. Bien pudiera contentarse la honra deste caballero con tres vidas, y si era mancha por las leyes del mundo, ¿qué más bien lavada que con tanta sangre? Pues, señora Marcía, aunque las leyes por el justo dolor permiten esta licencia á los maridos, no es ejemplo que nádie debe imitar, aunque aquí se escriba para que lo sea á las mujeres que con desordenado apetito aventuran la vida y la honra á tan breve deleite, en grave ofensa de Dios, de sus padres, de sus esposos y de su fama. Y he sido de parecer siempre que no se lava bien la mancha de la honra del agraviado con la sangre del que le ofendió, porque lo que fué no puede dejar de ser, y es desatino creer que se quita, porque se mata al ofensor, la ofensa del ofendido; lo que hay en esto es, que el agraviado se queda con su agravio y el otro muerto, satisfaciendo los deseos de la venganza, pero no las calidades de la honra, que para ser perfecta no ha de ser ofendida. ¿Quién duda que está ya la objecion á este argumento dando voces? Pues aunque tácita, respondo que no se ha de sufrir ni castigar; pues ¿qué medio se ha de tener? El que un homi-



bre tiene cuando le ha sucedido otro cualquiera género de desdicha: perder la patria, vivir fuera della donde no le conozcan, y ofrecer á Dios aquella pena, acordándose que le pudiera haber sucedido lo mismo si en alguno de los agravios que ha hecho á otros le hubieran castigado; que querer que los que agravio le sufran á él, y él no sufrir á nadie, no está puesto en razon; digo sufrir, dejar de matar violentamente, pues por solo quitarle á él la honra, que es una vanidad del mundo, quiere él quitarlos á Dios si se les pierde el alma. Finalmente, pasaron dos años deste suceso, al cabo de los cuales Lisardo consolado, que el tiempo puede mucho, salia en los calores de un ardiente verano á bañarse al rio. Súpolo Marcelo, que siempre le seguia, y desnudándose una noche, fué nadando hácia donde él estaba, y le asió tan fuertemente, que con la turbacion y el agua perdió el sentido y quedó ahogado, donde con gran dolor de toda la ciudad le descubrió la mañana en las riberas del rio. Esta fué la más prudente venganza, si alguna puede tener este nombre, no escrita, como he dicho, para ejemplo de los agraviados, sinó para escarmiento de los que agravian, y porque se vea cuán verdadero salió el adagio de que los ofendidos escriben en mármol, y en agua los que ofenden; pues Marcelo tenia en el corazon la ofensa, mármol en dureza, dos años largos, y Lisardo tan escrita en el agua, que murió en ella.

## GUZMAN EL BRAVO.

Si vuestra merced desea que yo sea su novelador, ya que no puedo ser su festejante, será necesario, y aún preciso, que me favorezca y que me aliente el agradecimiento. Ciceron hace una distincion de la liberalidad en graciosa y premiada; benigna la llama, siendo graciosa, y si ha tenido premio, conducida. No querria caer en este defecto; pero como yo no tengo de hacer cohecho, así no querria perder derecho; que no es razon que vuestra merced me pague como Enéas á Dido, remitiéndome á los dioses, cuando dijo:

«Si el cielo á los piadosos galardona,  
Si en ellos hay justicia, si conocen  
Los ánimos, te den condigno premio.»

Fué opinion del filósofo que naturalmente se deseaba el premio, y dijo el romano satírico:

«Nádie, si el premio le quitas,  
Abrazará la virtud.»

Y aunque la gracia siga al que la dá, y no al que la recibe, creo que habemos de

bre tiene cuando le ha sucedido otro cualquiera género de desdicha: perder la patria, vivir fuera della donde no le conozcan, y ofrecer á Dios aquella pena, acordándose que le pudiera haber sucedido lo mismo si en alguno de los agravios que ha hecho á otros le hubieran castigado; que querer que los que agravio le sufran á él, y él no sufrir á nadie, no está puesto en razon; digo sufrir, dejar de matar violentamente, pues por solo quitarle á él la honra, que es una vanidad del mundo, quiere él quitarlos á Dios si se les pierde el alma. Finalmente, pasaron dos años deste suceso, al cabo de los cuales Lisardo consolado, que el tiempo puede mucho, salia en los calores de un ardiente verano á bañarse al rio. Súpolo Marcelo, que siempre le seguia, y desnudándose una noche, fué nadando hácia donde él estaba, y le asió tan fuertemente, que con la turbacion y el agua perdió el sentido y quedó ahogado, donde con gran dolor de toda la ciudad le descubrió la mañana en las riberas del rio. Esta fué la más prudente venganza, si alguna puede tener este nombre, no escrita, como he dicho, para ejemplo de los agraviados, sinó para escarmiento de los que agravian, y porque se vea cuán verdadero salió el adagio de que los ofendidos escriben en mármol, y en agua los que ofenden; pues Marcelo tenia en el corazon la ofensa, mármol en dureza, dos años largos, y Lisardo tan escrita en el agua, que murió en ella.

## GUZMAN EL BRAVO.

Si vuestra merced desea que yo sea su novelador, ya que no puedo ser su festejante, será necesario, y aún preciso, que me favorezca y que me aliente el agradecimiento. Ciceron hace una distincion de la liberalidad en graciosa y premiada; benigna la llama, siendo graciosa, y si ha tenido premio, conducida. No querria caer en este defecto; pero como yo no tengo de hacer cohecho, así no querria perder derecho; que no es razon que vuestra merced me pague como Enéas á Dido, remitiéndome á los dioses, cuando dijo:

«Si el cielo á los piadosos galardona,  
Si en ellos hay justicia, si conocen  
Los ánimos, te den condigno premio.»

Fué opinion del filósofo que naturalmente se deseaba el premio, y dijo el romano satírico:

«Nádie, si el premio le quitas,  
Abrazará la virtud.»

Y aunque la gracia siga al que la dá, y no al que la recibe, creo que habemos de

ser vuestra merced y yo como el caballero y el villano que refiere Faerno, autor que vuestra merced no habrá oído decir, pero gran ilustrador de las *Fábulas* de Esopo. Dice, pues, que llevando una liebre un rústico apiolada, así llama el castellano á aquella trabazon que hacen los pies asidos, después de muerta, le topó un caballero, que acaso por su gusto había salido al campo en un gentil caballo, y que preguntando al labrador si la vendía, le dijo que sí, y pidiéndole que se la mostrase, le preguntó al mismo tiempo cuánto quería por ella. El villano se la puso en las manos, viendo que quería tomarla á peso, y le dijo el precio; pero apenas la tomó el caballero en ellas, cuando poniendo las espuelas al caballo, se la quitó de los ojos. El labrador burlado, haciendo de la necesidad virtud y del agravio amistad, quedó diciendo: «Que le digo, señor, yo se la doy dada, cómasela de balde, cómalala alegremente, y acuérdesese que se la he dado de mi voluntad, como á mi buen amigo.» Esto se ha venido aquí de suerte, que no era menester buscarle las aplicaciones de D. Diego Rosell de Fuenllana, un caballero que se llamaba alférez de las partes de España, y que imprimió un libro en Nápoles de *Aplicaciones*, que no debería estar sin él ningún hipocóndriaco; pues claro está que, fiando de vuestra merced estas novelas, me las corre. Y así, me parece que sería bien comenzar ésta, diciendo por la

pasada: «Llévesela vuestra merced, yo se la doy de mi voluntad;» si bien del villano á mí hay esta diferencia, que le engañaron á él sin entenderlo, y yo me dejo engañar porque lo entiendo.

En una de las ciudades de España, que no importa á la fábula su nombre, estudió desde sus tiernos años D. Félix, de la casa ilustrísima de Guzman, y que en ninguna de sus acciones degeneró jamás de su limpia sangre. Hay competencia entre los escritores de España sobre este apellido, que unos quieren que venga de Alemania y otros que sea de los godos, precedido deste nombre Gundemaro. Por la una parte hacen los arminos antiguos, y por otra las calderas azules en campo de oro; como quiera que sea, ellos son grandes de tiempo inmemorial, y en su familia ha habido insignes y valerosos hombres, como fueron D. Pedro Ruiz de Guzman, año de 1100, D. Alonso Perez de Guzman, principio de la casa de Medina-Sidonia, á quien su sepúlcro llama *bienaventurado*, y con otros muchos, dignos de eterna memoria; D. Pedro de Guzman, hijo del duque D. Juan I, conde de Olivares, que en servicio del emperador Cárlos hizo valerosas hazañas, á los cuales se puede sin ofensa poner al lado por su valor, ya que no por su gran estado. El referido D. Félix estudiaba, como digo, y perdone vuestra merced la digresion, que debo mucho á esta ilustrísima Casa, en la ciudad por donde tuvo pri-

cipio la novela. Las partes deste caballero eran tales, que así los estudiantes naturales como los extranjeros le amaban con tanto afecto, que perdieran por él la vida, y no sentian el estar fuera de sus patrias. Hizo algunos actos con muestras de tan feliz ingenio, que no parecia de dia el que por la noche se hacia temer por su nunca visto esfuerzo, juzgándole comunmente por dos hombres, y no sabiendo cómo hallaba lugar la blandura mercurial del entendimiento con la fiereza marcial de la osadía. El pretendiente á quien defendia, segura tenia la cátedra, y aunque el retular de noche le costó algunas pendencies, de todas salió con victoria, aunque el exceso fuese exorbitante; que cuando al natural valor ayuda la buena gracia de la fortuna, no hay enemigo que ofenda ni resistencia que baste. Y en esta parte confieso que tengo á los caracteres de almagre por blasones de honra; pero en llegando á libelos infamatorios, tengo por cobarde al dueño y por mujer la mano. Dió fin á sus estudios, ó por lo ménos se le dió su inclinacion, que no le guiaba por aquel camino; esto sin inducir fuerza de estrellas, que Dios no crió al hombre por ellas, sino á ellas por el hombre, puesto que no salió don Félix sin ocasion de su patria.

Habiale llevado algunas noches en su defensa Leonelo, un caballero mozo, amigo suyo, á quien una dama de razonable calidad, pero de poca estimacion, habia dad

lugar en su casa; y como ella viniese á entender que quedaba D. Félix en la calle por tantas horas, y tenia inclinacion á su fama y lástima á su desvelo, fuera de que por la mayor parte las mujeres de aquel porte codician más lo que está en la calle que lo que queda en casa, rogó á Leonelo no permitiese que con tanta descomodidad pasase un caballero el tiempo que él se entretenia, pues fuera de ser término descortés, más daño haria á su opinion un hombre toda la noche en la calle, que dos dentro de casa. Licion es esta ya tan recibida, que no se ve un hombre en puerta ni en ventana por milagro, como se vian en otros tiempos, y creo que debe ser lo más seguro, si no es lo más honesto, porque las mujeres suelen perder más por un caballo á la puerta que por el dueño en la sala, y dice más un lacayo dormido que un vecino despierto; que los hay tales, que se desvelarán por ver lo que saben como si no lo supiesen. Hablaba un caballero de noche con una dama de las que no pueden abrir, aunque lo desean, y dió una vecina en frente en perseguirlos de suerte con los ojos, que ni ellos hablaban ni ella dormia. Valíase el caballero de traer una ballesta de bodoques, y desde una esquina, lo mejor que podia, la tiraba á tiento; porque con la escuridad de la noche no habia más coral que el deseo de acertarla. Viendo la vecina curiosa el peligro en que estaba de que la quebrase un ojo, y no dupiendo oen

tenerse de no ver si hablaban y escuchar lo que decían, tomaba un caldero, y encajándose en la cabeza, la sacaba por la ventana de suerte, que dando los bodoques en él hacían ruido, con que despertaba á la vecindad, y era fuerza que se fuesen. Consiguió Felicia fácilmente que D. Félix la visitase, porque Leonelo sentía lo que por él pasaba y las obligaciones en que le ponía. Subió á verla en el hábito que le halló el estar de guarda, una cuera de ante sobre un jubon de tela, calzones y ferreruelo de paño, medias y ligas de nácar, sombrero de falda grande, sin trancelin ni toquilla, en la pretina el broquel y en las manos la espada. Era don Félix moreno; tenía más de agradable que de hermoso; cabello y bozo negro; gentil disposición, adornada de notable talle; modestia y cortesía, no á la traza de la lindeza de ahora, con alzacuello de tela, que por disfraz llaman gola; horrible traje de hombres españoles. No hubo hablado un rato D. Félix con Felicia, cuando ella se prometió en su imaginación que sería mujer dichosa si le conquistaba la voluntad, y de noche en noche se le fué declarando con los ojos, á hurto de los de Leonelo, que ya sentía la familiaridad con que se afatelaban. Esta voz, señora Marcia, es italiana; no se altere vuestra merced, que ya hay quien diga que están bien en nuestra lengua cuantas peregrinidades tiene el universo, de suerte que aunque venga huyendo una oración bárbara de la

griega, latina, francesa ó garamanta, se puede acoger á nuestro idioma, que se ha hecho casa de embajador; valiéndose de que no se ha de hablar comun, porque es vulgar bajeza. Despues de muchas determinaciones y dudas, Felicia escribió así:

«Parece que se desentiende vuestra merced de los principios, que creí habia merecido que me correspondiese, pues cada dia me va mostrando ménos voluntad; debe de ser que con más trato ha conocido los defectos de mi persona y entendimiento. Con todo eso, le suplico que, como caballero, favorezca á una mujer á quien ha dado ocasion para este desatino, si es bien que se dé este nombre á los efectos de tal causa.»

Admiróse D. Félix del papel de Felicia, porque, aunque algunas veces conocia que sus favores excedían del justo límite de una voluntad doméstica, no creyó que llegaran jamás á determinacion tan loca, y respondió así:

«La misma obligacion de caballero me ha enseñado qué respeto se debe á los amigos, y en esta parte no podré usar de más cortesía con mi voluntad que la que pide la razon. Con esto será fuerza retirarme poco á poco de dar más ocasion á vuestra merced, porque ni el enemigo lo entienda, ni yo deje de servirle en acompañarle, si excuso algun peligro.»

Sintió néciamente Felicia esta repulsa, no le sucediendo lo que temía la vieja Dipsas;

cuando en la elegía octava de los *Amores*, de Ovidio, enseñaba la cortesana el arte de portarse con los galanes:

«No le consientas que padezca mucho;  
Porque amor repetido muchas veces  
Viene á entibiarse.»

Ella se encendió más con este desden súbito, y pareciéndole que en el primer combate, segura de lo que puede la perfia, escribió así:

«En el siglo de los caballeros andantes  
»se debía, Sr. D. Félix, de usar esta lim-  
»pieza de trato; que en éste el más falso es  
»más discreto, y el más desleal más gusto-  
»so. Deje vuestra merced esa fidelidad para  
»Amadis de Gaula, que su amigo no lo ha  
»de saber para agradecérselo, ni yo el tenerme en poco. Vuestra merced está obligado en razon natural á ser mio, porque me lo ha quitado el gusto de Leonelo, de quien no le tendré en mi vida, y no es razon que los pierda á entrambos.»

Pesóle á don Félix desta locura tan declarada, y aunque estuvo determinado á no responder porque no volviese á escribirle, la escribió así:

«Siempre se usó en el mundo, señora Felicia, el término que en todas las ocasiones los caballeros se deben á sí mismos; si la falsedad es discrecion y la deslealtad gusto, serán hijos bastardos de la nobleza, que quien como yo la heredó de sus pa-

»dres, no sabe más leyes en el mundo que  
»las de la honra; y quien vende á su amigo,  
»no la tiene.»

Destas en otras epístolas vino á desengañarse el antojo desta necísima señora, porque sólo á los hombres es permitida, amando, la perfia; que las mujeres no han de imitarlos en semejantes acciones, ni obligarlos con la blandura de sus palabras á cometer bajezas. Pero es notable la condicion de amor, que al contrario de todas las cosas, que se corrompen para volver á engendrarse, pocas veces deja amor de dar el último paso sin que el primero que le sigue no sea el odio. Comenzó Felicia á aborrecer á don Félix, y como ya no le miraba ni hablaba como solia, vino Leonelo en sospecha de que por alguna novedad se guardaban dél. Persuadió á Felicia con los extremos de los celos á que le dijese la causa, y ella, aprovechando la ocasion, le dió á entender que don Félix la solicitaba, y enseñándole los papeles que le había escrito, los rompió luego. Bastóle conocer la letra al engañado mozo, y quejándose de la deslealtad de su amigo, como si fuera cosa no sucedida, siendo tan usada, que ya los hombres, si son discretos, solo se han de guardar de sus amigos, intentó satisfacerse, deseándolo Felicia para perderlos á entrambos.

Habia venido á esta ciudad un caballero de otro reino, llamado Fabricio, con quien Leonelo comenzó nueva amistad; y se fué

poco á poco desviando de la que tenia con D. Félix, no sin conocimiento suyo, porque el semblante dice luego lo que pasa en el corazon, que con ser tan amigo, nunca le guardó secreto: ejemplo que deberian tomar los hombres, que pues la cara no le guarda á su mismo principio, no hay que tener confianza de lo que está tan fuera del corazon, que por instantes se muda. Con esto ya Leonelo decia mal de D. Félix; ¡Dios nos libre de enemistades de amigos! Y como hay tantos que tienen por amistad dar pesadumbres, arrieros de palabras, que las tragan de un lugar á otro, llegó á noticia de don Félix, que le escribió esta carta. Y si le parece á vuestra merced que son muchas para novela, podrá con facilidad descartar las que fuese servida:

«Después que vuestra merced se fué sacando de voluntad conmigo, entré en sospechas de que sería con causa; y como no la ha dado á tan áspero término, dime por olvidado de vuestra merced, en que estuve engañado, pues me dicen que se acuerda de mí, donde quiera que se halla, con menos amistad que le merezco; lo que le suplico sea servido de excusar, porque de otra suerte haré cargo á vuestra merced de tan grande ingratitud.»

Leonelo, que estaba dispuesto, como la leña seca á recibir la llama, respondióle:

«Cuanto yo he hecho nace de justa causa; es pues no lo puede ser mayor entre ami-

gos que la deslealtad; haré lo que manda, por no acordarme de quien ha pagado mi amor con poner al suyo donde sabe.»

Admirado, y justamente, D. Félix disculpaba á Leonelo, conociendo que Felicia le habia engañado, treta ordinárisima en las mujeres; y no hallando remedio para que esto no quedase sin la satisfaccion que merecia, se resolvió á que tratase un amigo de los dos á dársela de su parte, á quien Leonelo respondió: «Decid á D. Félix que yo he visto cartas suyas, y que bien sabe que conozco su letra.» Don Félix, dando lugar á la ira, contra su natural modestia, partió en casa de Felicia, é iba tan ciego, que con haber topado en la misma calle á Leonelo, no le vió, y se entró furioso por la puerta hasta el estrado de Felicia, que se levantó con notable alegría á recibirle en los brazos. Leonelo le habia seguido y puesto detrás de un paño. «No vengo á eso,» dijo entónces don Félix con airado rostro. «¿Pues á qué, señor mio?» respondió Felicia; y sin dejarle hablar, le tomaba las manos y le hacia amorosas caricias y regalos. Desatinado Leonelo de lo que via, y no entendiendo el ánimo de D. Félix, entró por la sala metiendo mano á la espada, y diciendo: «Así se ha de castigar á los traidores.» Volvió de presto don Félix, y como hay ocasiones que dar satisfacciones de la verdad parece cobardía, sacó la suya, y habiéndose afirmado, le dió una estocada por los pechos, de que cayó muer-

to. Las voces fueron las ordinarias, la justicia la que siempre, las diligencias las que suelen; Felicia halló sagrado. Déme licencia vuestra merced para dejar este muerto, é irme con el famoso Guzman, que ya comienza á ser bravo, por esos mundos adelante.

Habia determinado Selin, gran turco en este tiempo, con su bajáes, que en aquella edad en toda Europa concurren valientes hombres, así cristianos como bárbaros, tomar la isla de Chipre. Fué Mostafá capitán general de su armada, que á fuerza de armas, con estupendo estrago de los que la defendian, la tomó, habiendo muerto á Nicolao Dandolo, Julio Romano y Bernardino. Desde allí fué Mostafá á Famagusta, y Piali-bajá se volvió con la armada á Constantinopla. Despues desto había salido Ochalí de Negroponte, y llevando mil cautivos de Corfú, Candía y Petimo, con no menor estrago del Zante y la Cefalonía. Desde allí sitió á C. taro con un ejército de turcos, que vino á socorrer por tierra. Defendióla valerosamente Mateo Bembo, veneciano, que era de su República. La cristiandad, alborotada toda con la braveza de Selin, cuyas victorias no refiero, que no son de mi propósito, determinó oponerse al enemigo comun, honrándole en juntar sus fuerzas contra las deste bárbaro, el sacro pastor de Roma, padre universal de la Iglesia, Pio V, de felicísima memoria, el Rey de las

Españas Felipe II, y el prudente Senado de Venecia. Fué general desta santa liga aquel mancebo ilustrísimo, honra y gloria de nuestra nacion, el Sr. D. Juan de Austria, á quien ayudó el valor y envidió la fortuna. Llevó consigo este heróico príncipe á esta empresa á nuestro D. Félix, por orden de D. Pedro de Guzman, mayordomo de Felipe II y padre del gran D. Enrique, embajador que fué en Roma y virey en Sicilia y Nápoles, condes de Olivares entrambos, que es tanto lo que les debo, que aún en esta novela me alegro de nombrarlos, pues fueron abuelo y padre del que hoy con tanta felicidad honra y premia las armas y las letras.

*Nec nos ambitio, nec nos amor urget habendi.*

Ya vuestra merced tendrá perdonado el verso por lo arriba contenido, y sabrá que nuestro D. Félix era soldado en la batalla naval tan escrita de tantos historiadores, tan cantada de poetas, que ni á mí me está bien referirla, ni á vuestra merced escucharla; y aunque para esta ocasion pudiera remitirla al divino Herrera, que lo fué tanto en la prosa como en el verso, me parece que es más acertado que la busque en uno de los tomos de mis comedias, donde la entenderá con ménos cuidado. En esta ocasion, como dicen que ha de decir nuestra lengua, hizo con una espada y rodela tan notables cosas D. Félix, que allí se le confirmó el



nombre de Bravo, y rindiendo una galera, sacó veinte y dos heridas de flechas y cuchilladas, que á quien le via ponía espanto, porque en las flechas parecia erizo y en las cuchilladas toro; y nó de otra suerte que del coso le suelen sacar rendido, aunque no muerto, le llevaron á curar y milagrosamente tuvo vida. Acuérdomo en esta ocasion de aquella pintura famosa que hace Luciano de Casio Seeva, de quien escribe el Emperador Julio César, en el libro tercero de sus *Guerras Civiles*, que sacó en aquella memorable batalla el escudo pasado por doscientas treinta partes, y afirma haberle visto; persona debia de ser de crédito, pues fué señor de Roma, que lo era entónces del mundo; mas no diremos por D. Félix lo que por Seeva Luciano:

«Dichoso tú por tan heróico nombre,  
Si huyera de tus armas el teutonico,  
El ibero ó el cántabro;»

pues no empleó las armas en las guerras civiles, sinó contra enemigos de la Iglesia y de la patria, ensoberbecidos con tantas victorias, tan sangrientos sacos y tan injustos robos sobre las aguas pacíficas del Archipiélago. Pusieron al serenísimo D. Juan de Austria dignas estátuas por este vencimiento, que desde entónces ha tenido á sus piés la indignacion del Asia, una de las cuales vive en Sicilia, si bien mayor es la inmorta-

lidad de las historias, donde no acabará jamás la memoria de su nombre; que los bronces y los mármoles están sujetos al tiempo, pero no alcanza su jurisdiccion á la virtud magnánima. Convaleció D. Félix, y con el nombre de Bravo vivió en Nápoles algunos dias con justa estimacion de aquellos príncipes, hasta que pasó á Flandes, donde con nó menor nombre continuó sus hazañas y su fama por algun tiempo. En él se le ofrecieron algunos desafios con diferentes armas, de que salió laureado con general aplauso de muchas naciones, que á tales espectáculos concurrían, así del ejército como de otras partes. Allí, á la traza de aquel ilustre manco, Cháves de Villalva, que venció en Roma en público desafio á aquel tudeseo de las grandes fuerzas, en defensa de la antelacion á otros reyes de Fernando el Católico, le tuvo D. Félix de Guzman con un capitán flamenco, que le pidió que señalase las armas, y él hizo fabricar unas porras de quatro arrobos, que apénas pudo levantar del suelo el contrario, y él esgrimió á una y otra parte, con espantosa admiracion del ejército. Bien sabe vuestra merced que siempre le suplico que adonde le pareciere que excedo de lo justo, quite y ponga lo que fuere servida. Pesadas son estas armas, pero por eso no las ha de llevar el lector á cuestras; y esta no es historia, sinó una cierta mezcla de cosas que pudieron ser, aunque á mí me cer-

tificaron que eran muy ciertas, y como dijo el poeta antiguo castellano:

«Las cosas de admiracion  
No las cuentas,  
Porque no saben las gentes  
Cómo son.»

Cierto que tiemblo de decir las, pero la fuerza deste caballero fué tan grande, que facilita el crédito. Todos conocimos á D. Jerónimo de Ayanza, Hércules español, de quien hay una alabarda en la recámara del Marqués de Priego, en Montilla, cuya punta hizo lechuguillas, y lo dice el soneto á su muerte:

«Luchar con él es vana confianza,  
Que hará de tu guadaña lechuguillas.»

Y hoy tenemos con diez y nueve años á Soto, que ha tirado con cuatro arrobas de peso, y detiene un carro, y por quien dijo una dama:

«¿Qué hará cuando mayor?»

Pasando á Valencia á los casamientos de Felipe III, que Dios tiene, vi un labrador, que llevó consigo á Nápoles el Conde de Lémos, que habiendo levantado entre muchos hombres una coluna que de unas ruinas de unos arcos estaba en tierra, se la ató con una sogá á las espaldas y la levantó tres dedos, agobiando el cuerpo. El temor que me dá el mentir, aunque no sea cosa de importancia, me ha hecho traer estos ejemplos.

Vuestra merced tenga en opinion á la naturaleza, que sabe hacer destas cosas para ostentacion de su poder, aunque pocas veces. Y ¿para quién no es mayor milagro una mujer hermosa que un hombre fuerte? pues el que más lo es, podrá vencer un hombre, y la hermosura rinde cuantos mira. Un ingenio grande comprehende los secretos de la naturaleza, ayuda la vida en peligro por la enfermedad del sujeto, penetra las cosas altas, describe el mundo, da términos á las ciencias y leyes á las Repúblicas, que no lo harán todas las fuerzas de los hombres. Y así pintó Luciano retórico aquella prosopografía de Hércules con el arco en la mano siniestra, la clava en la derecha, y en la boca aquellas cuerdas con que llevaba aprisionados innumerables hombres, para dar á entender que nó con las fuerzas ni las armas los habia vencido, sinó con la elocuencia, diciendo:

«Den ventaja las armas á la toga,  
Porque atrae los duros corazones  
La elocuencia á su voto.»

Bien descuidado estuvo algunos años en Flandes Guzman el Bravo, cuando ya, cerca de partirse, le encomendo un soldado amigo un paje destes que llaman regachos, con su capote de cintas, sombrero grande, vuelta la copa á la falda, con medalla y plumas, no mal hablado, y ligero de piés y lengua para cualquiera cosa. Fuése á Ale-

mania con unas cartas para el duque de Clèves, que estaba junto á Dura, lugar famoso por la expugnacion de Cárlos V con cuarenta piezas de campaña, que hay fama tambien por las desdichas. No pudo este soldado llevar el paje que digo, que se llamaba Mendoza, respeto de ser el camino largo y áspero, y haber de atravesar aquella selva que está entre el Rhin y la Ruta, llena de fragosos montes en cuya caza el Duque se entretenia por la diversidad de animales; que la abundancia de sus frutos y amenidad de sus arroyos cria hasta caballos salvajes. No mostró tristeza el paje de perder su antiguo dueño, ó porque le esperaba volver á ver con brevedad, ó porque holgó de servir á un hombre de tanta fama, que debía de tener el ánimo belicoso. Mas habiéndose ofrecido ocasion á D. Félix de ir á Malta con deseo de un hábito de aquella religion, á que se habia inclinado, quiso tambien dejar á Mendoza, pero no fué posible, y llorando le pidió que no le desamparase, porque mientras estaba léjos de su patria, no le parecia que, sirviendo español, la habia perdido. D. Félix, que le estaba aficionado porque, entre otras gracias, cantaba y tania con igual destreza, le llevó consigo, y habiéndose embarcado con otros pasajeros en un navío, tomaron la derrota de Malta por el mar Líbico; pero sobreviniéndoles una tempestad furiosa, anduvieron perdidos algunos dias, sin poder tomar

al Peñon de Vélez donde la soberbia de las ondas los arrojaba. Era ya lugar de cristianos, que D. García de Toledo se le habia quitado á los moros de la Gomera con una armada de que le hizo capitán Felipe II, para reprimir la furia de los marítimos corsarios; pero, por diligencias de los pilotos y favor de los pasajeros, que todos se ayudaban, como lo tienen mandado las leyes del peligro, no fué imposible tomarle; tanta era la furia con que el mar surtia de aquellas penas, convirtiendo las ondas en espuma, y desviándola de que pudiese surgir al contrario del peñasco de Polifemo, que le acercaba á tierra. Aquella noche pensaron que se fuera á pique, porque llegó á su punto la soberbia del mar y la berrasca de agua, truenos y rayos, de suerte que parecia que entre dos mares se anegaba, aunque le sucedió lo que dicen de los dos venenos, que se impide el uno al otro. Finalmente, al alba reconocieron á un tiempo el cielo y la tierra, dando en la costa de Berbería, donde con gran peligro salieron con las vidas, y cautivos de algunos moros los llevaron á Túnez. Presto hallaron dueño los dos esclavos, rogando nuestro Guzman á Mendoza que no dijese su nombre, porque es sin duda que á saberle, ó no saliera jamás de cautiverio, ó fuera tarde. Tuvieron dicha en que á entrambos los compró un judío que sabia la lengua de Castilla, como quien en ella tenia deudos. No trataba mal

este hombre, cuyo apellido era David, á los nuevos esclavos, de quien pensaba sacar mayor ganancia é interés porque los habia comprado, que en su traza le parecian gente que escribiendo á sus tierras, vendrian por ellos. D. Félix se guardaba bien desta diligéncia, porque sabia que siendo conocido, seria grande el rescate; que aún de sus fuerzas no osaba hacer desmostracion, porque por ellas no fuese ó estimado en más precio ó detenido. Tenia David una hija, hermosa como el sol; hispanismo cruel, pero de los de la primera clase en el vocabulario del novelar, porque si una mujer fuera como el sol, ¿quién habia de mirarla? Las comparaciones, ya sabrá vuestra merced que no han de ser tan uniformes, que pareciesen identidades, y así verá vuestra merced por instantes blanca como la nieve, hidalgo como el Rey, más sábio que Salomon y más poeta que Homero. Ella era hermosa últimamente, y no mal entendida; llamábase Susana, pero no lo parecia en la castidad como en el nombre, porque puso los ojos... aquí claro está que vuestra merced dice en D. Félix; pues engañóse, que era más lindo Mendozica, y habiéndole oido cantar, aunque entre dientes, en un huertecillo de su casa, le habia llevado el alma de suerte, que la señora ya era esclava de su cautivo. No, le pesaba desto á D. Félix, porque con este nuevo amor los regalaba, y en las ausencias que David hacia á algunas

férias ó á Tripol y Biserta con sus mercaderías y cambios, eran ellos los señores y dueños. Ibase Susana á un jardín con sus esclavos, que no se recataba de D. Félix, porque ellos le habian dicho en secreto que eran hermanos, y habiéndole buscado un instrumento, rogó á Mendoza que cantase, y él comenzó así:

«Vengada la hermosa Filis  
De los agravios de Fabio,  
A verle viene á la aldea,  
Enfermo de desengaños.  
A ruego de los pastores  
Baja de su monte al prado  
Que, como se ve querida,  
Da á entender que la forzaron.  
Eso mismo que desea,  
Quiere que la estén rogando,  
Que sube al gusto los precios  
Amor conforme á los años.  
Huyóse Fabio celoso;  
Pensó Fabio hallar sagrado,  
Pero hay estados de amor,  
Que está en el remedio el daño.  
¡Desdichado del que llega  
A tiempo tan desdichado,  
Que le matan los remedios,  
Con que muchos quedan sanos!  
En fin, á Fabio rendido,  
Viene á ver su dueño ingrato  
Alegre, porque es amor  
En las venganzas villano.

No va sin galas á verle,  
Aunque pudiera excusarlo,  
Que la mayor hermosura  
No deja en casa el cuidado.  
Lleva de palmilla verde  
Saya y sayuelo bizarro,  
Con pasamanos de plata,  
Si en ellos pone las manos.  
No lleva cosa en el cuello  
Que Fabio le hubiese dado,  
Porque no entienda que viven  
Memorias de sus regalos.  
Joyas lleva que él no ha visto,  
No porque le ha hecho agravio,  
Mas porque sepan ausencias  
Que no está seguro el campo.  
Con una cinta de cifras  
Lleva el cabello apretado,  
Que quien gusta de dar celos,  
Se vale de mil engaños.  
De rebocino le sirve,  
Para mayor desenfado,  
El capote de los ojos,  
Bordado de negros rayos.  
En argentadas chinelas  
Listones lleva, admirados  
De que quepan tantos brios  
En tan pequeños espacios.  
Llegó Filis al aldea,  
Entró en su casa de Fabio,  
Los pastores la reciben,  
Como al sol los montes altos.  
Dando perlas con la risa,

Extiende á todos los brazos,  
Que gana mares de amor  
Y da perlas de barato.  
Apénas Fabio la mira,  
Cuando á un tiempo se bañaron,  
El alma en pura alegría,  
Los ojos en tierno llanto.  
No hablaron los dos tan presto,  
Aunque los ojos hablaron,  
Fílis porque no queria,  
Fabio porque quiere tanto.  
Cuando en esta suspension  
Los dos se encuentran mirando,  
A un tiempo bajan los ojos,  
Como que envidan de falso.  
Habló Filis y tuvieron  
Alma de coral sus labios,  
Que ver humilde al rendido  
Hace piadoso al vengado.  
A Fabio culpa le pone,  
Que es error hacer amando  
Con la lengua valentías,  
Si el alma no tiene manos.  
El responde y se disculpa;  
Que viendo cerca los brazos,  
Pide perdon ofendido  
Quien ama desengañado. »

En extremo estaba contenta la nueva Susana del donaire con que Mendoza habia cantado este romance, y preguntando á don Félix si era aficionado á la música, habló por él Mendoza, y le dijo que tambien le

ayudaba á cantar algunas veces. Deseó Susana oírlos, y ellos cantaron este diálogo, comenzando el uno y respondiendo el otro:

«Dáme, Pascual, á entender

Qué es amor; que quiero amar.

—Pienso que es todo pesar,

Pues nunca me dió placer.

—Extraña definición

Es la que de amor me das.

—De la causa no sé más,

Estos los efectos son.

—El principio quiero ver,

Pascual, del arte de amar.

—Pienso que acaba en pesar,

Aunque comienza en placer.

—Pensé escucharte, Pascual,

Mayores bienes de amor.

—Nunca su bien fué mayor,

Siempre fué mayor su mal.

—Díme lo que he de perder

Y lo que puedo ganar.

—Ganarás mucho pesar

Por el más breve placer.

—Silvia me mira con arte,

Porque luego se retira.

—No está el daño en que te mira,

Sino en que no ha de mirarte.

—Yo sé que hay gloria en el ver,

Si hay pena en el desear.

—No quiero tant' pesar

Por tan pequeño placer.»

El concierto de dos voces, mayormente alternándose, es el más suave en este género de música; y así le pareció á Susana, que todas las noches de la ausencia de su padre pasaba con este entretenimiento. Entraba acaso Mendoza en su aposento un día que ella aún no se había levantado; tenía los cabellos copiosos, largos y crespos, esparcidos por los hombros, no muy negros en color, aunque lo eran los ojos, con cejas y pestañas tan pobladas y hermosas, que, como eran soles, parecían sombras. No usaba afeites Susana, y así había amanecido con los que le había dado el sueño; un nácar encendido, que se iba disminuyendo con gracia, vencido de la nieve del rostro, compitiendo la mitad de las mejillas con los claveles de los labios, en cuya risa parece que se descubría sobre una cinta carmesí un apretador de perlas. Tenía una almilla de tabí pajizo, con trenchillas de oro, sobre pestañas negras, tan ancha de las mangas, que al levantar los brazos descubría con algun artificio gran parte dellos. Quiso retirarse Mendoza, corrido del atrevimiento; pero llamándole Susana, volvió con medrosos pasos hasta la puerta. «Entra, dijo ella, y dí lo que quieres, que ojalá fuera yo... pero tú nó me quieres á mí.» «Señora, replicó Mendoza, ¿á quién debo yo querer como á tí? Porque, fuera de ser yo tu esclavo, y de tratarme como si tú lo fueras mía, por tí misma mereces que todos cuantos tuvieran entendimiento te amen.»

«Tu esclava soy yo, Mendoza, replicó Susana; no te engañas en pensarlo, porque es tan poderoso amor, que trueca los estados y los imperios, haciendo que sea por accidente lo que no fué por naturaleza. Yo estoy, si te digo verdad, muy afligida, y aún casi desesperada, viendo que la diferencia de tu ley me prohíbe el casarme contigo, y de lo que supe en España, de donde vine niña, conocí nuestro engaño, y por eso os amo tanto, que me ha dado esta inclinación el principio deste conocimiento. Mas, pues ya mi poca dicha me puso en el estado que ves, y el de tu amor ha llegado en mí hasta dar con la razón en los pies de mi deseo, yo estoy determinada de hacerme dueño de cuanto soy, sin que tu hermano entienda mi desatino, no porque no debo fiarse, y más sabiendo, como sabe, lo que te quiero, mas por vergüenza que tengo de que sepa mi poca honestidad, porque no me tenga en poco; que los hombres, en llegando á este punto, á la mujer más principal teneis en ménos, porque os parece que en perdiendo el privilegio de la castidad, somos esclavas vuestras, y que se puede atrever á nuestro respeto así vuestra osadía como vuestra lengua.» Mirándola estaba Mendoza, y no la respondía, porque hay palabras cuya respuesta son las obras. Fuéronse acercando más, y quedaron concertados para verse aquella noche después del silencio de la familia. Bajó Mendoza adonde estaba don Félix almohazando un caballo bárbaro en

que andaba David por Túnez algunas veces, y sentóse enfrente dél, mirándole. Don Félix le dijo: «¿Qué tienes, que vienes turbado y encendido?» Tornóle á mirar Mendoza, y luego bajando los ojos al suelo, dejó caer una tempestad de lágrimas por el rostro. Tan aprisa las llovía el sentimiento. «No es eso sin mucha causa,» dijo D. Félix; y dejando el humilde instrumento de aquella música, se acercó al muchacho y le levantó el rostro, desviándole los cabellos, que ya tenía revueltos y crecidos. «¡Ay de mí, dijo Mendoza, Sr. D. Félix, que ha llegado nuestra desventura á su punto! porque Susana se ha declarado conmigo, y de suerte, que quiere que esta noche, en estando recogidos los criados, la hable con más secreto que hasta aquí, de que estoy cuidadoso, porque podría ser causa de vuestra muerte y la mía, entendiéndolo su padre.» «Nécio has estado, respondió D. Félix, dándome sin causa este susto, que no merecía, porque en un instante de imaginación he revuelto el mundo; y ya que estoy sosegado, me he reído de tu ignorancia, pues aunque fuera bien resistir á esta mujer y morir, el estado de nuestro cautiverio no da lugar, y mayor muerte nos espera si no le cumples la palabra; yo, á lo ménos, Mendoza, por no corresponder al deseo de una mujer, estoy fuera de mi casa y patria, y cautivo, como ves, con poca esperanza de mi remedio si se sabe quién soy, que no hay esclavo español que tope, de

quica no me esconda, temiendo que ha de reconocirme. El ejemplo que te digo, me obliga á temer nuestra perdicion; mira que esta mujer es hebrea, y se acordará de la historia de José, si quieres imitarle; demás, que has hecho un yerro terrible, que fué condescender con su deseo, pues ahora que se ha declarado y tú aumentado su deseo, con la esperanza de la ejecucion, ha de revolver como áspid contra los dos, trocado el amor en ódio.» Volvió á llorar Mendoza, y como no le respondia, le importunó D. Félix á que le interpretase la causa de aquellas lágrimas, que ya parecian enigmas; que hay ojos que lloran en poesía culta, sin que se entienda más de que son lágrimas. Vencido Mendoza de los ruegos, y aun de las amenazas de D. Félix, dijo así:

«¿Cómo quieres que yo cumpla la palabra que he dado á esta mujer, si yo lo soy, y estoy admirada de que en tanto tiempo no me hayas conocido? Felicia soy, aquella desdichada por quien mataste á Leonelo, que después de algunas fortunas que me costó su muerte, pasé á Italia con aquel soldado, y de allí á Flandes, donde me dejé en tu servicio cuando se fué á Cléves.» Admirado estuvo un rato D. Félix sin responderla, al fin del cual le dijo: «No te espantes, Felicia, que no te haya conocido, que aunque te visitaba, no te veia; tan aprisa miro yo los rostros de las mujeres de mis amigos.» ¡Oh palabras dignas de estar es-

critas con letras de oro en mármoles, para que aprendiera la bestial ignorancia de algunos hombres el respeto que debe á la honra la amistad y el buen nacimiento á la obligacion! Que hay hombres cuya liviandad no sabe distinguir la honra de la infamia, ni el apetito de la razon, de que suele resultar tanta discordia y algunas veces tanta sangre. Creo que no le agrada á vuestra merced esta devocion con el deseo de saber en qué se concertaron D. Félix y Felicia para remediar tanto mal como les amenazaba. Finalmente, salió de acuerdo, que á tales horas fingiesen que se quemaba alguna parte de la casa de poca importancia por algun descuido, para que, alborotándose la familia, quedase el cumplimiento de la palabra suspenso, hasta que con más tiempo le tuviesen para mayor remedio. Hicieronlo así, y cuando Susana esperaba y Felicia llegaba á sus brazos, dió voces D. Félix, habiendo encendido un pajar que aparte de lo principal della caía á espaldas del huerto. Dejó Susana los brazos de Felicia, y puesta á una ventana, llamó su gente, lo que no era necesario, porque no sólo la de su casa estaba ya inquieta y prevenida, pero la de toda la vecindad, que, acudiendo con cuidado, aunque fué más de lo que pensaron, remediaron el fuego, y el del amor de la poca honesta hebrea quedó á encendido. No se descuidó de solicitar á Mendoza, aunque él se descuidó de ponerse



en ocasion que le volviese á pedir la palabra; de suerte que á tres ó cuatro dias de dilacion, que amor tan mal sufre, vino David, su padre, y quedaron en paz los cuidados de todos, aunque de su parte los deseos. Mas la fortuna de los hombres, que en comenzando á perseguir un sujeto, parece mosca, que vuelve más importuna donde más la espantau, y de quien en razon de su mudanza dijo Ovidio:

« Voluble la fortuna con dudosos  
Pasos camina, sin tener firmeza  
En un lugar jamás; »

quiso que viniendo un dia D. Félix de la plaza con su amo David, le topase un moro mal acondicionado, arrogante y presumido de caballero, y deudo del infame original de su engañada secta, como lo mostraba en el turbante la señal verde, y le dijese por desprecio que le llevase á su casa una sera de dátiles que habia comprado. Miró David á D. Félix, y él, en un instante, olvidado de que habia de fingir flaqueza, se la puso al hombro. Dióle Amete Abeniz, que así se llamaba el moro, dos coces, y rempujando la sera, se la derribó del hombro, maltratándose con el golpe, porque era de palma muy delgada, de que recibiendo mayor cólera, le dijo: « Cristiano, cárgasela á ese hebreo. » « Fende, respondió D. Félix, que debe de querer decir señor amo ó dueño, yo te la llevaré adonde tú quisieres, que David está

muy viejo y con poca salud. » « Perro cristiano, replicó Amete, por Mahoma, que te rompa los dientes, y á él le quite la vida. » « Repórtate, Fende, » le volvió á decir D. Félix. Advierta vuestra merced que no repito otra vez este nombre porque me huelgo de hablar arábigo, sinó por no exceder de las palabras desta ocasion, así me precio del rigor de la verdad, á ley de buen novelador. Encendido Amete en ira, quitó un baston á un moro que pasaba al campo, y dió un palo á David, con que cayó en el suelo. Parecióle á D. Félix que aquel era su amo, y que en fin, por buena ó por mala posesion, comia su pan, demás de no haberle jamás maltratado de obra ni de palabra; y desviándole el pale al moro, con que le iba á dar de segunda ira lo que faltaba para matarle, le dió una puñada en los pechos de las que él solia, con que le dejó por dos horas sin habla. Aquí acudieron multitud de moros, como á la mayor causa de atrevimiento que jamás habian visto; pero D. Félix, sin querer tomar armas de piedras ó palos con que le embistieron, á solas puñadas y mogicones hizo mayor defensa que pudieron con armas diez y seis hombres; al que cogia del cuello arrojaba de sí por largo trecho, y adonde caia se estrellaba; al que daba mogicon bañaba en sangre y quitaba la vista de los ojos. Pero ántes que pase de aquí, le quiero preguntar á vuestra merced si acaso sabe, pues es persona que

conoce á Ciceron, á Ovidio y á otros sábios, y se puede hablar con vuestra merced en materia de difiniciones y etimologías, ¿por qué dijo el castellano *mogicon*? que á mí me ha costado algun estudio, como á hombre que no se ha despreciado de su lengua, que bien sé yo que un culto le llamará afirmacion de puño clauso en faz opósita con irascible superbia. Pues sepa vuestra merced que no está dicho sin propiedad notable, y es la causa que antiguamente los que querian dar una puñada rociaban y mojaban primero la mano abierta escupiéndola, y luego le sacudian, de donde vino llamarse *mogicon*, que quiere decir con mojado puño. Esto no lo ha topado vuestra merced en el *Tesoro de la lengua castellana*, para que vea que es razon estimarla en su pureza, pues hasta cosas tan viles no las tiene sin causa.

Finalmente, quedaron algunos moros tan mal tratados desta furia de D. Félix, que en casa de su amo se llamaba Rodrigo, que se determinaron matarle á escopetazos. Cargó un mosquete un soldado de la guarda del Rey, y habiéndole tirado, mató á un compañero suyo, que se daba á entender que podria prenderle; y juntándose muchos con diversas armas, que á todas se ponía delante su fortuna, hubieran acabado con su vida, sino se hubiera retirado hácia la puerta de una mezquita, de donde salia entónces Salarrac, su Rey ó Alcaide, puesto por el

Gran Turco, que esta manera de reyes, como vireyes entre nosotros, usaron los moros en los tiempos de Miramamolín de Marruecos y Almanzor de Córdoba, y así habia reyes en Alcalá, en Jaen, en Ecija, Murcia y en otras partes de las Españas que poseian por la inundacion de los árabes en tiempo de los godos. Pues como el Rey viese las grandes fuerzas y excesivo ánimo de aquel esclavo, interpuso su autoridad entre su vida y su muerte, con que cesaron todos. Mandóle llamar á su alcázar, y cuando le tuvo á solas, le dijo que le dijese quién era y que mirase que á los reyes se habia de decir la verdad; que le daba su palabra de favorecerle y conservar la vida que le habia dado. Entónces le respondió D. Félix: «Señor, yo soy caballero de los Guzmanes de España, aunque aquí, temiendo que mi rescate fuese imposible, dije á mi dueño que me llamaba Rodrigo y que era hombre bajo, de los que allá tienen el estado más ínfimo de la República entre la plebe; pero lo cierto es que yo tengo la calidad que digo, y fiado en tu real palabra, mi proprio nombre es D. Félix de Guzman, á quien desde la batalla naval llaman el Bravo. Yo rendí en Lepanto la galeera sultana, donde iba por capitán Adamirbajá, hombre no tan conocido entre vosotros como Uchali y Barbaroja, pero más valiente y de mejor consejo; cautivé en el mar de Labria derrotado, pues por tomar á Malta, dí por el Peñon de Velez, casi en el canal d

Túnez. Comprome David, hebreo, con otro hermano mio; el tratamiento que nos ha hecho y el pan que he comido en su casa, me obligó á su defensa, porque Amete le hubiera muerto á palos si yo no hubiera, opuesto á tan gran soberbia, defendido su vida; infórmate de moros honrados que lo hayan visto, y si hallares que no te digo verdad, almenas tiene Túnez, alabardas tus soldados, para quien no valen fuerzas.» «¿Qué, tú eres, dijo el Rey, Guzman el Bravo, el de las grandes fuerzas, el mator de fieras y el alanceador de toros? Pues mira cuánto has ganado en decirme verdad y tenerme por hombre que guardo la palabra, que, fuera de mi inclinacion á tu persona y admiracion á tus hechos, no he de consentir que te hagan estos moros agravio, ni que pierdas la libertad que tan bien mereces, si no es que te quieras quedar aquí conmigo, donde te aseguro toda amistad, ó sea en tu ley ó en la mia, que la ley no se ha de tomar forzada, sinó voluntariamente; mas déjame ahora hacer alguna demostracion de enojo contigo por estos moros agraviados, que se quejarían al Gran Señor si te dejase libre.» Con esto, le mandó llevar á una mazmorra de sus baños, donde avisado David, hizo tanta diligencia con el dinero, que es el mejor favor para la cárcel, que le pudo regalar con Mendoza, que iba y venia á la mazmorra con la comida, y se estaba con él todo lo que le sobraba de su

servicio, aunque con disgusto de Susana, que aguardaba las primeras ferias, para que, ausente su padre, pudiese ejecutar las ansias de su deseo donde no podia.

Agradecía D. Félix la voluntad de Felicia, que como se habia declarado por quien era, andaba más solícita de conquistarle que de agradecer á Susana el amor que la tenia; cosa que pienso que le será á vuestra merced de creer muy fácil. Los moros pedían la vida de D. Félix; llamó el Rey á David, y le dió dos mil cequifes, diciendo: «Compra de los quejosos ese esclavo, repartiéndole en ellos este dinero, y tráemele aquí, que yo te haré merced y te defenderé lo que estuviere en Túnez.» Hízolo así David, y ellos tomaron el dinero con mucho gusto, porque temían que el Duan, que debe ser como acá el Consejo, le estaba inclinado, y en esta manera de estrados, al fin bárbaros, no hay más procuradores, relatores, solicitadores y escribanos que lo que dicen de palabra los testigos, y acabáronse las leyes; por lo ménos el culpado muere de una vez y el inocente se libra. Encerróse Salarraez, Rey de Túnez, como digo, en un jardín con don Félix, y le dijo así:

«Cristino, caballero eres, Guzman te apellidas, Bravo te llaman, oye: tiene una hija un jeque de los alarbes que viven las campañas en aduares ó tiendas, de las más hermosas mujeres que ha producido el Africa; esta habemos pretendido el Rey del

valle de Botoya, no léjos de Melilla, y yo, con grandes servicios personales y extraordinarios, y finalmente, pedido en casamiento. Sabiendo su padre que en dándola al uno, habia de ser el otro su enemigo, la niega á entrambos, ó por lo ménos dice que nosotros nos concertemos, que él no puede dividirla. Ha sido este caso tan reñido, que hasta el cristiano general de Orán ha interpuesto á las paces su persona, y el gobernador de Melilla con seguro las ha tratado algunas veces. No pudiendo concertarnos, porque yo pierdo el juicio por Lela Fátima, y juzgo que á Zulema sucederá lo mismo, habrá seis días que me ha escrito este papel (y sacóle entónces) en que me desafía cinco á cinco, con lanzas, adargas y alfanjes á caballo, como es uso nuestro, donde si fuere vencido, dá la palabra de cesar de la pretension, haciendo yo lo mismo si él me venciere. Yo tenia escogidos los moros, y aunque de todos cuatro tengo satisfaccion, se me ha puesto en el entendimiento que si te llevo disfrazado, serás bastante solo, pues no te han de conocer, y ya sabes mucho de nuestra lengua, si bien dudo que en este género de armas no estés ejercitado.» «Si estoy, dijo D. Félix, y para que te asegures, mañana al amanecer saldremos los dos al campo, y me verás ejercitar la lanza y el adarga, arremetiendo, cercando ó retirando, ya sacando el alfanje, derribando la adarga, ya sin él, tomándola por el cuento, con otras

gentilezas.» «Eso basta, dijo el Rey, no es menester á tí verte, sinó oírte.» Replicó entónces D. Félix: «Pues prueba á doblarme este brazo con entrambas manos.» Hízolo así el moro, pero era lo mismo que querer doblar una columna de mármol. Con esto y el secreto necesario, el dia aplazado vistió el Rey á D. Félix de una marlota ó sayo morado, guarnecido de oro, con un gran número de botones tan pequeños, que apenas se veían, sobre una cota que habia sido de su padre, tan resplandeciente, que parecia de plata, atada con una liga roja, que el mismo sayo descubria, porque sólo estaba abotonado hasta la mitad del pecho, y descubriendo las mallas de las mangas; el calzon era de brocado morado con alcachofas de oro y las guarniciones de perlas; el bonete era de grana de Valencia, con cien varas de bengala sutilísima, armado sobre un casco de acero, y coronado de plumas moradas y blancas; los boreguíes de Marruecos, y los acicates de plata niñelados de oro; el alfanje, como media luna, en un tahalí tejido de tan espeso aljófar, que no se via sobre qué estaba fundado. Si está vuestra merced diciendo que de cuál de los moros del romancero lo he sacado, no tiene razon, porque los otros estaban en Madrid ó en Granada, y ésteen medio de Túnez con una lanza de veinte y cinco palmos, que aquí no hay que quitar nada, y una adarga de color morado, con una *F* arábiga en medio, que á la cuenta,

pues no podía decir Francisca, diría Fátima. Todos me contaron que iban desta suerte, y aunque los caballos no eran morados ni azules, bien podía ser que estuviesen celosos; á lo ménos yo excuso de decir aquí lo que escribió un cierto caballero á un señor, enviándole dos caballos para una fiesta: «Ahí envío á vuestra merced esos rocines, y le suplico que los trate como quisiera que le trataran si fuera rocín.» Finalmente, sañeron á la campaña, y se vieron cinco á cinco, llamados de dos clarines. El Rey de Botoya y su escuadra habia vestido grana con pasamanos de oro; y cierto que si, como era la música de clarines, fuera de instrumentos, podian servir en una fiesta con gran lucimiento. La batalla se comenzó jugando bizarramente las lanzas y las adargas, cuyos botes no pinto, pues ya vuestra merced ha visto un caballero de Orán los dias de toros en la plaza, tan airoso, aunque de más edad que pide el ejercicio de las armas, como si estuviera en lo florido de sus primeros años. Mataron los de Botoya á Tarife, Belomar y Zoraide, quedando solos el Rey de Túnez y D. Félix, sobre quien cargaron los cuatro, porque Zulema y él se entretenian. Derribó los dos primeros á lanzadas, pienso que se llamaban Jarife y Zelimo, al otro mató el caballo, y queriéndose huir entrambos, los fué siguiendo: mas revolviendo el uno diestramente, le atravesó la lanza al caballo por los pechos, y cayó en la

tierra muerto, que ya bermejeaba de su sangre. Quedaron en tierra Baloro y D. Félix, porque Mahamed iba desatinado entre unos árboles, porque le habia D. Félix hecho pedazos las riendas; aunque arrojándose dél con destreza alarbe, volvió donde Baloro y D. Félix peleaban. Era Baloro un bárbaro, hijo de negra y turco, feroz de aspecto, nervioso y corpulento; recibia con destreza los golpes en la adarga, y jugaba el alfanje que era de catorce libras, como si fuera pluma. He hallado en Lucano, no lejos del principio del libro séptimo, donde describe la gente que llevaban los dos campos de Pompeyo y César, este verso:

«Movieron los valientes españoles  
Sus adargas tan bien...»

Y dígoselo á vuestra merced para que sepa cuán antigua cosa es la adarga en España, tomada de los africanos, cuya fué siempre, como se lee en Livio. No le pesó, con todo eso, á Baloro de la venida de Mahamed, así eran desatinados los golpes de D. Félix. Salarraez, que le vió en tierra pelear con dos moros, ó ya fuese por amor que le habia cobrado, ó porque si le mataban le quedaban tres que vencer, á cuyas manos era fuerza morir, arremetió el caballo á desbaratar con la lanza la pelea de dos á uno. Levantó el rostro D. Félix entónces, y dijo en lengua arábica: «Rey de Túnez mata á

Zulema, que estos dos ya están muertos.» Con esto volvió el Rey la rienda á recibir á Zulema que, mal herido, volvía á seguirle, aunque con poco aliento. Esforzó el suyo el valeroso Guzman, trayendo á la memoria el apellido de Bravo, y como si le mirara España en figura de dama desde alguna reja, tan fieras cuchilladas tiró á entrambos, que habiéndose adargado mal el mancebo Mahamet, le abrió toda la cabeza hasta los hombros, y como al golpe de la segur del labrador cae en la sierra de Cuenca el alto pino, extendiendo los brazos, midió la tierra. Baloro, que le quedaba solo, quiso vengar la muerte de tres amigos, y se le acercó tanto, que fiado en sus fuerzas, se abrazó con D. Félix, seguro de imaginar que habría en el mundo quien igualase las suyas; pero engañóse de suerte, que levantándole D. Félix en alto, como Hércules al hijo de la Tierra, cuya victoria escribe Sófoles, se le volvió á restituir, pero de manera apretado, que le faltaba, cuando llegó al suelo, gran parte del alma. Mientras quería animarse Baloro, había ya tomado el alfanje D. Félix, y aunque como culebra se revolvía á unas y á otras partes, le hizo pedazos á cuchilladas, y le dejó como suele quedar en la sangrienta plaza á las manos del vulgo el fiero toro. Luégo partió á ayudar al Rey con tanto ánimo y valor como si entónces comenzara la batalla; pero viéndole Zulema, y que á sus manos yacian sus cuatro valien-

tes moros revueltos en su sangre, dijo en altas voces que se rendía, y usando Salarraez de grandeza de Rey, aunque era bárbaro, le perdonó la vida, tomándole solamente el alfanje y la adarga. D. Félix quitó á los muertos las que por la campaña habían esparcido, y cogiendo el caballo de Mahamet, le ató una liga, y con estos despojos y grandes favores del Rey dió á su lado la vuelta á la ciudad, donde causó admiracion el verlos, porque de la batalla no se había tenido noticia; que á saberse, apareciera sobre la caliente arena de aquel campo el anfiteatro de Roma. Felicia, que le había echado de ménos, cuando supo el suceso, fué á buscarle, y con tiernos abrazos y grandes encarecimientos celebró su victoria. Grandes partidos hacia Salarraez á D. Félix porque se quedase en Túnez á su servicio; pero conociendo, como discreto, que le tenia con disgusto el amor de la patria, sólo quiso detenerle hasta celebrar sus bodas con la hermosa Fátima, en las cuales fué admirada su gentileza de toda aquella tierra, que como á prodigio de la naturaleza, venian á verle; ninguno jugó cañas con mayor gracia, ni hizo mayores pruebas de sus fuertes brazos. Tratóse la partida, y procediendo el Rey generosamente, le dió muchas riquezas, así de diamantes y perlas como de otras diversas piezas de plata y oro. Lloraba Susana la partida de Mendoza, y despidiéndose della para partirse á España con D. Fé-

lix, le dijo que era mujer en secreto, con que en un instante la curó del mal de amor, como si fuera milagro. Dió David, agradeciendo la vida, á D. Félix un rico presente de telas, sedas y joyas; Susana á Felicia un hilo de perlas de valor de setecientos escudos, porque eran netas, iguales y redondas, y con muchos abrazos y lágrimas se despidieron todos. Salieron al mar, dejando la ciudad, que un tiempo fué tan famosa por Micipsa, que la pobló de griegos, aunque hoy debe de tener poco más de ocho mil fuegos, si bien conserva en las historias la fama de haber sido cabeza de la antigua Numidia, que cae entre la Libia y el Atladte, donde Cartago merece eterna memoria, y la tragedia de Sofonisba; y navegando con más felicidad, saludaron á España.

Estuvieron algunos días más en Cartagena, desde donde escribió D. Félix á su casa, y en Múrcia le alcanzó respuesta, en que le daban cuenta cómo era señor de su casa, porque su hermano mayor había muerto sin hijos. Aquí mudó traje Mendoza y se llamó Felicia. Desde Múrcia la trujo D. Félix á un lugar de Extremadura, donde era natural su padre, y la casó con un hidalgo pobre y de buen talle, dándole seis mil ducados de dote, con nombre de prima suya, lo que él creyó fácilmente, porque se tenía noticia de su buen nacimiento. Grandes dudas le quedarán á vuestra merced del amor de Felicia y los desdenes de Guzman el Bravo, por-

que parece que en tierra de moros, con tanta privación y soledad, y habiendo sido la compañía de su cautiverio y el consuelo de sus trabajos, no fuera menos que ingratitud no corresponder á su voluntad. Prometo á vuestra merced que no lo sé, y que en esta parte sólo puedo decir que el trato ha juntado en amistad animales de géneros diferentes á despecho de la naturaleza, y que ningun hombre debe fiarse de sí mismo, de que tenemos tantos ejemplos. El Dante escribe de aquellos dos cuñados que se amaban, sin osar declararse, por ser el incesto tan enorme y el hermano tan gran príncipe, y como siempre estaban juntos, leyendo un día los amores de Lanzarote del Lago y la Reina de Ginebra, como él lo dice en su *Infierno*, en persona de la miserable dama:

«Y leyendo nosotros por deleite  
De Lanzarote la amorosa historia,  
Encendidos de amor, nos declaramos.»

Y el Petrarca hace memoria dellos en el capítulo III del *Triunfo del amor*, diciendo:

«Y los dos de Arimino, que van juntos,  
Haciendo un triste y doloroso llanto.»

Porque fué el hermano que los mató Príncipe de Arimino.

Fué muy bien recibido D. Félix en su patria, porque llegó á ella, después de mu-

chos deseos, rico, gallardo, galan y en lo mejor de sus años. Llevóse los ojos del vulgo, mayormente de los que tenían necesidad de su favor, porque con todos era liberal, de suerte que jamás llegó necesidad á sus oídos que saliese desconsolada; remediaba pobres, deshacía agravios, concertaba paces y no habia en toda la ciudad quien para cosa que intentase le perdiese el respeto. De la república de estudiantes era D. Félix tan adorado, que en versos latinos y castellanos celebraban á porfía sus acciones, y con tan apasionado afecto, que si alguna vez corria en fiesta pública, decian todos á voces: «¡Viva D. Félix!» y era tenido por envidioso el que faltaba á esta voz comun, por circunspecto que fuese.

Era valiente justador, y de suerte firme y cierto, que no habia hombre que midiese con él las armas en la Tela. Armábase muchas veces de piezas tan pesadas, que no las podian mover las fuerzas de dos hombres, y echándose con ellas en el suelo, se levantaba de un salto con ligereza increíble. Buscaba caballos desbocados y que nadie quisiese subir sobre ellos, y en éstos se ponía, y los domaba y sujetaba con la fortaleza de las piernas, de tal manera, que parecia que le temblaban, y trasudados y encogidos, se le rendian; jugaba dos espadas y dos mazas con notable gallardía y destreza, y en medio desta fiereza y valentía, escribia y hablaba tiernamente.

Descuidado de la fuerza y violencia de amor D. Félix, y seguro de la fortuna en su patria, el que tan fuerte habia nacido y tanta libertad profesaba, se rindió á un niño, pero niño tan antiguo, que no se llevan él y el tiempo dos horas en tantos años. ¡Qué bien pintó Alciato su fortaleza, ó ya enfrenando leones, ó ya rompiendo rayos!

«De los aligeros rayos  
Rompe el amor el rigor,  
Porque es más fuerte el amor.»

Era Isbella gentilísima dama, y hermana de un valiente caballero, que se llamaba Leonardo, de lo más noble de aquella ciudad, y aun de España. Guardábase D. Félix de ser entendido, y gobernando su secreto con prudencia, conquistó honestamente su voluntad para merceerla en casamiento, no se alargando á más que hablar con los ojos, y con ocasion de otras damas de su calle darle algunas músicas, entre las cuales una noche cantaron así; porque vuestra merced descanse de tan prolija prosa en la diferencia de los versos:

«En estos verdes campos  
Que Manzanares riega  
Con agua de mis ojos,  
Que suya no la lleva;  
En estas soledades,  
Donde á mis dulces penas  
Ayudan ruiseñores  
Con amorosas quejas;



Entre las secas ramas  
Desta bárbara selva,  
Que há mucho que le falta  
Su amada primavera,  
Y sólo un ciprés crece,  
Por árbol de tristeza,  
Que en imitar la mia  
Presume competencia;

Me quejo, hermosa Filis,  
De amores de tu ausencia;  
Que lo que está más léjos  
Se quiere con más fuerza.

¡Ay, mar de España, digo,  
Si pisa tus riberas  
Aguella labradora  
Que fué la gloria destas!

Así, de más corales  
Que hay en tu playa arenas,  
De Barcelona insigne  
Los muros enriquezcas.

Que el día que más fiero  
Y con mayor soberbia  
Laven tus claras ondas  
La cara á las estrellas,

Le digas: «Bella Filis,  
Esto llaman tormenta  
Ausentes de su patria  
Que por el mar navegan;

»Pero las que padece  
Quien ama y quien desea  
El puerto de tus brazos,  
En más rigor le anegan.

»Tú cuando empines aguas,

Como nevadas sierras,  
Y caigas de tí mismo,  
Donde deshechas mueran,  
»No igualas con los montes  
De celosas sospechas,  
Por más seguridades  
Que Filis me prometa.

»Permite que mis ánsias  
A tus arenas vengan;  
Mas ya no las tendrás  
Si las convierte en perlas.

»¡Ay, Dios! hermosa Filis,  
¿Qué pastor me dijera,  
De muchos, que en el Tajo  
De adivinos se precian,

»Que donde España acaba  
Y el fiero mar comienza  
Llegarán tus estampas  
Y mis amargas quejas?

»¡Ay Dios, si te acordases  
Que en estas alamedas  
Bañaba yo tu rostro  
Con lágrimas tan tiernas,

»Y que cayendo al mio  
Del tuyo algunas dellas  
Pensaba yo que tristes  
Lloraban las estrellas!

»Aquí te despediste,  
Y aquí morir me dejás,  
Que yo no tengo vida  
Para que á verte vuelva.

»Si tardas, Filis mia,  
La muerte está más cerca;

Que á los que viven tristes  
La muerte los consuela. »

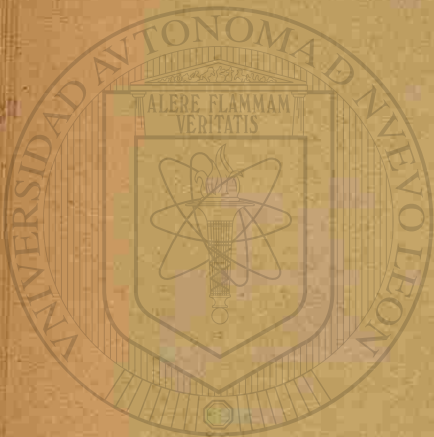
Desta músicas, aunque con letras fuera de propósito, y escritas á diferentes ocasiones de algunas sortijas, torneos y otras fiestas, vino en conocimiento Leonardo de que D. Félix festejaba á su hermana, que es lo que ahora llaman galantear entre los vocablos validos, que cada tiempo trae su novedad. Enfadóse, como era tan recatado y gran caballero, y por obviar disgustos con persona tan bien recibida generalmente, puso á Isbella con algun sentimiento suyo en un monasterio. Mas negoció D. Félix en esta diligencia de Leonardo de lo que prometió él haberlo entendido, porque Isbella, viéndose empeñada, aunque no habia dado ocasion, inclinó su ánimo á ser mujer de D. Félix, y tratándolo por medio de personas nobles, salió del monasterio y se casaron. No hizo á esto Leonardo mucha resistencia, así por la condicion de D. Félix, como porque, siendo prudente y discreto, conoció que no se podia impedir el matrimonio en dos voluntades iguales, por aquella máxima de que el hombre no aparte lo que Dios junta. Creció tanto la opinion de don Félix, llevándose las almas de ciudadanos y estudiantes, con tanto aplauso y vítores, que no pudiendo sufrir su fortuna algunos caballeros de la ciudad, se juntaron á matarle, y aunque un paje le dió aviso deste pensa-

mientó, no quiso prevenirse ni guardarse, y así le dieron entre muchos más de cuarenta heridas, hasta que cayó en el suelo, de donde le llevaron á Isbella sin esperanza de vida. Aquí entra bien aquella transformacion de un gran señor en Italia, que leyendo una noche en *Amadís de Gaula*, sin reparar en la multitud de criados que le miraban, cuando llegó á verle en la Peña Pobre con nombre de Valtenebros, comenzó á llorar, y dando un golpe sobre el libro, dijo: *Maledetta sia la dona que tal te ha fatto pasare*. Pues no se desconsuele vuestra merced, que ya D. Félix está convalesciente, que no se salió el valor por las heridas, y la fortaleza del ánimo detuvo la vida, que en otro era imposible, no sin admiracion de la naturaleza. Viéndose, pues, con ella, hizo una noche fijar una tienda en la plaza, cubierta de diferentes armas, y él amaneció á la puerta con muchas cajas y trompetas, armado de piezas blancas y doradas, con vistoso penacho pajizo, leonado y blanco; el tonelete y calzas bordadas de las mismas colores, oro y plata; botas blancas, y un pedazo de lanza en el hombro, con la mano siniestra en la espada, y en una rodela de acero que de un árbol pendia con tres ligas pajizas, leonadas y blancas, un cartel de desafio. Ponia terror D. Félix en la postura que estaba, levantada la visera, por donde solo descubria los airados ojos y los bigotes negros, como rayos de luto de las muertes

que amenazaba. Allí estuvo ocho dias, sin que saliese caballero á la palestra y arena, como los antiguos decian; al cabo de los cuales vino un criado suyo armado á caballo, y tocó en la rodela que tenia el desafio. Salio D. Félix de la tienda y corrió tres lanzas con este hidalgo, y rompiendo en la última la lanza, volando las astillas por el aire, hizo temblar la tierra. Lleváronle á su casa acompañado de toda la ciudad, entre muchos instrumentos de guerra, parabienes y vítores, donde estuvo algunos dias, al cabo de los cuales dieron cuenta al Rey de las Españas algunos envidiosos de aquel público desafio, aunque cierto que virtud tan grande debiera carecer de envidia; y le comparon asimismo de que se queria alzar con aquella ciudad insigne. Fué pesquisidor á esta averiguacion, y como nunca á la envidia le faltaron testigos, fueron tales los que hallaron, que le sentenció á cortar la cabeza en cadahalso público, y le trujo para este efecto á la córte. Pero teniendo noticia deste gran caballero y de sus partes el excellentísimo señor don Luis Enriquez de Cabrera, Almirante de Castilla, Duque de Medina y Conde de Modica, abuelo del que ahora posee su ilustrísima casa tan dignamente y con tantas partes de generoso príncipe, le fué á ver á la cárcel, é informado de su valor, y habiendo leído una cédula que tenia del señor don Juan de Austria, certificacion de la hazaña con que rindió la ga-

lera ya referida, se le aficionó tanto, que pidió á su majestad su vida; el cual, no ménos inclinado á su valor, y sabiendo que nunca está sin enemigos, se la otorgó, con condicion que no pudiese entrar en aquella ciudad. Fuése á vivir á sus lugares, que no estaban léjos della, aunque después, con el favor del mismo señor, que tomó su proteccion por empresa digna de su grandeza, le restituyeron la libertad de gozar su patria, donde yo le conocí, si bien en sus mayores años, pero con el mismo brio, porque el defecto de la naturaleza del cuerpo no ofende el valor del ánimo. Este, señora Marcia, es el suceso de Guzman el Bravo; si á vuestra merced le parecieren pocos amores y muchas armas, téngase por convidada para el *Pastor de Galatea*, novela en que hallará todo lo que puede amor, rey de los humanos afectos, y á lo que puede llegar una pasion de celos, bastardos suyos, hijos de la desconfianza, ánsia del entendimiento, ira de las armas é inquietud de las letras; pero no será en este libro, sino en el que saldrá después, llamado *Laurel de Apolo*.

FIN.



## ÍNDICE.

---

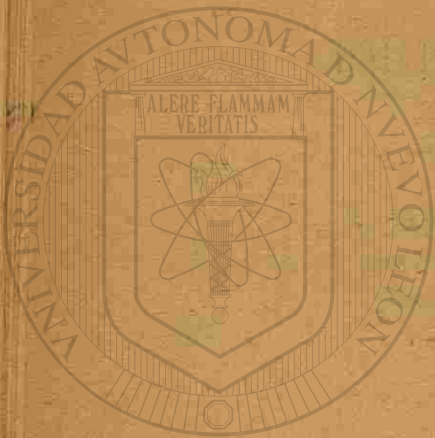
	<u>Pág.</u>
Las Fortunas de Diana.. . . . .	5
El Desdichado por la honra. . . . .	69
La más prudente venganza. . . . .	117
Guzman el Bravo. . . . .	167

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN®  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO RIVERA"  
Año 1883 MONTERREY, MEXICO

JEV  
DTEC